

EDITH NESBIT

# LOS CHICOS DEL FERROCARRIL



Siruela

# LOS CHICOS DEL FERROCARRIL

EDITH NESBIT

Traducción del inglés de  
Cristina Sánchez-Andrade

 Siruela

Las Tres Edades



# Índice

**PRÓLOGO. Los encantamientos de la espera** de Cristina Sánchez-Andrade

## **Los chicos del ferrocarril**

1. EL PRINCIPIO DE LAS COSAS
2. LA MINA DE CARBÓN DE PETER
3. EL SEÑOR MAYOR
4. EL LADRÓN DE LOCOMOTORAS
5. PRISIONEROS Y CAUTIVOS
6. LOS SALVADORES DEL TREN
7. POR VALENTÍA
8. EL BOMBERO AFICIONADO
9. EL ORGULLO DE PERKS
10. EL SECRETO TERRIBLE
11. EL SABUESO CON EL JERSEY ROJO
12. LO QUE BOBBIE TRAJÓ A CASA
13. EL ABUELO DEL SABUESO
14. EL FINAL

## Créditos

Edición en formato digital: febrero de 2015

Título original: *The Railwail Children*

En cubierta: ilustración de © Raúl Allén

Colección dirigida por Michi Strausfeld

© De la traducción, Cristina Sánchez-Andrade, 2015

© Ediciones Siruela, S. A., 2015

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16280-96-4

Conversión a formato digital: [www.elpoetaediciondigital.com](http://www.elpoetaediciondigital.com) S. L.

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

*A mi querido hijo, Paul Bland, detrás de cuyo conocimiento del ferrocarril se cobija confiadamente mi  
ignorancia.*

# LOS CHICOS DEL FERROCARRIL

## Prólogo

### LOS ENCANTAMIENTOS DE LA ESPERA

«Ocurren cosas maravillosas y muy bonitas, ¿verdad? Y vivimos casi toda nuestra vida esperándolas», dice casi al final del libro el Señor Mayor, uno de los personajes de *Los chicos del ferrocarril*.

Esta historia, uno de los relatos infantiles más leídos y conocidos en el Reino Unido, con dramatizaciones radiofónicas en la BBC, musicales, series de televisión y varias películas (de las cuales, la más conocida es la versión de 1970, en donde Jenny Agutter, que en una adaptación posterior interpretará a la madre, hace aquí de Bobbie, es decir, de hija mayor), fue publicada por primera vez en Inglaterra en 1906 y desde entonces no ha dejado de editarse.

Cuando E. Nesbit la escribió, tenía cuarenta y siete años y ya había vivido intensamente y desafiado todos los prejuicios de su época: llevaba el pelo corto, iba en bicicleta, fumaba, se vestía sin corsé, se había quedado embarazada sin estar casada, había criado prácticamente sola a sus hijos y había escrito la mayor parte de su obra infantil, cuando escribir era un asunto reservado a los hombres.

Sin embargo, como el Señor Mayor de *Los chicos del ferrocarril*, seguía esperando que ocurrieran cosas «maravillosas y muy bonitas». ¿Qué podía esperar una mujer que a principios del siglo XX ya había vivido todo esto? Pues algo más bien sencillo: esperaba a que algún día se la reconociese como una escritora «seria», una poetisa que no se viera obligada a ganarse la vida con otros géneros y a no tener que esconder su nombre femenino, Edith, bajo un impersonal «E.».

Lo que no sospechaba la autora de libros tan conocidos como *Los buscadores de tesoros* o *La casa del fin del mundo*, es que en esa espera de un futuro «más serio», se estaba convirtiendo, sin quererlo, en lo que fue: la primera escritora moderna de literatura para niños, capaz de crear un mundo enteramente mágico. Se trata de un tipo de historias en donde todo es posible: que los objetos vivan, que los animales hablen y que, a la vez, los niños sean creíbles y vivan en escenarios reales.

Estas historias, además, tuvieron una de gran influencia en autores posteriores, incluyendo P. L. Travers (autora de *Mary Poppins*), Edward Eager, Diana Wynne Jones, J. K. Rowling y C. S. Lewis. Este último novelista incluso menciona a los conocidos chicos de Bastable de Nesbit en su obra *El sobrino del mago*.

E. Nesbit nació en 1858 en Londres. La menor de seis hermanos, creció en el campo, donde su padre, pionero y experto en fertilización, dirigía la primera escuela para agricultores. Pero su progenitor murió cuando Edith tenía cuatro años, dejando a la

familia en la pobreza. A través de sus libros, Nesbit siempre quiso recuperarlo y el esquema que se repite en todas sus novelas es el de una familia que tiene que lidiar con la pobreza y una muerte inesperada. El grito de Bobbie al final de *Los chicos del ferrocarril* («¡Oh, mi Papá, mi Papá!») es uno de los finales más reconocibles y tiernos de la literatura infantil inglesa.

Posteriormente, la enfermedad de su hermana mayor (sufría de tisis) llevó a la familia por Francia, España y Alemania, antes de instalarse durante tres años en Halstead Hall, al noroeste de Kent, lugar que le inspiró el escenario de *Los chicos del ferrocarril*. Se cuenta que en Francia tuvo su primer encuentro con el terror: fue a visitar un museo de momias esperando encontrar la estética egipcia y terminó en una catacumba, rodeada de doscientos cadáveres con la piel colgando, niños incluidos. Edith sintió miedo a la oscuridad hasta que tuvo sus propios hijos.

A los dieciocho, Nesbit conoció al empleado de Banca Hubert Bland. Embarazada de siete meses, se casan en 1880, aunque no se iría inmediatamente a vivir con él: Bland prefirió seguir aprovechando las comodidades que le ofrecía la casa de su madre, dejando que su mujer se las apañara sola. El matrimonio fue un desastre desde el primer momento. Como la madre de *Los chicos del ferrocarril*, Nesbit tuvo que sacar adelante a sus hijos vendiendo poemas e historias a editores reticentes («Si el editor era sensato, había bollos para merendar», dice en un momento dado el narrador).

Junto a Hubert, Edith fundó la Sociedad Fabiana, movimiento británico cuyo propósito era avanzar en la aplicación de los principios del socialismo y de la que formaron parte, entre otros, el escritor George Bernard Shaw, la anarquista Charlotte Wilson, la feminista Emmeline Pankhurst y el escritor H. G. Wells.

Poco después, cuando esperaba su segundo hijo, su marido enfermó y su socio lo estafó. De nuevo Edith tuvo que recurrir a todo lo que sabía hacer para mantener la casa: pintaba tarjetas de Navidad, recitaba y seguía escribiendo. Fue entonces cuando su editor la convenció de que, debido a los prejuicios de la época, nadie iba a leer aventuras escritas por una mujer, y decidió quedar en la historia de la literatura como «E.».

La vida de E. Nesbit fue una pura contradicción, una lucha entre el deseo de ser una bohemía y la rectitud victoriana de la época. Lo más curioso es que su visión de la mujer era increíblemente tradicional. Cuando su amiga Eleanor Marx (hija del conocido militante comunista alemán) anunció su intención de vivir con otro hombre, Nesbit (junto con toda la Sociedad Fabiana) se escandalizó. Nunca apoyó el sufragio femenino y su marido defendía continuamente en los periódicos la necesidad de que la mujer estuviera en su lugar (incluso cuando la suya continuaba siendo la que traía el pan a casa). Además de todo esto, la relación con sus propios hijos distaba mucho de ser la relación cercana que aparece en *Los chicos del ferrocarril*. Su segundo hijo, Fabian (llamado así por la sociedad), murió en casa de una operación de amígdalas porque nadie se molestó en advertirle de que no podía comer antes de la anestesia.

Pero quizá el más desgraciado de todos sus hijos fue Paul, el mayor. Para Edith era el constante recordatorio de las irregularidades de su vida doméstica y su padre, que siempre lo consideró algo torpe, se dedicó a ignorarlo. *Los chicos del ferrocarril* está

dedicado a él: «A mi querido hijo, Paul Bland, detrás de cuyo conocimiento del ferrocarril se cobija confiadamente mi ignorancia». Para cuando el libro fue publicado, Paul ya era adulto y se había marchado a la ciudad huyendo del mundo desquiciante de su madre. *Los chicos del ferrocarril* encuentran una inesperada libertad justo al contrario, es decir, escapando de la ciudad, hasta el punto de que uno ya no los puede imaginar regresando una vez resuelto el asunto del padre.

Pero la vida de Paul, lastrada por su infancia, no tenía una fácil reconciliación. Para este chico del ferrocarril no hubo un final feliz: cada vez más deprimido, se quitó la vida, en 1940 ingiriendo veneno a la edad de sesenta años.

Estas contradicciones se reflejan en *Los chicos del ferrocarril*. A pesar de la aparente caída en desgracia del padre, la madre sigue siendo una señora reconocida como tal por la gente del pueblo. Bobbie, la hija mayor, es una versión en miniatura de la madre, que se mueve entre las ganas que tiene de divertirse y la necesidad de comportarse como una señorita. Otra contradicción con las aspiraciones feministas de Nesbit aparece en esta novela cuando el doctor le dice a Peter que «los hombres tienen que hacer los trabajos mundanos sin tener miedo de nada, y que por eso tienen que ser duros y valientes. Pero las mujeres tiene que vigilar a sus bebés y abrazarlos y cuidarlos, y ser muy pacientes y amables».

Hay, en general, a lo largo de toda la novela un afán de convencer al lector de que la madre es un ser angelical (por ejemplo, cuando el Señor Mayor le recuerda a Bobbie que su madre vale mucho, o cuando el médico le recalca que tiene mucho coraje), cuando uno está pensando que en realidad esa madre, por mucho que deba trabajar para sacar adelante a la familia, poco se ocupa de unos niños que deambulan solos de un lado a otro durante todo el día, y que además están llenos de dolor porque el padre ha desaparecido de sus vidas de manera misteriosa.

«Ocurren cosas maravillosas y muy bonitas, ¿verdad? Y vivimos casi toda nuestra vida esperándolas»..., pero ¿qué esperan Bobbie, Phyllis y Peter?

Porque los protagonistas de *Los chicos del ferrocarril* también esperan. La historia, que se diferencia de los clásicos relatos de Nesbit, mucho más fantásticos, comienza cuando el padre, un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores, desaparece de forma inesperada y en extrañas circunstancias por un caso de espionaje. Es entonces cuando la madre y los chicos tienen que abandonar su feliz y holgada vida familiar en Londres para ir a vivir modestamente a una pequeña casita –llamada Tres Chimeneas– en el campo. Mientras se dedican a esperar el regreso del padre, los niños encuentran entretenimiento en una cercana estación de ferrocarril, y hacen amistad con el mismísimo jefe de estación, con Perks, el mozo, o con el intrigante Señor Mayor que los saluda puntualmente desde el tren de las 9:15 y que, por extrañas circunstancias, se encargará de probar la inocencia del padre. Mientras tanto, la familia toma a su cuidado a un exiliado ruso que buscaba reencontrarse con los suyos, y finalmente salen a relucir los sorprendentes lazos de la familia de los chicos con el misterioso Señor Mayor.

Por debajo de la trama, en la que todas las piezas –y este es uno de los mayores logros

del libro— encajan a la perfección, está todo el impacto del caso Dreyfus, fue una noticia relevante en todo el mundo unos pocos años antes de que el libro fuera escrito, y de las relaciones de los intelectuales ingleses con emigrados rusos perseguidos por el zarismo, socialistas y anarquistas, como Stepniak o Kropotkin, que forjaron amistad con Nesbit.

Ahora bien, mientras la madre de los chicos (trasunto de E. Nesbit) afronta la espera de manera angustiada, todo el día metida en su habitación escribiendo cuentos para sacar adelante a la familia, esperando a que esas «cosas maravillosas y muy bonitas» ocurran casi por arte de magia, los chicos se dedican a vivir. Creo que esta diferencia en la manera de concebir y asumir el paso del tiempo —el tiempo de espera— entre niños y adultos es fundamental en la obra de E. Nesbit y es lo que, en gran medida, hace que los niños de sus cuentos sean niños de carne y hueso, que piensan y actúan como niños y no como adultos.

«Cuando era una niña pequeña solía rezar fervientemente, hasta las lágrimas, por que, cuando fuera mayor, nunca olvidara lo que pensaba, sentía y sufría entonces», explicó E. Nesbit en cierta ocasión. Y es que, como dice Gore Vidal, Nesbit se dio cuenta desde el principio de que los adultos tenían que matar al niño que habían sido antes de poder vivir.

Hemos revelado que en el primer capítulo el padre es detenido sin que nadie le dé explicaciones de por qué. El incidente está apoyado simbólicamente en el hecho de que a Peter se le rompe su regalo de cumpleaños, una locomotora, que, además, será el vínculo con la nueva vida de los chicos junto a la estación de ferrocarril. Aunque estos no saben qué es exactamente lo que ha ocurrido con su padre, son lo bastante listos como para darse cuenta de que hay un misterio en torno a su desaparición y acuerdan no preguntar a la madre (aquí sí son los niños muy victorianos, pues no sé si un niño actual se resistiría a preguntar hasta descubrir la verdad). ¿Necesitamos nosotros, como lectores, saber qué ha sucedido? Creo que no. El cambio de escenario —la espera— les permite a los pequeños, y de paso a nosotros como lectores, aprender la realidad más honda de las cosas.

Al vivir en las ciudades, hemos dejado atrás un espacio simbólico que actuaba como vínculo profundo con la madre naturaleza, una relación rota que hace de ese espacio algo misterioso, lleno de secretos y poderes mágicos que ya no comprendemos ni controlamos. Por eso el campo les ofrece a los chicos del ferrocarril la oportunidad de explorar y vivir intensamente, los distrae de su sentimiento de dolor (que subyace a todo el relato) y los pone en contacto con gente nueva muy distinta a la que conocen en la ciudad.

Llama la atención que todos los niños de las ilustraciones de los cuentos de Edith Nesbit lleven vestiditos con mandil, estrechas enaguas de franela y bombachos, cuando en realidad viven tan libres o más (los chicos del ferrocarril no tienen horarios fijos y ni siquiera van a la escuela) que cualquier niño actual. Porque, aparte de la diferencia entre niños y adultos en la manera de vivir la espera, hay en *Los chicos del ferrocarril* más detalles que nos acercan al sentir del mundo infantil. Los paisajes del mundo rural son nuevos para los niños y, como lectores, nos es necesario «ver» estos escenarios para

entender la historia. Pero Nesbit no dice «cerca había una estación de ferrocarril situada al final de una cuesta empinada», sino: «El camino hasta las vías era todo cuesta abajo sobre un césped suave y corto, salpicado de arbustos de tojo y rocas grises y amarillas que emergían como el confitado de la parte superior de una tarta».

Es decir, que casi desde el principio del libro, nos encontramos descubriendo esos nuevos paisajes desde el punto de vista de los niños, que dejan atrás la rigidez y la mojigatería victoriana para dar paso a un mundo tan sólido y caótico como cualquiera de nuestro día a día actual. Y cuando los chicos observan un tren por primera vez, tienen una reacción curiosa que nos hace pensar que son totalmente capaces de expresar una emoción. Peter dice: «Es tan extraño ver un tren completo. Es increíblemente alto, ¿verdad?». A lo que Phyllis responde: «Siempre los hemos visto cortados por la mitad en los andenes». Lo que de nuevo nos hace pensar en la capacidad de Nesbit para meternos en la mente de los niños. Otro ejemplo, casi al final del libro, cuando el narrador reflexiona sobre los días en que los pequeños se portan bien, dice: «A veces cuando uno se ha comportado especialmente bien durante más tiempo del habitual, se ve súbitamente fustigado por un ataque violento de no ser bueno en absoluto». ¿No es verdad que esto es una reacción típica de los niños?

Incluso en otros libros más fantásticos de Nesbit, el tono sigue siendo realista. Es conmovedora la frase en *Los buscadores de tesoros* (1898) de una niña que sabe expresar de manera perfecta su emoción: «Nuestra madre está muerta, y si piensas que no me importa porque no te hablo mucho de ella, solo demuestras no entender a la gente en absoluto». Hay siempre algo preciso en el lenguaje utilizado por Nesbit que de algún modo acerca lo mágico al lector y, en este sentido, es innovadora con respecto a otros autores como J. M. Barrie o MacDonald. Porque incluso en narraciones realistas como esta, hay una conexión con lo fantástico (recuérdese, por ejemplo, cuando los niños acuerdan saludar todos los días a su padre a través del tren de las 9:15).

Esta precisión poco sentimental es característica de la mejor literatura fantástica inglesa que vendrá a continuación. C. S. Lewis conocía el universo de Nesbit a la perfección y en gran medida utilizó su tono, sus trucos y sus efectos. Por no hablar de J. W. Rowling y su juego con los mundos paralelos. Al igual que Harry Potter, que encuentra en Londres fisuras inesperadas que se abren a otros mundos, en este relato, sin duda mucho más realista, los chicos del ferrocarril descubren que la espera les abre a otras personas y a otros sentimientos que en su plácida vida de ciudad jamás habrían tenido. Hacen amigos, aprenden a valerse por sí mismos, son reconocidos por los adultos, conocen el miedo y la decepción, salvan vidas... ¿Qué más puede pedir un niño?

A nadie le gusta esperar. En la espera el tiempo es lento y espeso, nos dice el filósofo suizo Harold Schweizer. Nesbit había trabajado muy duro durante años con la poesía, las novelas para adultos y el periodismo. Cuando finalmente encontró su voz en los libros infantiles, autores ya consagrados, como H. G. Wells y Rudyard Kipling, reconocieron que lo que estaba haciendo era único. Pero hasta el final de su vida, ella se sintió traicionada porque ese reconocimiento le llegara a través de sus libros infantiles —un camino, desde luego, menos respetado en aquellos tiempos que ahora—, y no a través de

su labor como poetisa.

Pero la espera es más que un molesto retraso, es más que una cuestión de tiempo: es encantamiento, trae la promesa de una cierta inmortalidad, y viviendo al límite de sus pasiones y de sus emociones, Bobbie, Phyllis y Peter así se lo contaron a E. Nesbit. Una vez más, *Los chicos del ferrocarril* es una muestra de que los personajes de las obras maestras no solo son independientes del autor sino que incluso trascienden su manera de sentir y pensar.

Cristina Sánchez-Andrade

## EL PRINCIPIO DE LAS COSAS

Al principio no eran los chicos del ferrocarril. Supongo que nunca habían pensado en trenes salvo como medio para llegar hasta Maskelyne y Cook's, el Teatro de Navidad, el Zoológico y Madame Tussauds. Eran simplemente chicos de ciudad, y vivían con su padre y con su madre en una casa corriente con fachada de ladrillo, con una vidriera de colores en la puerta delantera, un pasillo de azulejos que se conocía como el vestíbulo, un cuarto de baño con agua caliente y fría, timbres eléctricos, cristaleras, una buena cantidad de pintura blanca, y «todas las comodidades modernas», como suelen decir los agentes inmobiliarios.

Eran tres. Roberta era la mayor. Por supuesto que las madres nunca tienen hijos favoritos, pero si la madre de los chicos tuviera que optar por una, puede que fuera Roberta. Luego venía Peter, que de mayor quería ser ingeniero. La más joven era Phyllis, que tenía muy buenas intenciones.

La madre no pasaba todo su tiempo haciendo visitas aburridas a señoras aburridas, y sentándose de forma aburrida en casa a la espera de señoras aburridas que le hicieran visitas aburridas. Casi siempre estaba ahí, dispuesta a jugar con los niños y a leerles, y a ayudarlos a hacer los deberes. Además, solía escribirles cuentos mientras estaban en el colegio, para luego leerlos en alto después de la merienda, y siempre escribía versos graciosos para los cumpleaños y para otras ocasiones importantes como el bautizo de los gatitos, la redecoración de la casa de muñecas, o el periodo en que los niños se recuperaban de las paperas.

Estos tres chicos afortunados siempre tenían todo lo que necesitaban: ropa elegante, el calor de la chimenea, un cuarto de juegos con montañas de juguetes y un papel pintado con dibujos de Mamá Ganso. Tenían una niñera buena y alegre, y un perro propio que se llamaba James. También tenían un padre que era sencillamente perfecto: nunca estaba enfadado, nunca era injusto y siempre estaba dispuesto a jugar con ellos; y por lo menos, si es que alguna vez no estaba dispuesto, siempre tenía un motivo de peso, motivo que explicaba a los niños con tanto interés y de forma tan graciosa que estos se convencían de que al padre no le quedaba otro remedio.

Pensaréis que tenían que ser muy felices. Y lo eran, pero solo supieron de qué forma cuando la preciosa vida en la Villa Edgecombe se fue al traste, y tuvieron que empezar a vivir una vida completamente distinta.

El terrible cambio llegó de manera súbita.

Era el cumpleaños de Peter –su décimo–. Entre otros regalos había un locomotora de

juguete, más perfecta de lo que jamás hubierais podido imaginar. Los otros regalos tenían mucho encanto, pero la locomotora tenía más encanto que ningún otro.

El encanto duró intacto exactamente tres días. Entonces, o bien por la inexperiencia de Peter o bien por las buenas intenciones de Phyllis, bastante insistentes, o por alguna otra razón, de pronto la locomotora explotó. James se llevó un susto tan grande que salió y no volvió en todo el día. Todos los habitantes del Arca de Noé situados en el ténder se rompieron en pedazos, pero nada más se dañó, excepto la pobre locomotora y los sentimientos de Peter. Los otros afirmaron que había llorado, pero está claro que los niños de diez años no lloran, por muy terribles que sean las tragedias que oscurecen sus destinos. Dijo que tenía los ojos rojos por culpa de un resfriado. Aunque Peter lo ignoraba cuando lo dijo, finalmente resultó ser cierto, hasta el punto de que al día siguiente tuvo que volver a la cama y guardar reposo. Mamá empezaba ya a temer que pudiera estar incubando el sarampión, cuando de repente Peter se incorporó en la cama y dijo:

–Odio las gachas. Odio el agua de hordiate. Odio el pan con leche. Me quiero levantar y comer algo *de verdad*.

–¿Y qué te gustaría? –le preguntó Mamá.

–Una empanada de pichón –contestó Peter alegremente–. Una gran empanada de pichón. Una enorme.

Así que Mamá pidió a la cocinera que hiciera una gran empanada de pichón. Se hizo la empanada. Y cuando estuvo hecha, se coció. Y cuando estuvo cocida, Peter se comió una parte. Después mejoró de su catarro. Mamá escribió un poema para entretenerlo mientras se cocía el hojaldre. Comenzaba diciendo lo desgraciado pero honorable que era Peter, y luego continuaba así:

*Una locomotora tenía  
que en cuerpo y alma quería  
y si hubiera tenido un deseo sobre este planeta  
hubiera sido el de conservarla perfecta.*

*Un día, queridos amigos, preparaos,  
pues aquí viene lo peor,  
un tornillo se volvió loco muy de repente,  
y la caldera estalló sin ningún recato.*

*Con el semblante demudado, del suelo la ha levantado  
y a su madre se la ha entregado,  
aun sin muchas esperanzas  
de que aquello pueda ser arreglado.*

*Los que murieron en la vía  
no parecían importarle mínimamente,  
pues su locomotora valía  
más que toda esa gente.*

*Y ahora comprendéis la razón  
de que nuestro Peter este malo:  
el alma alivia con empanada de pichón  
y aplaca su dolor desmesurado.*

*Con mantas calientes se tapa  
y se queda hasta tarde en la cama  
a superar decidido  
su miserable destino.*

*Y si sus ojos están rojos,  
su catarro debe excusarlo.  
Ofrecedle de empanada un trozo,  
seguro que no podrá rechazarlo.*

Papá había estado fuera en el campo durante tres o cuatro días. Toda la esperanza que tenía Peter de que su locomotora dañada se arreglase, estaba ahora concentrada en su padre, ya que Papá era especialmente mañoso. Podía reparar todo tipo de cosas. A menudo había hecho de veterinario con el caballo balancín de madera; una vez le salvó la vida cuando todas las esperanzas estaban perdidas, y a la pobre criatura se la daba por desahuciada, e incluso el carpintero decía que no veía la manera de hacer nada. Y fue Papá quien recompuso la cuna de la muñeca cuando nadie más fue capaz de hacerlo; y con un poquito de pegamento y unos trozos de madera y una navaja arregló las patas de todas las bestias del Arca de Noé, así que se sujetaron con tanta fuerza como antes, si no más.

Haciendo gala de una generosidad heroica, Peter no sacó el tema de su locomotora hasta que Papá hubo cenado y fumado su puro de sobremesa. La generosidad había sido idea de Mamá, pero fue Peter quien la puso en práctica. Necesitó una buena dosis de paciencia, eso sí.

Por fin Mamá dijo a Papá:

—Ahora, querido, si has descansado bastante y te sientes cómodo, nos gustaría hablarte del gran accidente de ferrocarril, y pedirte consejo.

—Muy bien —contestó Papá—, ¡disparad!

Entonces Peter contó la triste historia y fue a buscar lo que quedaba de la locomotora.

—Hum... —dijo Papá, una vez hubo echado un vistazo a la locomotora con mucha

atención.

Los niños contuvieron la respiración.

–¿No hay ninguna esperanza? –preguntó Peter en voz baja e intranquila.

–¿Esperanza? ¡Pues claro! Miles de ellas –dijo Papá alegremente–, pero necesitará algo más que esperanzas: un poco de apuntalamiento, digamos, o mejor dicho, soldadura, y una válvula nueva. Creo que es mejor que lo dejemos para un día lluvioso. En otras palabras, renunció a mi sábado por la tarde para dedicarlo a esto; y todos vosotros me ayudaréis.

–¿Las chicas pueden ayudar a arreglar locomotoras? –preguntó Peter dudoso.

–Pues claro que pueden. Las chicas son tan listas como los chicos, no lo olvides. ¿Te gustaría ser maquinista, Phil?

–Siempre tendría la cara sucia, ¿verdad? –contestó Phyllis, en un tono impasible–. Y supongo que rompería algo.

–A mí me encantaría –intervino Roberta–. ¿Crees que podría serlo de mayor, Papaíto? ¿O al menos ser bombera?

–Te refieres a ser fogonera –dijo Papá mientras daba vueltas a la locomotora–. Bueno, pues si todavía quieres serlo cuando crezcas, veremos si te podemos hacer fogonera. Recuerdo cuando era pequeño que...

Justo entonces llamaron a la puerta delantera.

–¿Quién demonios será? –dijo Papá–. Está claro que la casa de un señor inglés es su castillo, pero ¡ojalá construyeran semiadosados con fosos y puentes levadizos!

Ruth, la muchacha pelirroja, entró y dijo que dos caballeros querían ver al señor.

–Les he conducido hasta la biblioteca, señor –dijo.

–Supongo que se tratará de la cuota para el homenaje del vicario –dijo Mamá–. Aunque tal vez se trate del fondo de vacaciones para el coro. Librate de ellos, querido. La verdad es que nos interrumpen la velada, y casi es hora de que los niños se vayan a la cama.

Pero Papá en absoluto parecía poder librarse de los señores tan rápido.

–Ojalá tuviéramos un foso y un puente –dijo Roberta–, así, cuando viniera alguien que no queremos, podríamos subir el puente y nadie más podría entrar. Supongo que, si se quedan mucho más tiempo, a Papá se le olvidará eso de cuando era niño.

Mamá intentó entretenerlos contándoles un nuevo cuento sobre una princesa de ojos verdes, pero era difícil porque podían oír las voces de Papá y de los señores en la biblioteca, y la voz de Papá sonaba más alta y distinta a aquella que empleaba normalmente con la gente que venía con asuntos de recomendaciones y fondos de vacaciones.

Entonces sonó el timbre de la biblioteca y todo el mundo respiró aliviado.

–Ya se van –anunció Phyllis–. Ha llamado para que los acompañen hasta la puerta.

Pero en lugar de acompañarlos a la puerta, Ruth apareció con gesto extraño; o eso pensaron los niños.

–Por favor, señora –dijo–, el señor quiere que vaya al estudio. Parece un muerto, señora; creo que le han dado malas noticias. Mejor sería que se preparase para lo peor,

señora; quizá se trate de una muerte en la familia, un banco arruinado o...

–Gracias, Ruth –dijo Mamá suavemente–. Puedes retirarte.

Entonces Mamá fue a la biblioteca. Hubo más conversaciones. El timbre volvió a sonar y Ruth fue a buscar un coche. Los niños oyeron pisadas de botas saliendo y bajando los escalones. El coche se fue y se cerró la puerta delantera. A continuación entró Mamá. Su preciosa cara estaba tan blanca como el encaje de su cuello, y tenía los ojos grandes y brillantes. Sus labios dibujaban una fina línea de rojo pálido, muy distinta a su forma habitual.

–Es hora de irse a la cama –dijo–. Ruth os acompañará.

–Pero si nos habías prometido que nos podíamos quedar levantados hasta tarde porque había venido Papá –dijo Phyllis.

–Papá ha tenido que salir. Un asunto de negocios –dijo Mamá–. Venga, queridos míos, id de una vez.

La besaron y se fueron. Roberta se hizo la remolona para darle a Mamá un abrazo de propina y para susurrarle:

–No serían malas noticias, ¿verdad, Mami? ¿Alguien ha muerto o...?

–Nadie ha muerto, no –dijo Mamá, y casi parecía empujar a Roberta para que se fuera–. No te puedo decir nada esta noche, cariño. Vete, cariño, vete ya.

Así que Roberta se fue.

Ruth cepilló el cabello de las niñas y las ayudó a desvestirse (algo que solía hacer Mamá). Después de bajar la lámpara de gas y de dejarlas solas, se encontró con Peter, todavía vestido, esperando en las escaleras.

–Dime, Ruth, ¿qué pasa? –la interrogó.

–No me haga preguntas y así no tendré que contestarle con mentiras –respondió la pelirroja Ruth–. Pronto lo sabrá.

Más tarde esa noche, Mamá subió y besó a los tres niños mientras dormían. Roberta fue la única a la que despertó el beso, y se quedó quieta como un ratón sin decir nada.

«Si Mamá no quiere que sepamos que ha estado llorando», se dijo a sí misma mientras oía en la oscuridad que su madre contenía el aliento, «no lo sabremos. Eso es todo».

Cuando bajaron a desayunar a la mañana siguiente, Mamá ya había salido.

–A Londres –dijo Ruth, y los dejó desayunando.

–Está ocurriendo algo horrible –anunció Peter cascando su huevo–. Ruth me dijo anoche que pronto lo descubriremos.

–¿Le preguntaste? –inquirió Roberta despectivamente.

–¡Pues claro! –exclamó Peter enfadado–. Tú podrás irte a la cama sin que te importe si Mamá está preocupada, pero yo no. Para que te enteres.

–No creo que debamos preguntar a los sirvientes cosas que Mamá no nos cuenta –dijo Roberta.

–Muy bien, Mari Sabidilla –dijo Peter–, ponte a sermonear...

–Yo no soy «sabidilla» –intervino Phyllis–, pero creo que Bobby tiene razón esta vez.

–Por supuesto. Siempre la tiene, según ella –dijo Peter.

–¡No empecéis! –gritó Roberta dejando la cucharilla del huevo–. No empecemos a ser

horribles entre nosotros. Estoy segura de que está ocurriendo algo terrible. ¡No lo pongamos aún peor!

–¿Y quién ha empezado, si puede saberse? –dijo Peter.

Roberta hizo un esfuerzo y contestó:

–Yo empecé, supongo, pero...

–Pues ya está –le cortó Peter triunfante. Pero antes de irse al colegio, le dio una palmada a su hermana entre los hombros y le dijo que se animara.

Los niños volvieron a la una, para el almuerzo, pero Mamá no estaba. Tampoco estuvo a la hora de la merienda.

Eran casi las siete cuando regresó, con un aspecto tan enfermizo y cansado que los niños comprendieron que no podían preguntarle nada. Se hundió en el sillón. Phyllis le sacó las largas agujas del sombrero mientras Roberta le quitaba los guantes y Peter le desabrochaba los zapatos e iba a buscarle las suaves zapatillas aterciopeladas.

Una vez hubo tomado una taza de té, y después de que Roberta le pusiera un poco de agua de colonia en su pobre cabecita dolorida, Mamá dijo:

–Y ahora, queridos míos, quiero decir algo. Esos hombres de anoche es cierto que trajeron muy malas noticias y Papá tendrá que estar fuera durante un tiempo. Estoy muy preocupada por ello y quiero que todos me ayudéis y que no hagáis que las cosas me resulten más difíciles.

–¡Cómo podríamos! –dijo Roberta sujetando la mano de Mamá contra su cara.

–Me podéis ayudar mucho –dijo Mamá– siendo buenos, mostrándoos felices y no discutiendo cuando no estoy. –Roberta y Peter se intercambiaron miradas culpables–. Porque tendré que estar fuera bastante tiempo.

–No discutiremos. De verdad que no –dijeron todos. Y lo decían de corazón.

–Pues entonces –prosiguió Mamá–, no quiero que me hagáis preguntas acerca de este asunto, ni a mí ni a nadie.

Peter se encogió y arrastró sus botas sobre la alfombra.

–Me prometéis esto también, ¿verdad? –dijo Mamá.

–Yo sí que le pregunté a Ruth –soltó Peter de repente–. Lo siento mucho, pero lo hice.

–¿Y qué dijo?

–Dijo que lo sabría pronto.

–No es necesario que sepáis nada del tema –dijo Mamá–. Tiene que ver con los negocios. Y no entendéis de negocios, ¿verdad?

–No –dijo Roberta–. ¿Tiene algo que ver con el Gobierno? Porque Papá trabajaba en un ministerio.

–Sí –dijo Mamá–. Y ahora es hora de dormir, queridos. Y no os preocupéis. Todo se solucionará al final.

–Entonces, tú tampoco te preocupes, Mamá –dijo Phyllis–, y todos seremos buenos como angelitos.

Mamá suspiró y los besó.

–Lo primero que haremos mañana por la mañana es empezar a ser buenos –dijo Peter mientras subían.

–¿Y por qué no *ahora*? –preguntó Roberta.

–Ahora no tenemos ningún motivo por el que debamos ser buenos, tonta –respondió Peter.

–Podríamos empezar a intentar sentirnos bien –dijo Phyllis– y no insultarnos.

–¿Quién está insultándose? –preguntó Peter–. Bobbie sabe perfectamente que cuando digo «tonto» es exactamente igual que si dijera Bobbie.

–Bueno... –dijo Roberta.

–No, no quiero decir lo mismo que tú. Quiero decir que es... ¿cómo lo llama Papá?: ¡un «germeno» de cariño! Buenas noches.

Las niñas doblaron su ropa con más cuidado del habitual, la única manera de ser buenas que se les ocurrió.

–Digo que... –comenzó Phyllis alisando su mandilón– solías decir que todo era aburrido, que nunca pasaba nada como en los libros. Pues ahora ha pasado *algo*.

–Nunca quise que ocurrieran cosas que hicieran sufrir a Mamá –dijo Roberta–. Todo es sencillamente horrible.

Y durante varias semanas, todo continuó siendo sencillamente horrible.

Mamá casi siempre estaba fuera. Las comidas eran aburridas y destartaladas. La sirvienta fue despedida y la tía Emma vino de visita. La tía Emma era mucho mayor que Mamá. Se iba a ir al extranjero para ser institutriz. Estaba muy ocupada preparándose la ropa, que era muy fea y lúgubre, y siempre la tenía tirada por ahí, y la máquina de coser parecía zumbiar durante todo el día y parte de la noche. La tía Emma creía que había que tener a los niños en su sitio. Y ellos le devolvían el cumplido con creces. La idea que ellos tenían de ese «en su sitio» de la tía Emma era cualquiera en el que no estuvieran presentes. Así que la veían muy poco. Preferían la compañía de los sirvientes, que eran más divertidos. Si estaba de buen humor, la cocinera sabía entonar canciones graciosas, y la sirvienta, si daba la casualidad de que no estaba enfadada con alguno, podía imitar a una gallina que acaba de poner un huevo, una botella de champán que se abre y los maullidos de dos gatos peleándose. Los sirvientes nunca contaron cuáles eran las malas noticias que aquellos señores habían traído a su padre. Pero no paraban de insinuar que podían contar mucho si quisieran, cosa que no era nada agradable.

Un día en que Peter construyó una trampa sobre la puerta del cuarto de baño, que funcionó a la perfección cuando Ruth pasó, la muchacha pelirroja lo cogió y le propinó un sopapo.

–Acabarás mal –dijo furiosa–, ¡pedazo de niño desagradable! ¡Si no aprendes a comportarte, acabarás donde tu querido padre, ya te lo digo yo!

Roberta le repitió esto a Mamá y al día siguiente Ruth fue despedida.

Luego vino la temporada en que Mamá llegaba a casa y se metía en cama durante dos días. Venía el médico y los chicos merodeaban tristemente por la casa preguntándose si el mundo se estaría terminando.

Mamá bajó una mañana a desayunar, muy pálida y con unas arrugas en la cara que antes no tenía. Sonrió de la mejor manera que pudo y dijo:

–Y ahora, mis niños, ya tenemos todo arreglado. Vamos a dejar esta casa y nos iremos

a vivir al campo, a una casita blanca muy mona. Seguro que os encanta.

A esto siguió una alocada semana de guardar cosas, no solo de meter ropa en la maleta, como cuando te vas a la playa, sino también de guardar sillas y mesas, de cubrir los tableros con arpillera y de recubrir las patas con paja.

Se guardaron todo tipo de cacerolas que nunca se meten en la maleta cuando te vas a la playa. Vajilla, mantas, candelabros, alfombras, armazones de cama, sartenes e incluso guardafuegos y otros utensilios para la chimenea.

La casa parecía un almacén de muebles. Creo que a los niños les divirtió mucho. Mamá estaba muy ocupada, pero no tanto ahora como para no poder hablar con ellos, y leerles, e incluso escribir un versito para Phyllis a fin de alegrarla cuando se cayó con un destornillador y se hizo daño en la mano.

—¿No vas a guardar esto, Mamá? —preguntó Roberta, señalando el precioso gabinete de marquetería con incrustaciones de caparazones de tortuga rojos y latón.

—No podemos llevarnoslo todo —respondió Mamá.

—Pero parece que solo nos llevamos las cosas feas —dijo Roberta.

—Nos llevamos las útiles —dijo Mamá—. Tenemos que jugar a ser «pobres» durante un tiempo, cariño mío.

Una vez guardadas todas las cosas feas y útiles, y que unos hombres con delantales verdes se las llevaran en un camión, las dos chicas y Mamá y la tía Emma durmieron en las dos habitaciones de invitados que aún conservaban todos los muebles bonitos. Ya se habían llevado todas las camas y a Peter se le preparó la suya en el sofá del salón.

—Esto es divertido —dijo escurriéndose alegremente mientras Mamá lo tapaba—. ¡Me encanta mudarme de casa! Ojalá nos mudáramos una vez al mes.

Mamá se rio.

—¡Pues a mí no me gusta! —dijo ella—. Buenas noches, mi pequeño Peter.

Cuando se giró, Roberta vio su semblante. Nunca se olvidaría de él.

—¡Oh, Mamá! —susurró para sí misma mientras se metía en la cama—, ¡qué valiente eres! ¡Cómo te quiero! Hay que ser muy valiente para reír cuando te sientes así.

Al día siguiente se llenaron cajas, cajas y más cajas. Y a última hora de la tarde, vino un coche para llevarlos a la estación.

La tía Emma fue a despedirlos. Sintieron que eran ellos quienes la despedían, y se alegraron.

—Esos pobres niñitos extranjeros que va a cuidar —susurró Phyllis—. No querría estar en su lugar por nada del mundo.

Al principio disfrutaron mirando por la ventana, pero según se iba haciendo de noche empezaron a sentir más y más sueño. Nadie sabía cuánto tiempo habían estado en el tren cuando Mamá los despertó sacudiéndolos suavemente y diciendo:

—Despertaos, queridos. Hemos llegado.

Se despabilaron, fríos y melancólicos, y esperaron en el andén desangelado mientras sacaban su equipaje del tren. Entonces la locomotora, soplando y resoplando, se puso en marcha de nuevo y arrastró con ella los vagones. Los chicos se quedaron mirando cómo las luces de cola del último vagón desaparecían en la oscuridad.

Este era el primer tren que los chicos veían en aquella vía que, con el tiempo, llegaría a ser tan querida para ellos. No imaginaban entonces hasta qué punto amarían el ferrocarril, cuán pronto se convertiría en el centro de su nueva vida y qué novedades y cambios les reportaría. Se limitaron a temblar y a estornudar, deseando que el paseo hasta la nueva casa no fuera muy largo. La nariz de Peter estaba más fría de lo que nunca recordaba haberla tenido. El sombrero de Roberta estaba torcido y el elástico parecía más apretado que de costumbre. Los cordones de los zapatos de Phyllis se habían desatado.

–Venga –dijo Mamá–, tenemos que andar. No hay coches por aquí.

El camino estaba oscuro y lleno de barro. Los chicos tropezaron varias veces en aquella carretera llena de baches, y en una de esas Phyllis se cayó sin querer en un charco, y fue rescatada, húmeda e infeliz. No había farolas de gas por la carretera, que estaba en cuesta. El carro avanzaba a paso lento y todos seguían el crujido arenoso de sus ruedas. Según iban los ojos acostumbrándose a la oscuridad, distinguieron el montón de cajas bailando débilmente delante de ellos.

Una verja larga tuvo que abrirse para que el carro pasara y a continuación la carretera discurrió cuesta abajo a través de los campos. Al rato distinguieron una cosa abultada y oscura a la derecha.

–Ahí está la casa –dijo Mamá–. Me pregunto por qué habrá cerrado las contraventanas.

–¿A quién te refieres? –preguntó Roberta.

–A la mujer que contraté para que limpiara, colocara los muebles y preparara la cena. Había un muro bajo y árboles al otro lado.

–Ese es el jardín –dijo Mamá.

–Parece más una graseira llena de repollos negros –dijo Peter.

El carro prosiguió a lo largo del muro del jardín hasta la parte trasera de la casa, en donde chacoloteó entrando en un patio empedrado y se detuvo ante la puerta trasera.

No había luz en ninguna de las ventanas.

Todos aporrearon la puerta pero nadie acudió.

El hombre que conducía el carro dijo que suponía que la señora Viney se había marchado.

–Es que su tren llegó tan tarde... –dijo.

–Pero tiene la llave –dijo Mamá–. ¿Qué vamos a hacer?

–Oh, la habrá dejado debajo del peldaño de la puerta –dijo el carretero–. La gente hace eso por aquí. –Tomó la lámpara del carro y se agachó.

–Ah, como le decía, aquí está –dijo.

Abrió la puerta con la llave, entró y puso su lámpara sobre la mesa.

–¿Tiene usted una vela? –preguntó.

–No sé dónde están las cosas. –Mamá hablaba con menos entusiasmo que de costumbre.

El hombre encendió una cerilla. Había una vela sobre la mesa y la encendió. A la luz escasa y trémula, los chicos distinguieron una cocina grande y desnuda con suelo de

piedra. No había cortinas ni alfombrilla. La mesa de la cocina de su casa estaba en medio de la habitación. Las sillas estaban en una esquina y los cacharros, las sartenes, las escobas y la vajilla en otra. No había fuego, y la negra chimenea tenía el aspecto de estar fría, con las cenizas apagadas.

Cuando el carretero se giró para marcharse, después de meter las cajas, se oyó un sonido susurrante, un correteo que parecía provenir del interior de las paredes de la casa.

–Oh, ¿qué es eso? –chillaron las niñas.

–Son solo ratas –dijo el carretero. Salió cerrando la puerta, y la súbita corriente apagó la vela.

–Ay, madre –dijo Phyllis–. ¡Ojalá no hubiéramos venido! –Y tiró una silla.

–*Solo* ratas –dijo Peter en la oscuridad.

## LA MINA DE CARBÓN DE PETER

–¡Qué divertido! –dijo Mamá en la oscuridad, tanteando la mesa en busca de las cerillas–. Lo asustados que estaban los pobres ratones. No me creo en absoluto que fueran ratas.

Volvió a encender la vela con una cerilla y todos se miraron bajo aquella luz parpadeante y trémula.

–Bueno –dijo–, siempre habéis querido que ocurriera algo y ahora ha ocurrido. Esto es casi como una aventura, ¿no? Le dije a la señora Viney que nos comprara pan y mantequilla, carne y otras cosas, y que dejara la cena lista. Supongo que la habrá dispuesto en el comedor. Así que vayamos a ver.

Desde la cocina se accedía al comedor. Parecía mucho más oscuro que la cocina cuando entraron con una vela. Se debía a que la cocina estaba encalada y el comedor estaba recubierto de madera oscura desde el suelo hasta el techo. Además, unas vigas negras y pesadas cruzaban el techo. Había un laberinto desordenado de muebles llenos de polvo. Se trataba de los muebles de la sala de desayunos de la casa en la que habían vivido durante toda su vida. Parecía que eso había sido hacía mucho tiempo y que quedaba muy lejos.

Había ciertamente una mesa, y había sillas, pero no había cena.

–Vamos a mirar en las otras habitaciones –dijo Mamá, y así hicieron.

Y en cada habitación el mismo desorden de muebles, hierros de la chimenea y piezas de la vajilla, y muchos bártulos extraños por el suelo; pero nada de comer. Incluso en la despensa había solo una caja oxidada para guardar tartas y un plato mellado blanqueado con cal.

–¡Qué mujer tan terrible! –dijo Mamá–. Se ha escapado con el dinero y no nos ha dejado nada para comer.

–¿Entonces no vamos a cenar nada? –preguntó Phyllis, consternada, mientras daba un paso atrás, pisando el platillo del jabón que sonó al resquebrajarse.

–Oh, sí –dijo Mamá–, solo supondrá abrir una de esas cajas grandes que hemos puesto en el sótano. Phil, querida, ten cuidado por donde pisas. Peter, sujeta la lámpara.

La puerta del sótano se abría desde la cocina. Había cinco escalones de madera que conducían hasta abajo. No era en absoluto un sótano de verdad, pensaron los chicos, porque su techo era tan elevado como el de la cocina. Bajo el techo colgaba un soporte para el beicon. Dentro había madera y carbón. También estaban ahí las cajas grandes.

Peter sostuvo la vela a un lado mientras Mamá intentaba abrir la caja grande. Pero

estaba muy bien cerrada con clavos.

–¿Dónde está el martillo? –preguntó Peter.

–Eso es lo malo –dijo Mamá–. Me temo que está dentro de la caja. Pero hay una pala para el carbón, y ahí está el atizador de la cocina.

Y con estos instrumentos intentó abrir la caja.

–Déjame probar –dijo Peter, pensando que podría hacerlo mejor. Todo el mundo dice esto cuando ve a alguien animando un fuego, abriendo una caja o deshaciendo un nudo de un trozo de cuerda.

–Te vas a hacer daño en las manos, Mami –dijo Roberta–; déjame a mí.

–Ojalá estuviera aquí Papá –dijo Phyllis–; lo abriría en menos que canta un gallo. ¿Por qué me das patadas, Bobbie?

–Yo no he sido –dijo Roberta.

Justo entonces el primero de los largos clavos de la caja comenzó a salir con un crujido. Levantaron entonces un listón y después otro, hasta que los cuatro quedaron arriba con los largos clavos que brillaban ferozmente como dientes de acero a la luz de la vela.

–¡Hurra! –dijo Mamá–. Hay algunas velas, esto lo primero de todo. Niñas, id a encenderlas. Encontraréis algunos platillos y otras cosas. Poned un poco de la cera en el platillo y pegad la vela recta.

–¿Cuántas encendemos?

–Las que queráis –dijo Mamá alegremente–. Lo más importante es estar contentos. Nadie puede estar alegre en la oscuridad salvo los búhos y los lirones.

Así que las niñas encendieron las velas. La cabeza de la primera cerilla salió volando y se pegó al dedo de Phyllis. Pero como dijo Roberta, se trataba de una pequeña quemadura, y habría podido ser una mártir romana, quemada por completo, si le hubiera tocado vivir en los tiempos en que esas cosas estaban de moda.

Una vez que tuvieron el comedor iluminado por la luz de catorce velas, Roberta cogió carbón y leña y encendió un fuego.

–Hace mucho frío para estar en mayo –dijo, sintiendo que era una expresión muy de mayores.

El fuego de la chimenea y la luz de las velas conferían al comedor un aspecto muy distinto. Ahora podía apreciarse que las paredes oscuras eran de madera, talladas aquí y allá en forma de guirnaldas y lazos.

Las niñas ordenaron el cuarto, lo que consistió en apoyar las sillas contra la pared y apilar en una esquina todos los trastos que encontraron por ahí, en parte ocultándolos con el gran sillón de cuero en el que Papá solía sentarse después de la cena.

–¡Bravo! –exclamó Mamá, haciendo entrada con una bandeja llena de cosas–. Esto tiene otro aspecto. Voy a por un mantel y luego...

El mantel estaba en una caja con cerradura que se abría con una llave y no con una pala. Una vez extendido el mantel sobre la mesa, dispusieron sobre el mismo un auténtico festín.

Todo el mundo estaba muy, muy cansado, pero se animaron ante la vista de la peculiar

y deliciosa cena. Había galletas, de María y de las otras más normales, sardinas, jengibre confitado, pasas para cocinar, frutas confitadas y mermelada.

–Qué suerte que la tía Emma metiera todos los restos almacenados en el armario –dijo Mamá–. Y por cierto, Phil, no pongas la cuchara de la mermelada entre las sardinas.

–No, no voy a hacerlo, Mamá –dijo Phyllis, y la dejó entre las galletas María.

–Bebamos por la salud de tía Emma –dijo Roberta de pronto–. Qué habríamos hecho si no hubiera metido todas estas cosas. ¡Por la tía Emma!

El brindis se hizo con vino de jengibre y agua en tazas chinas decoradas con sauces, ya que no encontraron los vasos.

Todos sintieron que habían sido un poco duros con la tía Emma. No era una mujer buena y cariñosa como Mamá, pero después de todo fue a ella a quien se le ocurrió guardar los restos para comer.

También fue la tía Emma la que aireó las sábanas antes de que las empaquetaran. Los hombres de la mudanza habían montado las camas, así que estas pudieron hacerse enseguida.

–Buenas noches, mis polluelos –dijo Mamá–. Estoy segura de que no hay ratas. Pero dejaré mi puerta abierta y, si viene un ratón, solo tenéis que gritar y así vendré a decirle exactamente lo que pienso de él.

Entonces se marchó a su propia habitación. Roberta se despertó y oyó cómo el pequeño reloj de viaje daba las dos. Siempre había pensado que sonaba como el lejano reloj de una iglesia. También oyó que Mamá seguía moviéndose de un lado a otro en su dormitorio.

A la mañana siguiente, Roberta despertó a Phyllis tirándole suavemente del pelo, lo justo para lo que pretendía.

–¿Quequequé pasa? –preguntó Phyllis, todavía adormilada.

–¡Despiértate!, ¡despiértate! –dijo Roberta–. Estamos en la casa nueva, ¿no te acuerdas? Ni sirvientes ni nada. Vamos a levantarnos para comenzar a ser útiles. Bajaremos como ratoncitos silenciosos y dejaremos todo precioso antes de que Mamá se despierte. He despertado a Peter. Estará vestido tan pronto como lo hagamos nosotras.

Así que se vistieron en silencio y rápido. Por supuesto no había agua en los cuartos, así que cuando bajaron se lavaron todo lo que consideraron necesario bajo el chorro de la bomba del patio. Uno bombeaba y el otro se lavaba. Salpicaba pero fue divertido.

–Es mucho más divertido que lavarse en el lavabo –dijo Roberta–. ¡Qué brillante está la hierba que hay entre las lajas, y el musgo del tejado! ¡Oh, y también las flores!

El tejado de la cocina trasera era bastante inclinado. Estaba hecho de paja y cubierto de musgo, puerros caseros, uvas de gato y alhelies, e incluso había una mata de iris morada en la esquina más alejada.

–Esto es mucho, mucho más bonito que Villa Edgecombe –dijo Phyllis–. ¿Cómo será el jardín?

–Todavía no podemos pensar en el jardín –dijo Roberta con viva energía–. Vamos dentro a empezar a trabajar.

Encendieron el fuego, pusieron la tetera a calentar y dispusieron la vajilla para el

desayuno. No pudieron encontrar los utensilios apropiados pero un cenicero de cristal hizo excelentemente las veces de salero y un recipiente para cocinar bastante nuevo serviría para meter el pan, si es que había.

Cuando ya parecía que no podían hacer nada más, volvieron a salir a la mañana fresca y brillante.

–Vamos al jardín ahora –dijo Peter.

Pero por algún motivo, no pudieron encontrar el jardín. Rodearon y volvieron a rodear la casa. Un patio ocupaba la parte trasera y enfrente se encontraban los cobertizos. Por los otros tres laterales, la casa se alzaba simplemente sobre el terreno, sin un patio o un jardín que la separara del césped corto y suave. Con todo, estaban seguros de haber visto el muro del jardín la noche anterior.

Se trataba de una comarca montañosa. Hacia abajo podían divisar la vía del ferrocarril y la oscura boca bostezante del túnel. La estación quedaba fuera de la vista. Había un puente grande con arcos elevados que atravesaba uno de los extremos del valle.

–Qué importa el jardín –dijo Peter–. Vamos abajo a observar las vías. Puede que haya trenes pasando.

–Podemos verlos desde aquí –dijo Roberta lentamente–. Vamos a sentarnos un rato.

Así que todos se sentaron en una piedra grande, gris y plana que emergía de entre la hierba; era una de las muchas que yacían desperdigadas por la ladera de la colina, y cuando Mamá salió a buscarlos a las ocho en punto, los encontró profundamente dormidos en una piña feliz y calentada por el sol.

Habían hecho un fuego excelente y puesto sobre él la tetera sobre las cinco y media. Así que sobre las ocho el fuego ya llevaba un rato apagado, toda el agua había hervido y el fondo de la tetera se había quemado. Tampoco habían pensado en lavar la vajilla antes de poner la mesa.

–Pero no importa; me refiero a las tazas y los platillos –los disculpó Mamá–. Porque he encontrado otro cuarto. Se me había olvidado que había otro. ¡Y es mágico! He hervido el agua para el té en una cacerola.

Se accedía a la habitación olvidada desde la cocina. En medio de la agitación y de la semioscuridad de la noche anterior, habían confundido su puerta con un armario. Era un cuartito cuadrado y, sobre su mesa, perfectamente dispuesta, había un trozo de carne asada, además de pan y mantequilla, queso y una empanada.

–¡Empanada para desayunar! –gritó Peter–, ¡qué superemocionante!

–No es empanada de pichón –dijo Mamá–, es de manzana. En fin, es la cena que teníamos que haber tomado ayer noche. Y ahí estaba la nota de la señora Viney. Su yerno se había roto el brazo y tuvo que volver pronto a casa. Viene esta mañana a las diez.

Fue un desayuno maravilloso. No es habitual empezar el día con empanada de manzana fría, pero los chicos dijeron que la preferían a la carne.

–Es que es más comida que desayuno para nosotros –dijo Peter pasando el plato para que le sirvieran más–. Como nos hemos levantado tan pronto...

El día transcurrió ayudando a Mamá a deshacer y disponer las cosas. Seis piernecitas

bastante doloridas tras correr de aquí para allá mientras sus propietarios transportaban ropa, vajilla y todo tipo de cosas al lugar que les correspondía. No era muy tarde cuando Mamá dijo:

–Ya está. Ya vale por hoy. Voy a acostarme una hora para estar fresca como una lechuga para la hora de cenar.

Entonces se miraron los unos a los otros. Las tres caritas expresaban el mismo pensamiento. El pensamiento era doble y consistía, como en el caso de la información contenida en la *Guía de conocimiento para los niños*, en una pregunta y una respuesta.

P. ¿Adónde vamos?

R. A las vías del tren.

Así que hacia allí se dirigieron. Y tan pronto se pusieron en camino descubrieron dónde se había escondido el jardín. Estaba justo detrás de las cuadras, rodeado de un muro alto.

–No importa el jardín ahora –exclamó Peter–. Mamá me dijo esta mañana dónde estaba. Todavía estará allí mañana. Vamos a las vías.

El camino hasta las vías era todo cuesta abajo sobre un césped suave y corto, salpicado de arbustos de tojo y rocas grises y amarillas que emergían como el confitado de la parte superior de una tarta.

El camino se acababa en una cuesta y una valla de madera. Ahí estaba la vía del tren con su metal brillante y las líneas de telégrafo y los postes y las señales.

Treparon por la valla y de repente oyeron un estruendo que les hizo mirar hacia la derecha de la vía, en donde la boca oscura de un túnel se abría en la ladera de una colina escarpada; un momento después, un tren emergió a toda velocidad del túnel con un chirrido y un resoplido, deslizándose ruidosamente frente a ellos. Sintieron la ráfaga del tren y las piedras de la vía saltaron y crepitaron por debajo según pasaba.

–¡Oh! –dijo Roberta suspirando hondamente–, ha sido como si un gran dragón pasara volando. ¿Habéis notado cómo nos abanicaba con sus alas calientes?

–Supongo que, desde fuera, ese túnel se parece a una guarida de dragón –dijo Phyllis.

–Nunca pensé que llegaríamos a estar tan cerca de un tren. ¡Es de lo más divertido!

–Mejor que las locomotoras de juguete, ¿verdad? –dijo Roberta.

(Estoy harta de llamar a Roberta por su nombre. No veo por qué tengo que hacerlo. Nadie más lo hacía. Todo el mundo la llamaba Bobbie, y no veo por qué yo no puedo hacer lo mismo).

–No sé, es distinto –dijo Peter–. Es tan extraño ver un tren completo. Es increíblemente alto, ¿verdad?

–Siempre los hemos visto cortados por la mitad en los andenes –dijo Phyllis.

–Me pregunto si ese tren iba a Londres –dijo Bobbie–. En Londres está Papá.

–Vamos a bajar a la estación a descubrirlo –dijo Peter.

Y eso hicieron.

Caminaron a lo largo del borde de la vía mientras escuchaban los cables del telégrafo murmurando sobre sus cabezas. Cuando estás en el tren parece que hay poca distancia entre un poste y otro, y uno tras otro, los postes parecen atrapar los cables casi más

deprisa de lo que alcanzas a contarlos. Pero cuando tienes que andar, los postes parecen disminuir en número y estar más distanciados entre sí.

Pero los chicos por fin llegaron a la estación.

Nunca antes, ninguno de ellos, había estado en una estación, excepto para coger trenes –o mejor dicho, para esperarlos–, y siempre con adultos controlando, adultos a los que no les interesaban las estaciones, salvo como lugar desde el que querer partir.

Nunca antes habían pasado tan cerca de una garita de señales, hasta el punto de percatarse de los cables, de oír el misterioso «ping, ping», seguido del fuerte y firme chasquido de la maquinaria.

Las mismas traviesas sobre las que yacían las vías formaban un camino agradable que recorrer, lo suficientemente separadas como para servir de piedras de paso en aquel juego de torrentes de espuma improvisado por Bobbie.

Y luego llegar hasta la estación, pero no a través de la oficina de venta de billetes sino de una especie de entrada libre por la parte inclinada del final del andén. Esto de por sí era divertido.

También era divertido echar un vistazo al cuarto del maletero, en donde están las lámparas, y el anuario del ferrocarril en la pared, y un maletero medio dormido tras un periódico.

Había un buen número de vías entrecruzadas en la estación; algunas simplemente avanzaban hasta un almacén y paraban enseguida, como si estuvieran cansadas de negocios y tuvieran intención de retirarse para siempre. En ese lugar de las vías se detenían los trenes, y a un lado había un gran montón de carbón, no un montón suelto como el que vemos en la carbonera de una casa, sino una especie de edificio sólido de carbón con bloques grandes y cuadrados a modo de fachada utilizados como si fueran ladrillos y amontonados en una pila que recordaba el dibujo de las Ciudades de la Llanura de las *Historias de la Biblia para Niños*. Había una línea encalada cerca de la cima del muro de carbón.

Al rato, cuando el maletero salió perezosamente de su cuarto ante el doble hormigueo excitante del gong sobre la puerta de la estación, Peter dijo: «¿Cómo está usted?», de la manera más educada, y corrió a preguntar para qué era la marca blanca en el carbón.

–Para marcar cuánto carbón hay –dijo el maletero–. Así sabemos si alguien lo birla. ¡Así que no se le ocurra irse con carbón en los bolsillos, caballere!

Esto pareció, en ese momento, un gesto cordial, y Peter sintió de pronto que el maletero era un tipo amistoso sin más complicaciones. Sin embargo, más tarde aquellas palabras resonarían en su cabeza de un modo distinto.

¿Habéis entrado alguna vez en la cocina de una granja en el día de cocción del pan y habéis visto la gran vasija de barro con la masa dispuesta junto al fuego para hacerla subir? Si es así, y si por entonces erais lo bastante pequeños como para interesaros por todo lo que veáis, recordaréis que no podíais resistir la tentación de hundir el dedo en la masa suave y redonda que se amoldaba al recipiente como una seta gigante. Y recordaréis que vuestro dedo dejaba una marca en la masa, y que lenta pero

gradualmente la marca desaparecía y la masa volvía a tener el aspecto de antes de que la tocarais. Salvo, por supuesto, que vuestra mano estuviera más sucia de lo normal, en cuyo caso, como es natural, quedaría una pequeña mancha negra.

Bueno, tal era la pena que sentían los niños por la marcha de su padre y por ver a su madre tan infeliz. Les había impresionado profundamente, pero la impresión no duró mucho.

Pronto se acostumbraron a estar sin Papá, aunque no lo hubieran olvidado. Y se acostumbraron a no ir al colegio, y a ver muy poco a Mamá, que ahora pasaba casi todo el día encerrada en el cuarto de arriba escribiendo, escribiendo, escribiendo. Solía bajar a la hora de la merienda para leer en alto las historias que había escrito. Eran historias preciosas.

Las rocas, y las colinas, y los valles, y los árboles, el canal y, por encima de todo, el ferrocarril, eran tan novedosos y tan sumamente agradables que el recuerdo de la vieja vida en la villa empezaba a diluirse como en un sueño.

Mamá les había dicho más de una vez que ahora eran «bastante pobres», pero esto no parecía ser más que una manera de hablar. Los adultos, incluso las madres, hacen a menudo comentarios que no parecen significar nada en particular, solo por decir algo, o eso parece. Siempre había suficiente para comer, y se vestían con la ropa elegante que siempre habían usado.

Pero en junio vinieron tres días lluviosos; caían chuzos y hacía mucho, mucho frío. No se podía salir y todos temblaban. Subieron a la habitación de Mamá y llamaron a la puerta.

–¿Qué queréis? –preguntó Mamá desde dentro.

–Mamá –dijo Bobbie–, ¿no podría encender el fuego? Sé cómo hacerlo...

Y Mamá respondió:

–No, cariño. No podemos encender fuegos en junio, el carbón es tan caro... Si tenéis frío ir a corretear al ático, veréis cómo entráis en calor.

–Pero Mamá, hace falta muy poco carbón para encender un fuego.

–Es más de lo que podemos permitirnos, corazón –dijo Mamá alegremente–. Ahora idos, queridos. ¡Estoy más que ocupada!

–Mamá siempre está ocupada ahora –le susurró Phyllis a Peter. Este no contestó. Se encogió de hombros. Estaba pensando.

Pensaba, no obstante, que no podría ocultar durante mucho tiempo la guarida de un bandido en el desván. Peter era, cómo no, el bandido. Bobbie era su ayudante, su banda de fieles ladrones, y, por ello, familiar de Phyllis, que era la doncella capturada por la cual se pagaba, sin dudar un momento, (en alubias) una magnífica recompensa.

Bajaron a merendar con las mejillas coloradas y felices como bandoleros de los montes.

Pero cuando Phyllis se disponía a añadir mermelada a su pedazo de pan con mantequilla, Mamá dijo:

–Mermelada o mantequilla, cariño, no mermelada y mantequilla. No podemos permitirnos esa suerte de lujo desmesurado hoy en día.

Phyllis se terminó el pedazo de pan con mantequilla en silencio, seguido de otro con mermelada. Peter mezcló sus pensamientos con té flojo.

Después de la merienda volvieron al ático y Peter les dijo a sus hermanas:

–Tengo una idea.

–¿Qué idea? –le preguntaron educadamente.

–No os la voy a contar –fue la inesperada respuesta.

–Ah, pues muy bien –dijo Bobbie.

Y Phil añadió:

–Pues no nos la cuentas.

–Chicas... –dijo Peter–, siempre tan impulsivas.

–¡Me gustaría saber cómo son los chicos! –dijo Bobbie, haciendo gala de un sutil desdén–. No quiero saber nada de tus estúpidas ideas.

–Ya te enterarás algún día –respondió Peter sin perder la calma, cosa que era casi como un milagro–. Si no tuvierais tantas ganas de discutir, y hubierais mostrado la nobleza de corazón de no hacer que os la cuente, os la habría contado. Pero ahora no pienso contaros nada, ¡para que os enteréis!

Y pasó bastante tiempo antes de que se viera persuadido a decir algo más, y cuando lo hizo, no fue mucho. Dijo:

–La única razón por la que no pienso contaros la idea que voy a desarrollar es porque puede que sea algo malo y no quiero involucraros.

–No lo hagas si está mal, Peter –dijo Bobbie–, déjame hacerlo a mí.

Y Phyllis exclamó:

–¡Si vais a hacer algo malo, yo también lo haré!

–No –dijo Peter, bastante afectado por su lealtad–, es una vana esperanza y la voy a liderar. Todo lo que os pido es que si Mamá pregunta dónde estoy, no os chivéis.

–No tenemos nada de qué chivarnos –dijo Bobbie indignada.

–¡Oh, sí que tenéis! –replicó Peter, dejando caer las alubias entre los dedos–. He confiado en vosotras hasta la muerte. Sabéis que voy a emprender una aventura solitaria, y si algunos piensan que puede tratarse de algo malo, yo no. Y si Mamá pregunta dónde estoy, decidle que estoy jugando en las minas.

–¿Qué tipo de minas?

–Vosotras solo decid minas.

–Tienes que contárnoslo, Peter.

–En ese caso, minas de carbón. Pero no dejéis que la palabra salte a vuestros labios excepto bajo amenaza de tortura.

–No tienes que amenazarnos –dijo Bobbie–, y de verdad creo que deberías dejarnos ayudar.

–Si encuentro una mina de carbón, podéis ayudar a transportar el carbón –propuso Peter condescendiente.

–Guárdate tu secreto si quieres –dijo Phyllis.

–Guárdatelo si *puedes* –dijo Bobbie.

–Lo guardaré bien guardado –contestó Peter.

Entre la merienda y la cena hay un intervalo incluso en las familias más glotonas. A esta hora Mamá solía estar escribiendo y la señora Viney ya había vuelto a casa.

Dos noches después de que la idea de Peter viera la luz, este hizo señas misteriosas a las chicas a la hora del crepúsculo.

–Venid aquí conmigo –dijo– y traed el Carrito Romano.

El Carrito Romano era un carricoche muy antiguo que había pasado años abandonado en la buhardilla de la cochera. Los chicos habían engrasado sus juntas hasta conseguir que se deslizara en silencio como las ruedas de una bicicleta, y cumplía probablemente de la misma manera que en sus mejores años.

–Seguid a vuestro intrépido líder –dijo Peter conduciéndolas cuesta abajo en dirección a la estación.

Justo por encima de la estación muchas rocas habían emergido por entre la hierba, como si, al igual que los niños, estuvieran interesadas en el ferrocarril.

En un pequeño hueco entre tres rocas yacía un montón seco de zarzamora y brezo.

Peter se detuvo, se giró sobre las reseca ramitas con una bota vieja y gastada y dijo:

–He aquí el primer carbón de la mina de San Peter. Lo llevaremos a casa en el carrito. Entrega puntual. Todos los pedidos serán atendidos con esmero. Se puede cortar con la forma que elijan los clientes habituales.

Cargaron el carrito hasta los topes con el carbón. Y una vez cargado tuvo que ser descargado de nuevo porque pesaba tanto que ni los tres juntos podían empujarlo colina arriba; ni siquiera cuando Peter ató el manillar con sus tirantes y, sujetándose firmemente el cinturón con una mano, se puso a tirar mientras las chicas empujaban desde detrás.

Tuvieron que hacer tres viajes antes de que el carbón de la mina de Peter se añadiera al montón de carbón que guardaba Mamá en el sótano.

Después Peter salió y volvió muy negro y misterioso.

–He estado en mi mina –dijo–. Mañana traeremos los diamantes negros en el carrito.

Una semana después, la señora Viney le comentó a Mamá lo mucho que estaba durando este lote de carbón.

Los chicos se abrazaban entre sí, retorciéndose de risa contenida, mientras escuchaban en las escaleras. Por entonces se habían olvidado de que durante un tiempo Peter albergó dudas sobre si la actividad minera era algo malo.

Pero llegó la noche fatídica en la que el jefe de estación se puso unas sandalias viejas que había usado en la playa durante las vacaciones de verano y se deslizó silenciosamente hasta el patio en donde estaba el montón de carbón de Sodoma y Gomorra rodeado de la línea encalada. Se deslizó hasta allí y esperó como un gato junto a una ratonera. Sobre el montón, algo pequeño y oscuro escarbaba haciendo un ruido amortiguado entre el carbón.

El jefe de la estación se escondió en la sombra de una vagoneta que tenía una pequeña chimenea de latón con el siguiente rótulo:

G. N. & S. R.

34576

Devolver inmediatamente a vía muerta

White Heather.

Y en este escondite acechó hasta que la cosita situada en lo alto de la pila cesó de escarbar y de hacer ruido, se acercó hasta el borde, se dejó caer con cuidado y levantó algo tras de sí. Entonces el brazo del jefe de estación se alzó, su mano cayó sobre el cuello, y Peter apareció, firmemente agarrado por la chaqueta con una vieja bolsa de carpintero repleta de carbón entre las manos temblorosas.

–Así que por fin te he pillado, ¿no es así, pequeño ladronzuelo? –dijo el jefe de la estación.

–No soy un ladrón –dijo Peter tan firmemente como pudo–. Soy un minero de carbón.

–Cuéntale eso a los marines –dijo el jefe de estación.

–Da igual a quién se lo cuente, es la verdad –dijo Peter.

–Estás justo ahí –dijo el hombre que lo sujetaba–. Cierra el pico, ladronzuelo, y vente conmigo a la oficina.

–¡Oh, no! –gritó en la oscuridad una voz agonizante que no era la de Peter.

–¡A la oficina de la policía no! –dijo otra voz procedente de la oscuridad.

–Todavía no –dijo el jefe de estación–. A la oficina de la estación primero. Porque, ¿acaso estamos ante una banda organizada? ¿Hay alguien más por ahí?

–Solo nosotras –dijeron Bobbie y Phyllis, saliendo de la sombra de otro camión rotulado con Stavely Colliery, con la leyenda escrita con tiza blanca: «Buscado en el n.º 1 de la calle».

–¿Qué pretendía usted hacer espiando así a una persona? –dijo Peter enfadado.

–Ya era hora de que alguien te espiera, digo yo –respondió el jefe de la estación–. Vamos a la oficina.

–¡Oh, no! –dijo Bobbie–. ¿No podría usted decidir *ahora* qué es lo que nos va a hacer? Tenemos tanta culpa como Peter. Ayudamos a sacar el carbón, y sabíamos de dónde lo sacaba.

–No, no lo sabíais –dijo Peter.

–Sí que lo sabíamos –contestó Bobbie–. Lo supimos todo el tiempo. Solo pretendíamos no saberlo para darte el gusto.

Peter ya no podía más. Había ido a la mina, había sacado el carbón, lo habían pillado y ahora se enteraba de que sus hermanas le «habían dado el gusto».

–¡No me sujete! –se quejó–. No voy a salir corriendo.

El jefe de la estación soltó el cuello de Peter, encendió una cerilla y los miró a la luz parpadeante.

–Pero ¿cómo puede ser? –dijo–. Sois los chicos de las Tres Chimeneas de ahí arriba. Tan bien vestidos. Decidme, ¿qué es lo que os ha llevado a cometer semejante fechoría? ¿Es que no habéis ido nunca a misa o no habéis aprendido el catecismo, o lo que sea, para que no sepáis que robar es malo? –Ahora hablaba mucho más despacio, y Peter dijo:

–Yo no pensaba que fuera robar. Estaba casi seguro de que no lo era. Pensé que si lo cogía de la parte exterior del montón a lo mejor lo era. Pero que coger carbón de la parte

del medio era minería. Les llevaría miles de años quemar todo ese carbón antes de llegar al centro.

–No te creas. ¿Pero lo hiciste por puro divertimento o qué?

–Menudo divertimento cargar con esta maldita cosa pesada colina arriba –dijo Peter indignado.

–Entonces, ¿por qué lo hiciste? –La voz del jefe de estación era ahora tan amable que Peter contestó:

–¿Se acuerda usted de ese día tan lluvioso? Pues bien, Mamá dijo que éramos demasiado pobres como para encender el fuego. Siempre habíamos podido encender el fuego cuando hacía frío en nuestra otra casa, y...

–¡No sigas! –lo interrumpió Bobbie en un susurro.

–Bien –dijo el jefe de estación frotándose la barbilla mientras meditaba–, os diré lo que voy a hacer. Lo pasaré por alto esta vez. Pero recordad, muchachitos, robar es robar, y lo que es mío no es vuestro, por mucho que queráis o no llamarlo «minería». Volved a casa.

–¿Quiere decir que no nos va a hacer nada? Pues sí que es usted un buen tipo –afirmó Peter con entusiasmo.

–Es usted encantador –dijo Bobbie.

–Es usted un cielo –dijo Phyllis.

–Ya está bien –los acalló el jefe de estación.

Y con estas se marcharon.

–No me habléis –dijo Peter mientras subían la colina–. Sois espías y traidoras, eso es lo que sois.

Pero las chicas estaban demasiado contentas de tener a Peter entre ellas, sano y salvo, de camino a las Tres Chimeneas y no en la comisaría, para importarles demasiado lo que él decía.

–Sí que reconocimos que fuimos tan culpables como tú –dijo Bobby suavemente.

–Y no era así...

–Se hubiera llegado a la misma conclusión en los tribunales, ante los jueces –dijo Phyllis–. No seas cascarrabias, Peter. No es culpa nuestra que tus secretos sean tan chupados de descubrir. –Lo tomó del brazo y él consintió–. De cualquier modo, hay muchísimo carbón en el sótano –prosiguió.

–¡Oh, no! –dijo Bobbie–. No creo que debamos sentirnos contentos por eso.

–No sé –dijo Peter, animándose–. No estoy del todo seguro, ni siquiera ahora, de que la minería sea un delito.

Pero las chicas sí lo estaban. Y también estaban bastante seguras de que él lo estaba, aunque tenía pocas ganas de reconocerlo.

## EL SEÑOR MAYOR

Después de la aventura minera de Peter, a los chicos les pareció que lo mejor era mantenerse alejados de la estación (aunque no lo hicieron, no podían mantenerse alejados de las vías del ferrocarril). Habían vivido toda su vida en una calle por donde los coches y los autobuses pasaban zumbando a todas horas, y en donde las carretas de los carniceros y los panaderos y los candeleros (nunca he visto una carreta de candelero; ¿y vosotros?) podían aparecer en cualquier momento. Aquí, en el mudo silencio del campo adormecido, lo único que pasaban eran trenes. Parecía ser lo único que unía a los chicos con la vida anterior que una vez fue suya. Colina abajo, frente a las Tres Chimeneas, el tránsito diario de sus seis pies comenzaba a marcar un camino a través del césped corto y fresco. Empezaron a conocer las horas a las que pasaban ciertos trenes y les pusieron nombres. El que subía a las 9:15 se llamaba el Dragón Verde. El que bajaba a las 10:07 se llamaba el Gusano de Wantly. El expreso de medianoche, cuyo paso estridente a veces los sacaba del sueño, era el temido Vuela-por-la-noche. Peter se levantó una vez bajo el frío brillo de las estrellas y, espíándolo a través de las cortinas, allí mismo le puso el nombre.

El Señor Mayor viajaba en el Dragón Verde. Era un caballero muy apuesto, y también parecía agradable, que no son en absoluto lo mismo. Tenía un rostro saludable y bien rasurado y el cabello blanco, vestía cuellos con formas bastante extrañas y una chistera que no era exactamente igual a la de otras personas. Por supuesto que los chicos no vieron todo esto al principio. De hecho, lo primero que notaron del Señor Mayor fue su mano.

Sucedió una mañana, mientras esperaban sentados en la valla a que pasara el Dragón Verde, que llegaba tres minutos y veinticinco segundos tarde, según el reloj de Waterbury de Peter que le habían regalado por su cumpleaños.

–El Dragón Verde se dirige a donde está Papá –dijo Phyllis–. Si fuera un verdadero dragón lo podríamos parar para pedirle que le enviara nuestro cariño.

–Los dragones no transportan el cariño de las personas –dijo Peter–, están por encima de eso.

–Sí que lo hacen, si primero los adiestras a conciencia. Recogen cosas y las llevan como perros de agua –dijo Phyllis–, y comen de tu mano. Me pregunto por qué Papá nunca nos escribe.

–Mamá dice que ha estado demasiado ocupado –dijo Bobbie–, pero que escribirá pronto.

–Se me ocurre –sugirió Phyllis– que saludemos todos al Dragón Verde cuando pase. Si es un dragón mágico, nos entenderá y llevará nuestro cariño a Papá. Y si no lo es, tres saludos no son nada. Nunca los echaremos de menos.

Así que cuando el Dragón Verde rompió a bramar desde la boca de su oscura guarida, que era el túnel, los tres niños se subieron a la valla y saludaron con sus pañuelos de bolsillo sin pararse a pensar si eran pañuelos limpios o lo contrario. Eran, de hecho, lo contrario.

Y procedente de un vagón de primera clase, una mano les devolvió el saludo. Una mano muy limpia. Sujetaba un periódico. Era la mano del Señor Mayor.

Después de esto se hizo habitual que los niños y el tren de las 9:15 intercambiaran saludos.

Y a los chicos, sobre todo a las niñas, les gustaba pensar que a lo mejor el Señor Mayor conocía a Papá, y que se encontraría con él «por negocios», fuera cual fuese el oscuro retiro en el que se hallaba, y que le contaría que estos tres niños esperaban subidos a la valla, en el lejano campo verde, enviándole su cariño todas las mañanas de lluvia o de sol.

Porque ahora se les permitía salir hiciese el tiempo que hiciese, cosa que nunca antes se les hubiera permitido cuando vivían en su casa de la ciudad. Eso era gracias a la tía Emma, y los chicos cada vez se daban más cuenta de que no habían sido justos con esta tía sin atractivos, al comprobar ahora lo prácticas que eran las polainas altas y los chubasqueros que les habían hecho reírse de ella cuando los compró.

Durante todo este tiempo Mamá estaba muy ocupada con su escritura. Solía enviar por correo una buena cantidad de largos sobres azules con historias dentro, y otros sobres grandes de diferentes tamaños y colores solían venir de vuelta. A veces suspiraba al abrirlos, y decía:

–Otra historia que vuelve a dormir a casa. ¡Ay, Dios mío!, ¡ay, Dios mío!

Y a los niños les daba mucha pena.

Pero otras veces agitaba el sobre por los aires y decía:

–¡Hurra!, ¡hurra! Aquí tenemos un editor sensato. Ha aceptado mi historia y esta es la prueba de ello.

Al principio los niños pensaban que «la prueba» era la carta que el editor sensato había enviado, pero a continuación supieron que la prueba consistía en tiras largas de papel con la historia impresa.

Si el editor era sensato, había bollos para merendar.

Un día Peter bajaba al pueblo a comprar bollos para celebrar la sensatez del editor del *Globo de los Niños* cuando se encontró con el jefe de la estación.

Peter se sintió muy incómodo porque había tenido tiempo de pensar en el asunto de la mina de carbón. No quería dar los «buenos días» al jefe de la estación, tal y como se hace con quien te encuentras en una carretera solitaria, porque tenía la sofocante sensación, que se le extendía hasta las orejas, de que el jefe de la estación no estaría interesado en hablar con alguien que había robado carbón. «Robar» es una palabra fea, pero a Peter le pareció que era la adecuada. Así que miró hacia abajo y no dijo nada.

Fue el jefe de estación quien dijo «Buenos días» cuando pasó a su lado. Y Peter contestó: «Buenos días». Entonces pensó: «Tal vez no sepa quién soy a la luz del día o no sería tan educado».

Y no le gustó la sensación que le producía el pensar en ello. Y después, sin ser consciente de lo que se disponía a hacer, corrió hacia el jefe de la estación, que se detuvo al escuchar el crujir apresurado de las botas sobre la carretera, y poniéndose a su altura, sin resuello y con las orejas de color magenta, dijo:

–No quiero que sea usted educado conmigo si no me reconoce.

–¿Qué? –dijo el jefe de la estación.

–Pensé que a lo mejor no sabía que fui yo el que robó el carbón –prosiguió Peter– cuando dijo usted: «Buenos días». Pero fui yo, lo siento. Eso es.

–¿Por qué? –dijo el jefe de la estación–. No estaba pensando en nada relacionado con el dichoso carbón. Lo pasado, pasado está. ¿Y adónde te dirigías con tanta prisa?

–Voy a comprar bollos para la merienda –contestó Peter.

–Pensé que erais muy pobres –dijo el jefe de la estación.

–Y lo somos –contestó Peter en tono confidencial–. Pero siempre compramos tres peniques de bollos de medio penique para merendar cuando mi madre vende una historia o un poema o algo por el estilo.

–Ah, así que tu madre escribe historias, ¿no?

–Las más bonitas del mundo –contestó Peter.

–Tienes que estar orgulloso de tener una madre tan inteligente.

–Sí –dijo Peter–, pero solía jugar con nosotros mucho más antes de que tuviera que ser tan inteligente.

–Bueno –dijo el jefe de la estación–, es hora de que me vaya. Pásate por la estación cuando te apetezca. Y en lo que se refiere al carbón, es una palabra que, bueno, en fin, no, no la mencionaremos jamás, ¿verdad?

–Gracias –dijo Peter–. Me alegro de que todo esté arreglado entre nosotros.

Y prosiguió sobre el puente del canal hacia el pueblo para comprar los bollos, sintiéndose más aliviado mentalmente de lo que había estado desde que la mano del jefe de la estación lo sujetó por el cuello esa noche entre los carbones.

Al día siguiente, cuando ya habían enviado el saludo triple dirigido a su padre a través del Dragón Verde, y el viejo caballero se lo había devuelto como de costumbre, Peter se dirigió con orgullo hacia la estación.

–¿Pero podemos? –preguntó Bobbie.

–Después de lo ocurrido con el carbón, quiere decir –explicó Phyllis.

–Me encontré con el jefe de la estación ayer –dijo Peter de manera despreocupada, simulando no haber oído lo que decía Phyllis–; nos invitó expresamente a bajar cuando quisiéramos.

–¿Después de lo ocurrido con el carbón? –repitió Phyllis–. Espera un momento, se me ha desatado otra vez el cordón de la bota.

–Siempre lo tienes desatado *otra* vez –dijo Peter–. Y el jefe de la estación se mostró mucho más caballeroso de lo que podrías estarlo tú nunca, Phil, que lanzaste carbón a la

cabeza de un tipo.

Phyllis se ató el cordón de la bota y prosiguió en silencio, pero le temblaban los hombros, y al rato le cayó una lágrima gorda por la nariz que estalló sobre el riel de las vías del tren. Bobbie lo vio.

–Pero ¿qué ocurre, cariño? –dijo deteniéndose y pasándole el brazo alrededor de sus temblorosos hombros.

–Me ha llamado poco... poco... poco caballerosa –sollozó Phyllis–. Yo nunca lo llamé tal cosa, ni siquiera cuando ató a mi Clorinda al haz de leña y la quemó en la hoguera como si fuera una mártir.

Era verdad que Peter había perpetrado esta salvajada un año o dos antes.

–Bueno, tú empezaste, ya sabes –dijo Bobbie abiertamente–, con el carbón y todo eso. ¿No creéis que los dos deberíais desdeciros desde que saludamos y permitir que vuestro honor quede satisfecho?

–Lo haré si Peter lo hace –dijo Phyllis, resoplando.

–De acuerdo –dijo Peter–: honor satisfecho. Toma, usa mi pañuelo, Phil, por el amor de Dios, seguro que habrás perdido el tuyo, como siempre. No sé qué haces con ellos.

–Tú mismo me cogiste el último –dijo Phyllis indignada– para atar la puerta de una conejera. Eres muy desagradecido. Es verdad eso que dice el refrán de que más afilado que una serpiente es tener un niño sin dientes. Cuando dice sin dientes quiere decir desagradecido. La señorita Lowe me lo contó.

–De acuerdo –dijo Peter con impaciencia–. Lo siento. Venga, ¿venís o no?

Llegaron a la estación y pasaron dos horas magníficas con el maletero. Se trataba de un hombre respetable y que nunca parecía cansarse de contestar a las preguntas que empezaban con «¿por qué...?», como le ocurría a mucha gente de un estatus social más elevado.

Les contó muchas cosas que no sabían, como, por ejemplo, que las cosas que enganchan los vagones se llaman engarces y que los tubos como grandes serpientes que cuelgan de los engarces sirven para parar el tren.

–Si pudiérais coger uno de esos cuando el tren está en marcha y tirar –dijo–, ella pararía en seco con una sacudida.

–¿Quién es «ella»? –dijo Phyllis.

–La locomotora, por supuesto –dijo el maletero.

Después de aquello, el tren dejó de ser un objeto para los chicos.

–¿Y saben ustedes eso que hay en los vagones que pone «Multa de cinco libras por mal uso»? Pues si lo usas mal, el tren se para.

–¿Y si lo usas bien? –preguntó Roberta.

–Pararía de todas formas, creo –dijo él–, pero no se utilizaría bien a no ser que te estuvieran asesinando. Una vez había una vieja –a la que alguien había dicho, en broma, que aquello era un timbre para llamar al vagón restaurante– que lo usó mal, pues no estaba en peligro de muerte, sino hambrienta, y cuando el tren se detuvo y el revisor vino esperando encontrar a alguien en un mar de sangre, dijo: «Oh, por favor, señor, tomaré un vaso de cerveza negra y un suizo». Y el tren ya traía siete minutos de retraso.

—¿Y qué le dijo el revisor a la vieja?

—Ni idea —contestó el maletero—, pero me apuesto lo que sea a que no lo olvidó fácilmente, fuera lo que fuera.

Con esas conversaciones tan entretenidas, el tiempo pasaba volando.

El jefe de la estación salió una o dos veces de ese sagrado templo interior, situado detrás del agujero por el que te venden los billetes, y mostrándose la mar de amigable con todos.

—Como si lo del carbón jamás hubiera sido descubierto —le susurró Phyllis a su hermana.

Les dio a cada uno una naranja y les prometió subirlos al garito de señales uno de estos días, cuando no estuviera muy ocupado.

Pasaron varios trenes por la estación y Peter se dio cuenta por primera vez de que las locomotoras tenían números, como los coches.

—Sí —dijo el maletero—, conocí a un joven que solía apuntar los números de cada uno de los trenes que veía. Los apuntaba en una gran libreta verde con bordes plateados, pues su padre era alguien importante en la venta al por mayor de artículos de papelería.

Peter pensó que también él podía apuntar números, aunque no fuera el hijo de un papelero al por mayor. Como no tenía una gran libreta de cuero verde con bordes plateados, el maletero le dio un sobre amarillo en el que anotó:

379

663

y Peter sintió que comenzaba así lo que sería una interesantísima colección.

Esa tarde, a la hora de la merienda, le preguntó a Mamá si tenía una gran libreta de cuero verde con los bordes plateados. Ella no tenía ninguna así, pero cuando supo para qué la quería, le dio una pequeñita de color negro.

—Tiene algunas hojas arrancadas —dijo—, pero servirá para apuntar muchos números. Y cuando esté llena, te daré otra. Me alegro tanto de que os guste el ferrocarril. Lo único que os pido es que no caminéis sobre las vías.

—¿Ni siquiera si nos ponemos de cara al tren que avanza? —preguntó Peter, después de una pausa sombría en la que se intercambiaron miradas de desesperación.

—No, de verdad que no —dijo Mamá.

Entonces Phyllis dijo:

—Mamá, ¿y tú nunca caminaste sobre las vías del tren cuando eras pequeña?

Mamá era una madre honrada y honorable, así que tuvo que contestar que sí.

—¿Y entonces? —dijo Phyllis.

—Cariño, no sabéis lo que os adoro. ¿Qué sería de mí si os hacéis daño?

—¿Nos adoras más que la abuela a ti cuando eras pequeña? —preguntó Phyllis. Bobbie le hizo señas para que parase, pero Phyllis nunca veía las señas, por muy claras que fueran.

Mamá se quedó un minuto en silencio y luego se levantó a poner más agua en la tetera.

—Nadie —dijo por fin— quiso jamás a alguien como mi madre me quería a mí.

Entonces volvió a quedar en silencio y Bobbie le dio una fuerte patada a Phyllis por

debajo de la mesa, porque Bobbie comprendía de alguna manera los pensamientos que hacían enmudecer a Mamá –los pensamientos sobre los tiempos en que Mamá era pequeña, cuando lo era todo para su madre–. Parece tan fácil y natural acudir a Mamá cuando uno tiene problemas. Bobbie percibía que la gente no deja de acudir a sus madres cuando tienen problemas, incluso cuando son mayores, y pensó que algo sabía de lo que suponía estar triste y no tener ya una madre a la que acudir.

Así que le propinó una patada a Phyllis, que protestó:

–¿Por qué me das patadas así, Bob?

Y luego Mamá se rio un poco, suspiró y dijo:

–Muy bien. Solo confirmadme que sabéis en qué dirección viene el tren, y no caminéis sobre la vía cerca del túnel o cerca de los bordes.

–Los trenes circulan por la izquierda como los carruajes –dijo Peter–, así que si nos mantenemos a la derecha, no tenemos más remedio que verlos venir.

–Muy bien –dijo Mamá. Y me atrevería a confirmar que pensáis que no debería haberlo dicho. Pero se acordó de cuando era pequeña, y lo dijo, y ni sus propios hijos, ni vosotros, ni ningún otro niño en el mundo podría entender exactamente lo que le costó hacerlo. Solo alguno de vosotros, como Bobbie, podría entenderlo un poco.

Fue al día siguiente cuando Mamá tuvo que quedarse en cama porque le dolía mucho la cabeza. Le ardían las manos, no quería comer nada y tenía la garganta muy irritada.

–Si yo fuera usted –dijo la señora Viney–, haría llamar al médico. Hay muchos males contagiosos por ahí ahora mismo. La mayor de mis hermanas se enfrió, se le agarró al pecho hace dos Navidades y desde entonces nunca ha vuelto a ser la misma chica.

Mamá se negó al principio, pero por la noche se sintió mucho peor y envió a Peter a la casa del pueblo que tenía tres árboles de lluvia de oro junto a la verja y sobre la puerta, una placa de bronce que decía «W. W. Forrest, Doctor».

El señor Forrest, Doctor, acudió rápidamente. Fue charlando con Peter en el camino de vuelta. Parecía un hombre agradable y sensato, interesado en ferrocarriles y conejos, y en cosas realmente importantes.

Cuando vio a Mamá, dijo que era gripe.

–Bueno, Señorita-de-los-Aires-Graves –le dijo en el vestíbulo a Bobbie–, supongo que quieres ser la enfermera jefe.

–Por supuesto –dijo ella.

–Pues entonces, os haré llegar unas medicinas. Mantén encendido un buen fuego. Ten preparado un caldo fuerte de ternera para darle tan pronto como le baje la fiebre. Puede tomar uvas ahora, y esencia de ternera, y soda y leche, y sería bueno que tuvierais una botella de brandy. El mejor brandy. El barato es peor que veneno.

Ella le pidió que lo escribiera, cosa que hizo.

Cuando Bobbie le mostró a Mamá la lista que había escrito el médico, Mamá se rio. Era una risa, decidió Bobbie, aunque bastante fría y lánguida.

–Tonterías –dijo Mamá, acostada sobre la cama con los ojos brillantes como perlitas–. No me puedo permitir toda esa porquería. Dile a la señora Viney que hierva dos libras de pescuezo de vuestra comida de mañana y puedo tomar algo del caldo. Sí, y me gustaría

más agua ahora, cariño. ¿Y podrías traer un barreño y refrescarme las manos con una esponja?

Roberta obedeció. Una vez hubo hecho todo lo posible para que Mamá estuviera menos incómoda, bajó con los otros. Tenía las mejillas muy encendidas, los labios apretados y los ojos brillaban tanto como los de Mamá.

Les contó lo que había dicho el médico y lo que había dicho Mamá.

–Y ahora –dijo una vez se lo hubo explicado todo– solo estamos nosotros para hacer lo que sea, y tenemos que hacerlo. Tengo el chelín para el cordero.

–Nos podemos apañar sin el maldito cordero –dijo Peter–, viviremos con pan y mantequilla. Hay gente que ha sobrevivido con menos en islas desiertas muchas veces.

–Por supuesto –dijo su hermana.

Así que la señora Viney acudió al pueblo a comprar todo el brandy y el agua de soda y el caldo de ternera que pudiera con un chelín.

–Pero incluso si nunca comiéramos nada –dijo Phyllis–, tampoco podríamos conseguir todo eso con el dinero de la cena.

–No –dijo Bobbie frunciendo el ceño–, tenemos que encontrar otra manera de hacerlo. Pensad, todos, y todo lo que podáis.

Pensaron. Y a continuación hablaron. Y después, cuando Bobbie subió a sentarse con Mamá por si necesitaba algo, los otros dos se quedaron muy ocupados con unas tijeras, y con una sábana blanca, y con un pincel, y con la cazuela negra de Brunswick que la señora Viney usaba para chimeneas y guardafuegos. Como no consiguieron hacer lo que deseaban exactamente con la primera sábana, cogieron otra de los juegos del armario. No pensaron que estaban echando a perder sábanas buenas que costaban dinero. Solo sabían que estaban haciendo algo bueno. Pero lo que estaban haciendo se contará después.

Habían trasladado la cama de Bobbie a la habitación de Mamá, y varias veces durante la noche la niña se levantaba para atender el fuego y darle a su madre leche y soda. Mamá hablaba mucho consigo misma, aunque no parecía decir nada. Y una vez se despertó gritando «¡Mamá, mamá!», y Bobbie supo que estaba llamando a la abuelita, y que se había olvidado de que no servía de nada llamarla porque la abuelita había muerto.

Al amanecer Bobbie oyó su nombre, saltó de la cama y fue junto a su madre.

–Oh..., ah..., sí. Creo que estaba dormida –dijo Mamá–. Mi pobre niñita, lo cansada que estarás. Odio causaros todos estos problemas.

–¡Problemas! –dijo Bobbie.

–Pero no llores, cariño –dijo Mamá–, estaré perfectamente en un par de días.

Y Bobbie dijo «Sí», e intentó sonreír.

Cuando estás acostumbrado a diez horas de buen sueño, tener que levantarte tres o cuatro veces durante ese tiempo te hace sentir como si hubieras estado despierto toda la noche. Bobbie se sentía bastante aturdida y tenía los ojos escocidos y entumecidos, pero ordenó el cuarto y colocó todo perfectamente antes de que llegara el médico.

Esto ocurrió a las ocho y media.

–¿Todo bien por la noche, mi pequeña enfermera? –preguntó en la puerta delantera–. ¿Comprasteis el brandy?

–Tengo el brandy –dijo Bobbie– en una botellita plana.

–Pero no vi ni las uvas ni el caldo de ternera –dijo él.

–No –dijo Bobbie con firmeza–, pero los verá mañana. Y hay carne asándose en el horno para el caldo.

–¿Quién os dijo cómo hacer eso? –preguntó él.

–Me fijé en lo que hacía Mamá cuando Phil tuvo paperas.

–Correcto –dijo el médico–. Ahora dile a la señora mayor que se siente junto a tu madre, te tomas un buen desayuno y te vas a dormir hasta la hora de comer. No nos podemos permitir que la jefe de enfermería se ponga enferma.

Era de verdad un médico amable.

Cuando el tren de las 9:15 emergió del túnel esa mañana, el Señor Mayor en el vagón de primera clase bajó el periódico y se preparó para saludar a los tres niños sentados sobre la valla. Pero esa mañana no había tres niños. Solo había uno. Y era Peter.

Peter tampoco estaba sobre la valla como de costumbre. Estaba de pie delante de la misma, con la actitud del empresario que presume de los animales en una casa de fieras, o del párroco que, cuando hay una lámpara mágica, señala con una vara las «Escenas de Palestina» y las va explicando.

Peter también estaba señalando. Y lo que estaba señalando era una gran sábana blanca clavada a la valla. Sobre la sábana había gruesas letras negras de más de un metro de largo.

Algunas de ellas se habían corrido un poco, porque Phyllis había puesto la pasta de Brunswick a la ligera, pero las palabras eran bastante fáciles de leer.

Y esto fue lo que el Señor Mayor y otras personas que viajaban en el tren leyeron en letras grandes y negras sobre una sábana blanca:

### ASÓMESE EN LA ESTACIÓN

Mucha gente se asomó en la estación, sintiéndose decepcionados al no ver nada inusual. También lo hizo el Señor Mayor, sin ver nada que no fuera el andén de grava, la luz del sol, los alhelíes y los nomeolvides de los arriates de la estación. Solo cuando el tren empezaba a resollar y volvía a arrancar, vio a Phyllis. Estaba sin aliento por la carrera.

–¡Oh! –dijo–. Creí que ya se había ido. Los cordones de mis botas no hacían más que desatarse y me he tropezado dos veces. Tenga, cójala.

Le lanzó a las manos una carta caliente y algo húmeda según empezaba a moverse el tren.

Él se echó hacia atrás en su esquinita y abrió la carta. Esto es lo que leyó:

Querido señor (no sabemos cómo se llama):

Nuestra madre está enferma y el médico dice que le demos las cosas que se indican al final de la carta, pero ella dice que no se lo puede permitir y que compremos cordero para nosotros y que ella tomará el caldo. No conocemos a nadie aquí excepto a usted, porque nuestro padre no está y no sabemos su dirección. Nuestro padre le pagará, o si ha perdido todo su dinero o algo así, Peter le pagará cuando sea mayor. Palabra de honor. Le estoy muy agradecida por todo lo que necesita mamá.

Firmado: Roberta.

¿Le podría entregar el paquete al jefe de la estación? No sabemos en qué tren volverá usted. Puede decir que es para Peter, el que sintió lo del carbón y sabrá perfectamente.

Roberta. Phyllis. Peter

A continuación venía la lista de cosas que había pedido el médico. El Señor Mayor la leyó una vez y enarcó las cejas. La leyó dos veces y sonrió levemente. Después de haberla leído por segunda vez, se la metió en el bolsillo y siguió con la lectura de *The Times*.

A eso de las seis de esa tarde, llamaron a la puerta trasera. Los tres corrieron a abrir y ahí estaba el simpático maletero que les había contado tantas cosas interesantes acerca de los trenes. Descargó una cesta grande sobre las losas de la cocina.

–Queridos amigos –dijo–, él me pidió que se lo subiera rápidamente.

–Muchas gracias –dijo Peter. Y entonces, como el maletero se hacía el remolón, añadió–: Siento muchísimo no tener los dos peniques para darle como hace Papá, pero...

–Deje eso ya, por favor –dijo el maletero indignado–. No estaba pensando en los dos peniques. Solo quería decir que siento que su madre no esté bien, y preguntar cómo se encuentra esta noche. Le he traído un ramito de rosas silvestres, que huelen muy bien. Vaya con los dos peniques –dijo, y se sacó del sombrero un ramo de rosas silvestres, como un ilusionista, según señaló Phyllis después.

–Muchas gracias –dijo Peter–, y le pido perdón por lo de los dos peniques.

–No hay problema –dijo el maletero mintiendo educadamente, y se fue.

Entonces los niños vaciaron la cesta. Primero había paja, luego otros protectores más finos y luego estaban todas las cosas que habían pedido, muchas, y después otras muchas que no habían pedido. Entre otras cosas había melocotones y oporto, y dos gallinas, una caja de cartón con rosas rojas con tallos largos y una botella verde, alta y fina de agua de lavanda y tres botellas más rechonchas de agua de colonia. También había una carta:

«Queridos Roberta, Phyllis y Peter –decía–. Aquí están las cosas que queréis. Vuestra madre querrá saber de dónde proceden. Decidle que os las envió un amigo que supo que estaba enferma. Cuando se recupere, deberíais contarle todo, por supuesto. Y si dice que no deberíais haber pedido las cosas, decidle que yo digo que tiene razón, y que espero que me perdone por tomarme la libertad de permitirme un gran placer».

La carta estaba firmada por G. P. y algo que los chicos no pudieron leer.

–Creo que hicimos lo correcto –dijo Phyllis.

–¿Lo correcto? Pues claro que hicimos lo correcto –dijo Bobbie.

–De todas formas –dijo Peter con las manos en los bolsillos–, no me apetece mucho contarle a Mamá toda la verdad.

–Bueno, al menos no mientras siga enferma –dijo Bobbie–. Y cuando se recupere, nos pondremos tan felices que no nos importará que proteste un poco por eso. ¡Oh, mirad las rosas! Tengo que subírselas.

–Y las rosas silvestres –dijo Phyllis aspirándolas fuertemente–: no te olvides de las rosas silvestres.

–Pues claro –dijo Roberta–. Mamá me contó el otro día que había un seto espeso de estas en casa de su madre cuando ella era pequeña.

## EL LADRÓN DE LOCOMOTORAS

Lo que quedó de la segunda sábana y de la pasta negra de Brunswick les vinieron de perlas para hacer una pancarta en la que figuraba el siguiente mensaje:

## ELLA ESTÁ CASI BIEN, GRACIAS

que fue mostrado al Dragón Verde más o menos quince días después de que llegara la maravillosa cesta. El señor anciano lo vio y respondió con un saludo jovial desde el tren. Y una vez hecho esto, los niños sintieron que era el momento de contarle a la madre lo que habían hecho cuando estaba enferma. No fue tan fácil como habían imaginado. Pero tenían que hacerlo. Y lo hicieron. Mamá se puso muy furiosa. Era raro que se pusiera furiosa, y ahora estaba más furiosa de lo que la habían visto jamás. Fue horrible. Pero fue aún peor cuando de repente empezó a llorar. El llorar es contagioso, supongo que como el sarampión o la tos ferina. En todo caso, todos a la vez se encontraron formando parte de la fiesta del llanto.

Mamá fue la que paró primero. Se enjugó las lágrimas y entonces dijo:

–Siento haberme puesto tan furiosa, mis niños queridos, pues sé que no habéis entendido por qué.

–No queríamos ser traviosos, Mami –sollozó Bobbie, y Peter y Phyllis se sorbieron la nariz.

–Ahora escuchadme –dijo Mamá–: es verdad que somos pobres, pero tenemos lo suficiente para sobrevivir. No debéis ir contándole a todo el mundo nuestras cosas, no está bien. Y nunca, nunca, nunca debéis pedir a los extraños que nos regalen cosas. Ahora recordadlo para siempre. ¿Lo haréis?

La abrazaron y se frotaron las húmedas mejillas contra la suya, prometiendo que no lo harían jamás.

–Escribiré una carta a vuestro Señor Mayor para decirle que no apruebo lo sucedido. Oh, y por supuesto, también para darle las gracias por su amabilidad. Es a *vosotros* a los que no apruebo, queridos, no al Señor Mayor. Ha sido todo lo amable que cabía ser. Podéis llevar la carta al jefe de la estación para que se la entregue... Y no hablaremos más del asunto.

Después, cuando los chicos se quedaron solos, Bobbie dijo:

–¿Verdad que Mamá es espléndida? No veremos a otro adulto decir que siente haberse

puesto furioso.

–Sí –dijo Peter–, es espléndida de verdad; pero es bastante horrible cuando está furiosa.

–Es como Vengador y Espléndido de la canción –dijo Phyllis–. Me gustaría mirarla si no fuera algo tan horrible. Está tan guapa cuando se pone realmente furiosa.

Llevaron la carta al jefe de la estación.

–Creía que habíais dicho que no teníais más amigos que en Londres –dijo.

–Nos hicimos amigos después de haberlo dicho.

–¿Pero no vive por aquí?

–No, solo le conocemos del tren.

Entonces el jefe de la estación se retiró a ese sagrado templo interior situado detrás de la ventanilla en donde se venden los billetes, y los chicos bajaron al cuarto del maletero a hablar con él. Aprendieron de él varias cosas interesantes, entre otras que se llamaba Perks, que estaba casado y que tenía tres hijos, que las luces que tienen las locomotoras delante se llaman luces de guía y las que tienen detrás, luces de cola.

–Y eso demuestra –susurró Phyllis– que en realidad los trenes son dragones disfrazados, con cabezas y colas de verdad.

Fue ese día cuando los niños cayeron en la cuenta de que no todas las locomotoras eran iguales.

–¿Iguales? –dijo el maletero cuyo nombre era Perks–. Oh, señor mío, no, señorita. No más iguales que usted y yo. Esa pequeña de ahí sin un tender, que se acaba de ir justo ahora sola, era un vagón cisterna, es decir, que se ha ido a hacer un cambio de vía al otro lado de Maidbridge. Como si fuera usted, señorita. También hay locomotoras de mercancías, máquinas magníficas con tres ruedas a cada lado, unidas con bielas que las fortalecen, como podría ser yo. Y luego están las locomotoras de la línea principal que podrían ser como este joven señor cuando crezca y gane todas las carreras en su colegio, que lo hará. La locomotora de la línea principal está construida para ser veloz y tener energía. El tren de las nueve y cuarto la tiene.

–¿El Dragón Verde? –preguntó Phyllis.

–Entre nosotros lo llamamos el Caracol, señorita –dijo el maletero–. Casi siempre llega con retraso, más que cualquier otro tren de la red.

–Pero la locomotora es verde –dijo Phyllis.

–Sí, señorita –dijo Perks–, como los caracoles en algunas estaciones del año.

Cuando los niños volvieron a casa a comer, estuvieron de acuerdo en que el maletero era una compañía de lo más agradable.

Al día siguiente era el cumpleaños de Roberta. Por la tarde le pidieron con educación, pero a la vez con firmeza, que desapareciera hasta la hora de la merienda.

–No vas a ver lo que vamos a hacer hasta que esté hecho. Es una sorpresa estupenda –dijo Phyllis.

Y Roberta se fue sola al jardín. Intentó mostrarse agradecida, pero sintió que hubiera preferido ayudar en lo que fuera antes que pasar sola la tarde de su cumpleaños, por muy estupenda que fuera la sorpresa.

Como estaba sola, tuvo tiempo de pensar, y una de las cosas en las que más pensó fue en lo que Mamá había dicho durante una de esas noches de delirio en que tenía las manos tan calientes y los ojos tan brillantes.

Las palabras eran: «¡Oh, qué factura del médico tendremos por esto!».

Deambuló de un lado a otro del jardín entre los rosales que todavía no tenían rosas, solo capullos, y los arbustos de lilas y las siringas y las grosellas negras, y cuanto más pensaba en la factura del médico, menos le gustaba el pensamiento.

Al rato se le aclararon las ideas. Salió por la puerta lateral del jardín y ascendió por la ladera empinada que conduce a la carretera que discurre a lo largo del canal. Caminó hasta que llegó al puente que cruza el canal y lleva hasta el pueblo, y ahí esperó. Era un placer apoyar los codos sobre la piedra caliente del puente bajo los rayos del sol y mirar hacia las aguas cristalinas del canal. Bobbie no había visto otro canal, excepto el Canal de Regent, cuyas aguas no tienen en absoluto un color bonito. Tampoco había visto ningún otro río que no fuera el Támesis, que también estaría mucho mejor con un lavado de cara.

Si no fuera por dos cosas, tal vez vez los chicos hubieran adorado el canal tanto como el ferrocarril. En primer lugar porque habían encontrado antes el ferrocarril, en aquella primera mañana maravillosa en que la casa, el campo, los páramos, las rocas y las enormes colinas representaban una completa novedad para ellos. No vieron el canal hasta unos días después. La otra razón era que todos en el ferrocarril habían sido muy amables con ellos: el jefe de estación, el maletero y el Señor Mayor que saludaba. Y la gente del canal era todo menos amable.

La gente del canal eran, por supuesto, los barqueros que conducían las lentas barcazas arriba y abajo, o que andaban junto a los viejos caballos que pisoteaban el barro de los caminos de remolque o que tiraban de las largas cuerdas de remolque.

Una vez Peter había preguntado la hora a uno de los barqueros y este le había contestado con un «quítate del medio», en un tono tan feroz que Peter no paró de reivindicar que tenía el mismo derecho a estar en el camino de remolque que el propio hombre. En realidad, no se le ocurrió decirlo hasta algún tiempo después.

Entonces, otro día, cuando los chicos decidieron ponerse a pescar en el canal, un chico en una barcaza grande comenzó a arrojarles trozos de carbón, y uno de ellos golpeó a Phyllis en el cogote. Estaba justo agachándose para atarse los cordones de las botas, y, aunque el carbón casi no le había hecho daño, se le quitaron las ganas de seguir con lo de la pesca.

Sobre el puente, sin embargo, Roberta se sentía bastante segura porque podía mirar hacia el canal, y si algún chico daba señales de querer arrojar carbón, esconderse bajo el parapeto.

Al rato hubo un ruido de rodaduras, que era justo lo que esperaba.

Las rodaduras eran las del carruaje del médico y en su interior, como era de esperar, estaba su dueño.

Detuvo el carro y la llamó:

—¡Hola, enfermera jefe! ¿Te llevo a alguna parte?

–Quería verlo –dijo Bobbie.

–Espero que tu madre no esté peor... –dijo el médico.

–No, pero...

–Entonces, sube y daremos un paseo.

Roberta se metió dentro y al caballo castaño lo hicieron volver, cosa que no le gustó en absoluto, porque estaba deseoso de tomar su merienda, es decir, su avena.

–Qué divertido –dijo Bobbie mientras el carruaje volaba por la carretera junto al canal.

–Podríamos arrojar una piedra a cualquiera de vuestras tres chimeneas –dijo el médico mientras pasaba por delante de la casa.

–Sí –dijo Bobbie–, pero tendría que ser un buen tirador.

–¿Y cómo sabes que no lo soy? –inquirió el médico–. Entonces, cuéntame, qué ocurre. Bobbie comenzó a manosear el gancho del delantal del carrito.

–Venga, dímelo –dijo el médico.

–Verá, es que es muy duro de contar –dijo Bobbie–; por lo que dijo Mamá.

–¿*Qué* dijo tu madre?

–Dijo que no fuera por ahí diciéndole a todo el mundo que somos pobres. Pero usted no es todo el mundo, ¿verdad?

–Pues claro que no –dijo el médico alegremente–. ¿Y entonces qué?

–Bueno, sé que los médicos son muy extravagantes, quiero decir, caros, y la señora Viney me dijo que el servicio médico solo le costaba dos peniques a la semana porque pertenecía a una sociedad.

– Sí, ¿y?

–Verá, es que me contó lo buen médico que era usted, y le pregunté que cómo se lo podía permitir, dado que es mucho más pobre que nosotros. He estado en su casa y lo sé. Y entonces me contó lo de la sociedad y pensé que le preguntaría a usted, y... Oh, ¡es que no quiero que Mamá se preocupe! ¿No podríamos nosotros estar en la sociedad igual que la señora Viney?

El médico permaneció en silencio. Él mismo era bastante pobre y estaba contento de haber dado con una nueva familia a la que atender. Por lo que creo que sus pensamientos en aquel instante eran bastante confusos.

–¿No está usted enfadado conmigo, verdad? –dijo Bobbie en voz muy baja.

El médico se espabiló.

–¿Enfadado? ¿Cómo podría estarlo? Eres una mujercita muy sensata. Escucha, no te preocupes. Lo arreglaré todo con tu madre, incluso si tengo que crear una sociedad totalmente nueva solo para ella. Mira, aquí es donde empieza el acueducto.

–¿Qué es un acue..., cómo se llama eso? –preguntó Bobbie.

–Un puente de agua –dijo el médico–. Mira.

La carretera subía hacia un puente sobre el canal. A la izquierda había un acantilado rocoso en pendiente con árboles y arbustos que crecían en las ranuras de la roca. Y aquí el canal dejaba de discurrir a lo largo de la cima de la colina y comenzaba a hacerlo sobre un puente propio, un gran puente con arcos altos que atravesaban el valle.

Bobbie suspiró profundamente.

–Es algo grande de verdad, ¿no es cierto? –dijo ella–. Es como las imágenes de *La historia de Roma*.

–¡Exacto! –dijo el médico–. A eso exactamente se parece. Los romanos se volvían locos por los acueductos. Es una muestra espléndida de ingeniería.

–Creí que por ingeniería se entendía todo lo que tiene que ver con locomotoras.

–Ah, es que hay distintas clases de ingeniería. La que se dedica a carreteras, puentes y túneles es un tipo. La que se dedica a construir fortificaciones es otra. En fin, deberíamos ir volviendo. Y, recuerda, no tienes que preocuparte por las facturas del médico o caerás tú misma enferma, y entonces, te mandaré una factura tan larga como un acueducto.

Cuando Bobbie dejó al médico en lo alto de la pradera que descendía desde la carretera hasta las Tres Chimeneas, no se le ocurrió pensar que había hecho mal. Sabía que tal vez Mamá podría pensar de manera diferente. Pero Bobbie sintió que por una vez tenía razón y, embargada por un verdadero sentimiento de felicidad, se abrió paso con dificultad por la cuesta rocosa.

Phyllis y Peter fueron a su encuentro en la puerta trasera. Estaban inusualmente limpios y aseados, y Phyllis llevaba un lazo rojo en la cabeza. Bobbie había tenido el tiempo justo de arreglarse y de atarse el pelo con un lazo azul cuando se oyó un timbrecito.

–¡Ahí está! –dijo Phyllis–. Eso es para avisar de que la sorpresa está lista. Ahora espera hasta que el timbre vuelva a sonar y entonces puedes venir al comedor.

Así que Bobbie se dispuso a esperar.

«Tin, tin», dijo el timbre, y Bobbie entró en el comedor, sintiéndose bastante tímida. Nada más abrir la puerta se encontró, o eso parecía, en un mundo desconocido de luz, flores y canciones. Mamá, Peter y Phyllis estaban de pie en fila al final de la mesa. Las persianas estaban cerradas y había doce velas sobre la mesa, una por cada año de Roberta. La mesa estaba cubierta por una especie de dibujo floral y en el sitio de Roberta había una corona de nomeolvides y varios paquetes de lo más interesantes. Y Mamá, Phyllis y Peter estaban cantando la primera parte de la canción del Día de San Patricio. Roberta sabía que Mamá había escrito la letra para su cumpleaños. Era lo que hacía Mamá con los cumpleaños. Empezó cuando Bobbie cumplió cuatro años, y Phyllis era un bebé. Bobbie recordaba haberse aprendido los versos para recitárselos a Papá «por sorpresa». Se preguntaba si Mamá también se acordaría. El verso de los cuatro años era:

*Papá querido, solo tengo cuatro  
y preferiría no cumplir más.  
Cuatro es la mejor edad que uno pueda tener,  
dos más dos y uno más tres.  
Lo que me gusta es dos más dos,  
Mamá, Peter, Phil y tú.  
Lo que tú amas es uno y tres,  
Mamá, Peter, Phil y yo.  
Dale a tu hijita un beso  
ya que se lo ha aprendido y te lo ha recitado.*

La canción que ahora cantaban los otros era así:

*Nuestra querida Roberta  
no habrá pena que la aflija  
si podemos impedirlo  
durante toda su vida.  
Su cumpleaños, será nuestra fiesta,  
y la convertiremos en nuestro gran día  
y nuestros regalos le daremos  
y nuestra canción le cantaremos.  
Que tenga las mayores delicias  
y que el destino le envíe  
el viaje más feliz  
a lo largo del camino de su vida.  
¡Con cielos luminosos sobre su cabeza  
y gente querida a quien amar!  
¡Querida Bob, que el día te devuelva  
tanta felicidad como nos dejás!*

Cuando terminaron de cantar, exclamaron: «¡Tres hurras por Bobbie!», a voz en grito. Bobbie se sentía exactamente como si fuera a llorar (¿conoces esa extraña sensación en el puente nasal y los pinchazos en los párpados?). Pero antes de que le diera tiempo a empezar, ya estaban todos besándola y abrazándola.

–Y ahora –dijo Mamá–, echa un vistazo a tus regalos.

Eran regalos muy bonitos. Había un estuche verde y rojo para guardar agujas que Phyllis le había hecho a escondidas. Había un brochecito de plata de Mamá en forma de botón de oro, que Bobbie conocía y había deseado durante años y que nunca, nunca antes hubiera podido imaginar que sería suyo. Había también un par de jarrones de cristal de la señora Viney. Roberta los había visto y admirado en la tienda del pueblo. Y había tres tarjetas de cumpleaños con bonitos dibujos y felicitaciones.

Mamá colocó la corona de nomeolvides en la cabellera castaña de Bobbie.

–Y ahora mira la mesa –dijo.

Sobre la mesa había una tarta cubierta con azúcar glas, con un «Querida Bobbie» dibujado con caramelitos rosas, y había bollos y mermelada; pero lo más bonito era que la gran mesa estaba casi por entero cubierta con flores: unos alhelies estaban dispuestos alrededor de la bandeja del té, y había una guirnalda de nomeolvides entorno a cada plato. La tarta estaba rodeada por una corona de lilas blancas y en el medio había algo como un dibujo hecho con flores de lilas o alhelies o lluvia de oro.

–¿Qué es? –preguntó Roberta.

–Es un mapa, un mapa del ferrocarril –exclamó Peter–. Mira, esas líneas de lilas son las vías, y ahí abajo está la estación hecha con alhelies marrones. La lluvia de oro es el tren y ahí están las garitas de señales, y la carretera hasta aquí arriba, y esas margaritas gruesas y rojas somos nosotros tres saludando al Señor Mayor, y ese es él, el pensamiento en el tren de lluvia de oro.

–Y ahí las Tres Chimeneas hecha con primulas moradas –dijo Phyllis–. Y ese capullito

de rosa es Mamá buscándonos cuando llegamos tarde para merendar. Peter se lo inventó todo, y cogimos todas las flores de la estación. Pensamos que eso te gustaría más.

–Este es mi regalo –dijo Peter, soltando de pronto su adorada locomotora de vapor frente a ella. El tónder había sido forrado con papel blanco y estaba lleno de caramelos.

–¡Oh, Peter! –exclamó Bobbie, bastante impresionada por su generosidad–. No, tu querida locomotora que aprecias tanto.

–Oh, no –dijo Peter inmediatamente–, la locomotora no. Solo los caramelos.

Bobbie no pudo evitar que la cara le cambiara un poco, no tanto porque le decepcionara que no le regalara la locomotora sino porque había pensado que era muy noble por parte de Peter, y ahora sentía que había sido tonta creyéndolo. También sintió que debía haber parecido avariciosa al suponer que le regalarían la locomotora junto con los caramelos. Así que le cambió el gesto. Peter lo vio. Dudó durante un minuto; entonces también su cara cambió y dijo:

–Quiero decir no *toda* la locomotora. Te dejo que vayamos a medias si quieres.

–Eres un buen chico –dijo Bobbie–. Es un regalo espléndido. –No añadió nada más en voz alta, pero para sí, se dijo: «Viniendo de Peter es de admirar, porque sé que en realidad no quería hacerlo. Bueno, la parte rota puede ser mi parte de la locomotora, la haré arreglar y se la devolveré a Peter por su cumpleaños»–. Sí, querida Mamá, me gustaría cortar la tarta –añadió, y empezó la merienda.

Fue un cumpleaños entrañable. Después de la merienda Mamá jugó con ellos –a cualquier juego que quisieran–, y por supuesto, la primera elección fue la gallinita ciega, y mientras jugaban la corona de nomeolvides de Bobbie se le retorció sobre una de las orejas y ahí se quedó. Entonces, cuando ya era casi la hora de acostarse y de calmarse, Mamá se presentó con una nueva historia maravillosa para leerles.

–No te quedarás hasta tarde trabajando, ¿verdad, Mamá? –preguntó Bobbie cuando le dieron las buenas noches.

Y Mamá dijo que no, que no lo haría, que solo iba a escribirle a Papá y que luego se iría a la cama.

Pero cuando Bobbie bajó sigilosamente para subir sus regalos –ya que sentía que no podía separarse de ellos durante toda la noche–, Mamá no estaba escribiendo sino apoyada sobre los brazos, y estos sobre la mesa. Creo que Bobbie hizo bien en desaparecer silenciosamente, diciendo una y otra vez: «No quiere que sepa que está triste, y no lo sabré, no lo sabré». Pero eso hizo que el cumpleaños tuviera un final triste.

Por la mañana, Bobbie empezó a elucubrar cómo podría arreglar la locomotora de Peter sin que nadie se enterase. Y la oportunidad se le presentó la tarde siguiente.

Mamá cogió el tren para ir a la ciudad más próxima a hacer compras. Cuando iba allí siempre se pasaba por la oficina de correos. Tal vez para enviar sus cartas a Papá, ya que nunca se las daba a los chicos ni a la señora Viney para que lo hicieran, y ella misma nunca bajaba al pueblo. Peter y Phyllis la acompañaron. Bobbie había buscado una excusa para no ir, pero por mucho que lo intentaba, no se le ocurría ninguna buena. Y justo cuando pensó que todo estaba perdido, se le enganchó el vestido en un clavo

grande de la puerta de la cocina y se le hizo un siete en toda la parte delantera de la falda. Os aseguro que fue un accidente de verdad. Así que, sintiéndolo por ella, los demás se marcharon, ya que no había tiempo para cambiarse porque ya iban con retraso y tenían que apresurarse en llegar a la estación para coger el tren.

Una vez se hubieron marchado, Bobbie se puso su vestido de diario y bajó al ferrocarril. No entró en la estación, pero avanzó a lo largo de la vía hasta el final de la plataforma donde se sitúa la locomotora cuando el resto del tren está en el andén; ese lugar en el que hay un tanque de agua y una manguera larga y blandengue de cuero, como la trompa de un elefante. Se escondió detrás de un arbusto al otro lado de la vía. Tenía la locomotora de juguete envuelta en papel de estraza y esperó pacientemente con ella bajo el brazo.

Entonces, cuando entró el siguiente tren y se detuvo, Bobbie atravesó las vías del tren que subía y esperó junto a la locomotora. Nunca antes había estado tan cerca. Parecía mucho más grande y dura de lo que había imaginado y le hizo sentir muy pequeña y, de alguna forma, muy vulnerable, como si le pudieran hacer mucho daño con facilidad.

«Ahora sé cómo se sienten los gusanos de seda», se dijo Bobbie.

El maquinista y el fogonero no la vieron. Estaban asomados al otro lado, contándole al maletero un cuento sobre un perro y una pierna de cordero.

–Si hacen el favor –dijo Roberta, pero la locomotora expulsaba vapor y nadie la oyó–. Por favor, señor Ingeniero –dijo un poco más alto, pero justo al mismo tiempo resolló la locomotora, y naturalmente nadie escuchó la vocecita de Roberta.

Roberta juzgó entonces que la única manera era escalar a la locomotora y tirarles de las chaquetas. El escalón era alto, pero apoyó en él la rodilla y se encaramó a la cabina. Justo entonces se tropezó y fue a caer sobre las manos y las rodillas al borde de la ran pila de carbón que precedía al cuadrado que se abría al ténder. La locomotora no estaba exenta de las debilidades de sus compañeras; hacía mucho más ruido del que era necesario. Y justo cuando Roberta se cayó sobre el carbón, el maquinista, que se había girado sin verla, puso en marcha la locomotora, de modo que cuando Bobbie se enderezó, el tren se movía, no muy rápido, pero sí lo bastante como para bajarse.

De repente, en un fogonazo, se agolparon en su cabeza todo tipo de pensamientos horribles. Pensó en trenes exprés que avanzaban durante cientos de millas sin detenerse. ¿Y si este fuera uno de ellos? ¿Cómo volvería a casa? No tenía dinero para pagar el billete de vuelta.

«Y no pinto nada aquí. Soy una ladrona de locomotoras, eso es lo que soy», pensó. «No me extrañaría que me encerraran por esto». Y el tren marchaba cada vez más rápido.

Tenía algo en la garganta que le impedía hablar. Lo intentó dos veces. Los hombres le daban la espalda. Estaban manejando lo que parecían grifos.

De repente sacó la mano y alcanzó la manga más cercana. El hombre se volvió asustado, y él y Roberta se contemplaron durante un minuto sin decir nada. Entonces ambos rompieron el silencio.

El hombre dijo: «¡Aquí hay una condenada niña!». Y Roberta rompió a llorar.

El otro hombre dijo que no lo hacía ni loco –o algo así–, pero aunque estaban sorprendidos, como es lógico, no se mostraron exactamente antipáticos.

–Eres una niña traviesa, eso es lo que eres –dijo el fogonero.

Y el maquinista añadió:

–Yo diría que una buena pieza.

Sin embargo, la hicieron sentarse en un asiento metálico en la cabina y le dijeron que parara de llorar y que les contara qué era lo que pretendía.

Roberta paró de llorar tan pronto como pudo. Una de las cosas que la ayudaron fue pensar que Peter daría su vida por estar en su lugar: en una locomotora de verdad, en marcha. A menudo los chicos se habían preguntado si algún maquinista sería lo suficientemente amable como para darles un paseo en una locomotora, y ahora aquí estaba ella. Se secó los ojos y se sorbió la nariz con seriedad.

–Y ahora –dijo el fogonero– cuéntenos de una vez. ¿Qué pretendes, eh?

–Oh, por favor –gimoteó Bobbie.

–Inténtalo de nuevo –dijo el maquinista, animándola.

Bobbie volvió a intentarlo.

–Por favor, señor Maquinista –dijo ella–, sí que les llamé desde la vía, pero no me oyeron, y solo subí para tocarle en el brazo, tenía intención de hacerlo suavemente, y entonces me caí en el carbón, y lo siento muchísimo si los asusté. Oh, no se enfaden. Oh, no, por favor. –Volvió a gimotear.

–No estamos tan enfadados –dijo el fogonero– como intrigados. No todos los días se deja caer del cielo una niña en nuestra carbonera, ¿verdad, Bill? ¿Para qué lo hiciste, eh?

–Esa es la cuestión –añadió el maquinista–, ¿para qué lo hiciste?

Bobbie se dio cuenta de que no había parado de llorar del todo. El maquinista le dio unas palmaditas en la espalda y añadió:

–Venga, ánimo, compañera. No es para tanto, digo yo.

–Quería –dijo Bobbie, mucho más contenta por haber sido llamada «compañera»–... Solo quería preguntarle si sería tan amable de arreglar esto. –Cogió el paquete envuelto con papel de estraza de entre el carbón y deshizo el cordel con sus dedos rojos y temblorosos.

Sus pies y sus piernas sentían la quemazón del fuego de la locomotora, pero sus hombros sentían la ráfaga helada y salvaje del aire. La locomotora daba sacudidas, se agitaba y repiqueteaba, y cuando pasaban bajo un puente, parecía gritarle en los oídos.

El fogonero removió el carbón con la pala.

Bobbie desenrolló el papel de estraza y sacó la locomotora de juguete.

–Pensé –dijo con añoranza– que tal vez ustedes pudieran arreglarme esto; porque usted es un locomotero, ya sabe.

El maquinista dijo que me funda como el carbón si Dios no me bendice.

–Que me funda como el carbón bendito ahora mismo –puntualizó el fogonero.

Pero el maquinista tomó la pequeña locomotora y la miró, y el fogonero cesó por un instante de palear el carbón y también le echó un vistazo.

–Tienes mucha cara –dijo el maquinista–. ¿Qué te hizo pensar que nos vamos a

molestar en andar ajustando juguetillos?

–No lo he intentado por tener cara –dijo Bobbie–. Pero es que todo el que tiene que ver con los ferrocarriles es tan amable y tan bueno... No pensé que le importaría. Y no le importa, ¿verdad? –añadió, porque les había visto hacer entre ellos un guiño que no iba con malas intenciones.

–Mi oficio consiste en conducir locomotoras, no en arreglarlas, sobre todo locomotoras tan enormes como esta de aquí –dijo Bill–. ¿Y cómo vamos a devolverte a tus apenados amigos y parientes, para que todo quede perdonado y olvidado?

–Si me bajan la próxima vez que paren –dijo Bobbie con firmeza, aunque su corazón batía ferozmente contra su brazo mientras se apretaba las manos–, y me prestan el dinero para un billete de tercera clase, se lo devolveré, palabra de honor. No voy a engañarlos como esa gente que sale en los periódicos, de verdad que no.

–Eres una verdadera mujercita –dijo Bill, cediendo de golpe y por completo–. Intentaremos que llegues a casa a salvo. Y, en lo que respecta a esta locomotora... Jim, ¿no tenías un amigo que sabía soldar? Me parece que eso es todo lo que necesita la criatura.

–Eso es lo que dijo Papá –explicó Bobbie con entusiasmo–. ¿Para qué es eso?

Señaló hacia una pequeña rueda de bronce que había girado mientras hablaba.

–Eso es el inyector.

–¿In... qué?

–El inyector para rellenar la caldera.

–Oh –dijo Bobbie, registrando mentalmente el dato para contárselo a los demás–, qué interesante.

–Esto de aquí es el freno automático –prosiguió Bill, adulado por el entusiasmo–. Solo tienes que mover esta pequeña manivela, hazlo con un dedo, verás cómo puedes, y el tren para de maravilla. Eso es lo que en los periódicos llaman el «poder de la ciencia».

Le mostró dos pequeñas esferas, como caras de un reloj, y le contó que una de ellas mostraba cuánto vapor estaba saliendo y la otra si los frenos estaban funcionando correctamente.

Para cuando lo vio cortar el vapor con una gran manivela de acero brillante, Bobbie sabía más del funcionamiento interno de una locomotora de lo que nunca imaginó. Además, Jim le prometió que el hermano de la mujer de su segundo primo le soldaría la locomotora de juguete o, si no, él mismo descubriría qué le pasaba. Aparte de todo lo que había aprendido, Bobbie sintió que ella, Bill y Jim eran ahora amigos para siempre, y que la habían perdonado por completo y para siempre por tropezar sobre los sagrados carbones de su ténder.

En el empalme de Stackelpoole se despidió de ellos con calurosas expresiones de mutuo respeto. Se la dejaron al revisor de un tren que venía de vuelta –un amigo suyo–, y tuvo la suerte de aprender qué es lo que hacían los revisores en sus momentos secretos de servicio y comprobó que, al tirar del cordón de emergencia de un vagón, giraba una rueda bajo la nariz del revisor y sonaba un timbre alto en sus oídos. Le preguntó al revisor por qué olía a pescado su vagón y supo que tenía que transportar mucho pescado

todos los días, y que la humedad en los huecos del suelo ondulado se debía a lo que filtraban las cajas llenas de platijas y de bacalao, de caballa y de lenguados y de pejerreyes.

Bobbie volvió a casa a tiempo para la merienda, sintiendo que le iba a estallar la cabeza con todo lo que había asimilado desde que se separó de los otros. ¡Cómo bendecía el clavo que le había rasgado el vestido!

–¿Dónde has estado? –le preguntaron los demás.

–En la estación, por supuesto –dijo Roberta.

Pero no les dijo ni una sola palabra de sus aventuras hasta el día en cuestión, cuando los condujo misteriosamente a la estación a la hora en que pasaba el tren de las 3:19, y les presentó llena de orgullo a sus amigos, Bill y Jim. El hermano de la mujer del primo segundo de Jim no había fallado en el bendito encargo que se le había impuesto. La locomotora de juguete estaba, literalmente, como nueva.

–Adiós, oh, adiós –dijo Bobbie, justo antes de que la locomotora chillara su «adiós»–. ¡Siempre, siempre os querré! ¡Y también al hermano de la mujer del primo segundo de Jim!

Y mientras los tres niños subían la colina camino a casa, Peter abrazado a la locomotora, ahora suya de nuevo como antes, Bobbie les contó, con el corazón galopante de alegría, cómo se había convertido en una ladrona de locomotoras.

## PRISIONEROS Y CAUTIVOS

Ocurrió un día en que Mamá se había ido a Maidbridge. Se había ido sola, pero los chicos quedaron en que la esperarían en la estación. Y, teniendo en cuenta cómo les gustaba la estación, resultaba normal que se presentaran una hora larga antes de que hubiera la menor posibilidad de que el tren de Mamá llegase; incluso si lo hacía con puntualidad, cosa que era bastante improbable. Sin duda habrían llegado con tanta antelación aunque hubiera hecho buen tiempo y los placeres de los bosques, los campos, las rocas y los ríos les hubieran tentado. Pero ocurrió que era un día de mucha lluvia, para estar en julio, y muy frío. Soplaban un viento salvaje que desplazaba nubarrones de color púrpura oscuro por el cielo como si fueran «manadas de elefantes dormidos», como dijo Phyllis. Caía copiosamente, así que tuvieron que correr el último tramo para llegar a la estación. La lluvia empezó entonces a caer más rápido y más fuerte, golpeando sesgadamente contra los cristales de la oficina de venta de billetes y de la fría estancia cuya puerta anunciaba que era la Sala de Espera General.

–Es como si estuviéramos en un castillo sitiado –dijo Phyllis–. Mira las flechas del foso golpeando contra la almena.

–Es más parecido a un surtidor gigante –dijo Peter.

Decidieron esperar en el andén de los trenes ascendentes, ya que el andén de bajada tenía aspecto de estar muy mojado, y la lluvia entraba dentro del pequeño refugio negro en donde los pasajeros de bajada tienen que esperar sus trenes.

La hora de espera estaría llena de incidentes de interés, porque habría dos trenes ascendentes y uno descendente que mirar antes de que llegara el que tenía que traer a Mamá de vuelta.

–A lo mejor por entonces habrá parado de llover –dijo Bobbie–. De todas formas, me alegro de haber traído el chubasquero y el paraguas de Mamá.

Fueron al lugar desierto denominado Sala de Espera General, y el tiempo discurrió placenteramente con un juego de anuncios. Conocéis el juego, por supuesto. Es algo parecido al mudo Crambo. Los jugadores se van turnando para salir, y luego vuelven e imitan a su manera algún anuncio, y los otros tienen que adivinar de qué anuncio se trata. Bobbie salió a escena y se sentó bajo el paraguas de Mamá poniendo cara de enfado, y todo el mundo supo que se trataba del zorro que se sienta bajo el paraguas en el anuncio. Phyllis intentó hacer una alfombra mágica con el chubasquero de Mamá, pero no se mantenía tieso y con aspecto de balsa como una alfombra mágica, y nadie pudo adivinarlo. Todos pensaron que Peter se había pasado de la raya cuando se oscureció de

arriba abajo la cara con polvo de carbón y, poniendo postura de espía, dijo que era la mancha que anuncia la tinta azul-negra de no sé quién.

Le tocaba a Phyllis de nuevo, e intentaba imitar a la esfinge que anuncia los viajes por el Nilo guiados personalmente por Como-se-llamara, cuando el «tin» agudo de la señal anunció que llegaba el tren ascendente. Los chicos salieron corriendo a verlo pasar. En la locomotora estaban el maquinista y el fogonero a los que los chicos tenían entre sus mejores amigos. Se intercambiaron saludos. Jim le preguntó por la locomotora de juguete y Bobbie le hizo aceptar un paquete húmedo y grasiento de *toffee* que había hecho ella misma.

Encantado con las atenciones, el maquinista consintió en considerar su petición de llevar algún día a Peter a dar una vuelta en la locomotora.

—Echaos hacia atrás, niños —exclamó el maquinista de repente—. Allá vamos.

Y efectivamente, el tren se fue. Los chicos observaron las luces de cola del tren hasta que desapareció por la curva de la vía, y luego volvieron a la libertad polvorienta de la Sala de Espera General y a las dichas del juego de las adivinanzas de los anuncios.

Esperaban ver solo a una o dos personas, el final de una procesión de pasajeros que habían entregado el billete y se habían marchado. En cambio, el andén alrededor de la puerta de la estación tenía una mancha oscura, y la mancha oscura era una multitud de gente.

—¡Oh! —exclamó Peter estremecido por una alegre excitación—, ¡ha ocurrido algo! ¡Vamos!

Bajaron corriendo al andén. Cuando llegaron a donde estaba la multitud no pudieron ver, como era natural, nada más que las espaldas húmedas y los codos de la gente que se agolpaba fuera. Todo el mundo hablaba a la vez. Era evidente que algo había sucedido.

—Pues yo creo que no es peor que una persona normal —dijo alguien con aspecto de granjero. Peter observó su cara roja y afeitada mientras hablaba.

—Pues si tengo que opinar, yo diría que es un caso para los tribunales —dijo un joven con una bolsa negra.

—No creo. Es más un caso de hospital.

Entonces se oyó la voz del jefe de estación, firme y oficial:

—Y ahora, dispérsense. Yo me encargo de esto, si hacen el favor.

Pero la multitud no se movía. Y entonces irrumpió una voz que estremeció profundamente a los chicos. Habló en un idioma extranjero. Y lo que es más, era un idioma que nunca antes habían escuchado. Habían oído francés y alemán. La tía Emma sabía alemán, e intentaba cantar una canción sobre *bedeuten* y *Zeiten* y *bin* y *Sinn*. Tampoco era latín. Peter había estudiado latín durante cuatro trimestres.

En todo caso era un alivio comprobar que nadie entendía el idioma extranjero mejor de lo que lo hacían los chicos.

—¿Qué está diciendo? —preguntó el granjero duramente.

—Me suena a francés —dijo el jefe de estación, que una vez había estado en Boulogne durante un día.

—¡No es francés! —exclamó Peter.

–¿Entonces qué es? –preguntó más de una voz. La multitud retrocedió un poco para ver quién había hablado y Peter avanzó, de modo que cuando la masa volvió a apretarse, estaba en primera fila.

–No sé qué es –dijo Peter–, pero no es francés. Lo sé.

Entonces vio lo que había en el centro de la multitud. Era un hombre, el hombre que, a Peter no le cabía ninguna duda, había hablado en el idioma extraño. Un hombre con el cabello largo y los ojos salvajes, con ropa andrajosa de un corte que Peter no había visto nunca antes; un hombre cuyas manos y labios temblaban, y que habló de nuevo, posando los ojos en Peter.

–No, no es francés –dijo Peter.

–Ya que sabes tanto, intenta hablarle en francés –dijo el granjero.

–¿*Parlay voo Frongsay?* –comenzó Peter audazmente.

A continuación, la masa volvió a retroceder de miedo, porque el hombre con los ojos salvajes había dejado de apoyarse en el muro para saltar hacia adelante asiendo las manos de Peter. Comenzó a vomitar un torrente de palabras de las que, aunque no entendía nada, Peter reconocía el sonido.

–¡Veis! –dijo y, con las manos todavía asidas a las de la figura andrajosa, miró con aire de triunfo a la masa–; ¡eso sí que es francés!

–¿Qué dice?

–No lo sé –tuvo que reconocer Peter.

–Por favor –dijo el jefe de estación de nuevo–, muévanse, por favor. Yo me encargo del caso.

Varios de los viajeros más tímidos o menos inquisitivos se apartaron lentamente y de mala gana. Y Phyllis y Bobbie se acercaron a Peter. A los tres les habían enseñado francés en el colegio. ¡Cómo les hubiera gustado ahora haberlo aprendido! Peter negó con la cabeza dirigiéndose al extraño, pero también le dio la mano cariñosamente y lo miró todo lo amablemente que pudo. Una persona de entre la multitud, después de dudarlo, dijo de repente «No comprenny», y a continuación, poniéndose muy colorado, se apartó de la multitud y se marchó.

–Llévelo a su despacho –le susurró Bobbie al jefe de la estación–. Mamá sabe francés. Llegará en el próximo tren de Maidbridge.

El jefe de la estación tomó el brazo del extraño, súbitamente pero no de manera ruda. Pero el hombre se zafó de un tirón y se encogió de miedo tosiendo y temblando, e intentando apartar al jefe de la estación.

–¡Oh, no siga! –exclamó Bobbie–. ¿No ve lo asustado que está? Piensa que lo va usted a encerrar. Lo sé, ¡mire sus ojos!

–Son como los ojos de un zorro cuando la bestia está en una trampa –dijo el granjero.

–¡Oh, déjeme intentarlo! –prosiguió Bobbie–. De verdad que conozco una o dos palabras de francés si las pienso bien.

A veces, en momentos de gran necesidad, somos capaces de hacer cosas maravillosas, cosas que en la vida corriente ni siquiera soñaríamos que podríamos hacer. Bobbie nunca había estado entre las mejores de su clase de francés, pero debió de haber aprendido algo

sin darse cuenta porque ahora, mirando a esos ojos salvajes y acosados, en realidad recordaba y, lo que es más, hablaba alguna palabra de francés. Dijo:

–*Vous attendre. Ma mère parlez français. Nous...* ¿Cómo se dice «ser amables»?

Nadie lo sabía.

–*Bong* es «bueno» –dijo Phyllis.

–*Nous être bong pour vous.*

No sé si el hombre entendió sus palabras, pero entendió el tacto de la mano que le tendió y la amabilidad de la otra mano que acarició su manga andrajosa.

Lo empujó suavemente hacia el santuario más recóndito del jefe de la estación. Los otros chicos los siguieron y el jefe de la estación cerró la puerta en las narices de la masa que esperó un rato en la oficina de venta de billetes hablando y mirando hacia la puerta amarilla cerrada a cal y canto, hasta que, solos o en parejas, empezaron a marcharse gruñendo.

Dentro del cuarto del jefe de estación, Bobbie todavía le sujetaba la mano al extraño y le acariciaba la manga.

–Mira lo que tenemos aquí –dijo el jefe de la estación–. No tiene billete, ni siquiera sabe adónde quiere ir. No estoy seguro de si debería mandar llamar a la policía.

–¡Oh, no lo haga! –exclamaron los chicos a un tiempo. Y de pronto, Bobbie se situó entre los otros y el extraño, porque se había percatado de que estaba llorando.

Gracias a un inusual golpe de suerte, tenía un pañuelo en el bolsillo. Y por una casualidad aún más inusual, el pañuelo estaba bastante limpio. De pie frente al extraño, tomó el pañuelo y se lo pasó para que los otros no lo vieran.

–Espere a que llegue Mamá –decía Phyllis–: ella sí que habla francés estupendamente. Sí que le gustaría escucharla.

–Estoy seguro de que no ha hecho nada como para mandarlo a la cárcel –dijo Peter.

–A mí me parece que no tiene medios económicos –dijo el jefe de estación–. En fin, que no me importa otorgarle el beneficio de la duda hasta que llegue vuestra madre. Me gustaría saber a qué nación pertenece, eso es lo que me gustaría.

Entonces Peter tuvo una idea. Sacó de su bolsillo un sobre y les mostró que estaba lleno hasta la mitad de sellos extranjeros.

–Mirad esto –dijo–. Vamos a mostrarle esto.

Bobbie echó un vistazo y vio que el extraño se había secado los ojos con su pañuelo. Así que dijo:

–De acuerdo.

Le mostraron un sello italiano, apuntado de él hacia el sello y luego al revés, haciendo con las cejas el gesto de preguntar. El hombre negó con la cabeza. Entonces le mostraron un sello noruego –el tipo de sello común de color azul– y de nuevo negó. Entonces le mostraron uno español, y en ese momento el extraño tomó el sobre de las manos de Peter y buscó entre los sellos con la mano temblorosa. Cuando por fin la sacó, acompañada del gesto de estar contestando a una pregunta, su mano sujetaba un sello ruso.

–Es ruso –exclamó Peter–; o si no, es como «el hombre que era», de Kipling, ya

sabéis.

El tren procedente de Maidbrige estaba señalizado.

–Yo me quedaré con él hasta que traigáis a Mamá –dijo Bobbie.

–¿No tiene miedo, señorita?

–Oh, no –dijo Bobbie mirando al extraño como si se tratara de un perro raro de temperamento dudoso–. ¿No me va a hacer daño, verdad?

Le sonrió, y él le devolvió la sonrisa, una misteriosa sonrisa torcida. Y entonces volvió a reír. La pesada vibración del silbido del tren que se acercaba pasó como una ráfaga, y el jefe de estación, junto con Peter y Phyllis, salió a su encuentro. Bobbie aún sujetaba la mano del extraño cuando regresaron con Mamá.

El ruso se puso en pie e hizo una reverencia ceremoniosa.

Entonces Mamá habló en francés, a lo que él contestó de manera entrecortada al principio, pero a continuación con frases cada vez más largas.

Por la cara que ponía y la que le devolvía Mamá, sabían los chicos que él estaba contando cosas que la ponían furiosa y que le producían desconsuelo, pena e indignación al mismo tiempo.

–Y bien, señora, ¿de qué se trata? –El jefe de estación no podía dominar su curiosidad por más tiempo.

–Oh –dijo Mamá–. Está todo bien. Es ruso, y ha perdido su billete. Y me temo que está muy enfermo. Si no le importa, lo llevaré a casa conmigo ahora. Está realmente agotado. Bajaré mañana y le contaré todo.

–Espero que no se encuentre usted con que se ha llevado a casa una víbora congelada –dijo el jefe de estación mostrando sus reticencias.

–¡Oh, no! –dijo Mamá abiertamente, y sonrió–: Estoy segura de que no. Es un gran hombre en su país, escribe libros; libros preciosos, he leído alguno de ellos. Pero le contaré todo mañana.

Volvió a hablar en francés al ruso, y todo el mundo pudo leer en sus ojos la sorpresa, el placer y la gratitud. El ruso se levantó, saludó educadamente al jefe de estación con una reverencia y le ofreció su brazo ceremoniosamente a Mamá. Ella lo tomó, pero cualquiera hubiera podido ver que era ella quien lo ayudaba a caminar, y no al revés.

–Vosotras, chicas, corred a casa y encended el fuego de la salita –dijo Mamá–. Y es mejor que Peter vaya a buscar al médico.

Pero fue Bobbie la que fue a buscar al médico.

–Siento decírselo –le dijo sin aliento, cuando llegó hasta donde estaba él en mangas de camisa arrancando las malas hierbas de su mata de pensamientos–, pero Mamá tiene un ruso muy andrajoso, y estoy seguro de que tendrá que entrar a formar parte de su sociedad. Estoy segura de que no tiene dinero. Lo encontramos en la estación.

–¿Encontrar? ¿Acaso se ha perdido? –preguntó el médico mientras cogía el abrigo.

–Sí –dijo Bobbie de repente–, justamente eso. Le ha estado contando a Mamá la triste y dulce historia de su vida francesa, y ella ha dicho si podría usted tener la amabilidad de venir directamente, si es que estaba en casa. Tiene una tos horrible, y ha estado llorando.

El médico sonrió.

–Oh, no haga eso –dijo Bobbie–, por favor, no lo haga. No lo haría si lo hubiera visto. Nunca antes había visto llorar a un hombre. No sabe usted lo que es.

Entonces el doctor Forrest deseó no haber sonreído.

Cuando Bobbie y el médico llegaron a las Tres Chimeneas, el ruso estaba sentado en el sillón que había pertenecido a Papá, con las piernas estiradas hacia el resplandor de un brillante fuego de leña y sorbiendo el té que le había hecho Mamá.

–El hombre parece agotado, de cuerpo y alma –fue lo que dijo el médico–. La tos es mala, pero no hay nada que no pueda curarse. Debería ir directo a la cama, y dejadle el fuego encendido durante la noche.

–Lo encenderé en mi habitación, es la única que tiene chimenea –dijo Mamá. Así lo hizo, y al rato el médico ayudó a meter al extraño en la cama.

Había un gran maletero en la habitación de Mamá que ninguno de los chicos había visto abierto. Cuando hubo encendido el fuego, Mamá abrió la cerradura y sacó algo de ropa, ropa de hombre, y la puso a airearse junto al fuego recién encendido. Bobbie, que entraba con más leña para el fuego, vio el monograma en el camisón y miró hacia el maletero abierto. Todo lo que vio era ropa de hombre. Y el monograma estampado era el de Papá. Luego Papá no se había llevado la ropa consigo. Y ese camisón de dormir era uno de los nuevos de Papá. Bobbie recordaba que se lo hicieron justo antes del cumpleaños de Peter. ¿Por qué no se había llevado Papá su ropa? Bobbie salió sigilosamente de la habitación. Según se marchaba, oyó cómo giraba la llave en la cerradura del maletero. Su corazón batía terriblemente. ¿Por qué no se había llevado Papá su ropa? Cuando Mamá salió de la habitación, Bobbie se arrojó a su cintura rodeándola fuertemente con los brazos, y susurró:

–Mamá, Papá no..., no está muerto, ¿verdad?

–¡Oh, no, cariño! ¿Qué te hace pensar una cosa tan horrible?

–No..., no sé –dijo Bobbie, enfadada consigo misma pero todavía aferrada a esa idea suya de no ver nada que su madre no quisiera que viese.

Mamá le dio un abrazo apresurado.

–Papá estaba bastante, *bastante* bien la última vez que tuve noticias tuyas –dijo–. Y volverá con nosotros algún día. ¡No te imagines esas cosas horribles, cariño!

Más tarde, cuando habían acomodado al ruso desconocido para pasar la noche, Mamá fue a la habitación de las niñas. Tenía que dormir ahí, en la cama de Phyllis, y Phyllis en un colchón sobre el suelo, toda una aventura divertida para ella. Según entraba Mamá, dos figuras blancas se pusieron en pie, y dos voces alegres exclamaron:

–Y ahora, Mamá, cuéntanos todo acerca del señor ruso.

Una silueta blanca saltó al interior de la habitación. Era Peter, arrastrando su edredón tras de sí como si fuera la cola de un pavo real blanco.

–Hemos sido pacientes –dijo–, y he tenido que morderme la lengua para no dormirme, y casi me quedo dormido y me mordí demasiado fuerte, y todavía me duele. Cuéntanos, venga. Inventa una historia bonita y larga.

–No puedo contaros una historia larga esta noche –dijo Mamá–, estoy muy cansada.

Bobbie sabía por su voz que Mamá había estado llorando, aunque los otros no.

–Bueno, hazla todo lo larga que puedas –dijo Phil, y Bobbie rodeó la cintura de Mamá con los brazos y se acurrucó junto a ella.

–Bueno, se trata de una historia lo suficientemente larga como para hacer con ella un libro entero. Es escritor; ha escrito libros maravillosos. En Rusia, en tiempos del zar, nadie se atrevía a insinuar nada acerca de lo que la gente rica hacía mal, o de las cosas que deberían hacerse para que los pobres vivieran mejor y más felices. Si alguien se atrevía, se lo mandaba a la cárcel.

–Pero no se puede –dijo Peter–, la gente solo va a la cárcel cuando ha hecho algo malo.

–O cuando los jueces *piensan* que han hecho algo malo –dijo Mamá–. Sí, así es en Inglaterra. Pero en Rusia era distinto. Y escribió un libro maravilloso sobre los pobres y sobre cómo ayudarlos. Lo he leído. No hay nada en él que no sea bondad y amabilidad. Y lo mandaron a la cárcel por haberlo escrito. Estuvo allí años, en un calabozo horrible, sin apenas luz, lleno de humedad y espantoso. Completamente solo en una cárcel durante tres años.

La voz de Mamá tembló un poco y se detuvo de repente.

–Pero Mamá –dijo Peter–, eso no puede ser verdad *ahora*. Suena como algo sacado de un libro de historia, a la Inquisición o algo así.

–Fue cierto –dijo Mamá–, todo terriblemente cierto. Bueno pues entonces lo sacaron y se lo llevaron a Siberia, un convicto encadenado a otros convictos –gente malvada que había cometido todo tipo de crímenes–; una larga cadena. Y caminaron, y caminaron, y caminaron durante días y semanas, hasta llegar a pensar que nunca pararían de caminar. Un vigilante iba tras ellos con látigos –sí, látigos–, para azotarlos si se cansaban. Algunos cojeaban, otros se caían, y cuando no podían levantarse para seguir andando, los azotaban y luego los dejaban morir allí. ¡Oh, es todo horrible! Finalmente llegó hasta las minas, y estaba condenado a permanecer ahí para siempre, toda la vida, solo por haber escrito un libro bueno, noble y espléndido.

–¿Cómo consiguió huir?

–Cuando llegó la guerra, a algunos de los prisioneros rusos se les permitió presentarse como soldados voluntarios. Y él se presentó. Pero desertó en cuanto tuvo ocasión y...

–Pero eso es muy cobarde, ¿verdad? –dijo Peter–. Desertar... Sobre todo cuando hay una guerra.

–¿Crees que le debía algo a un país que le había hecho eso? En tal caso, le debía más a su mujer y a sus hijos. No sabía qué había sido de ellos.

–¡Oh! –exclamó Bobbie–, ¿entonces los tenía para pensar en ellos y a la vez para sentirse triste todo el tiempo que estuvo en la cárcel?

–Sí, los tenía para pensar en ellos y para sentirse triste por ellos todo el tiempo que estuvo en la cárcel. Y sabía que por cualquier cosa también ellos podían acabar en la cárcel. Hacían ese tipo de cosas en Rusia. Pero mientras estaba en las minas, unos amigos consiguieron hacerle llegar el mensaje de que su mujer e hijos se habían escapado y habían venido a Inglaterra. Así que cuando desertó, vino aquí a buscarlos.

–¿Tiene la dirección? –preguntó el práctico de Peter.

–No, solo sabe que es Inglaterra. Iba a Londres y pensó que tenía que cambiar en nuestra estación. Y luego se dio cuenta de que había perdido su billete y su monedero.

–¿Crees que los encontrará? Quiero decir, a su mujer y a sus hijos, no el billete y las cosas.

–Espero que sí. Oh, espero y rezo para que encuentre a su mujer y a sus hijos de nuevo.

Incluso Phyllis percibía ahora que la voz de Mamá era muy inestable.

–Pero, Mamá –dijo–, ¡qué triste parece estar por él!

Mamá no contestó durante un minuto. Luego se limitó a decir «Sí», como si estuviera meditando. Los niños quedaron en silencio.

Al rato dijo:

–Queridos, cuando recéis creo que podríais pedir a Dios que tenga compasión de todos los prisioneros y cautivos.

–Que tenga compasión –repitió Bobbie lentamente– de todos los prisioneros y cautivos. ¿Es así, Mamá?

–Sí –dijo Mamá–, de todos los prisioneros y cautivos. De todos los prisioneros y cautivos.

## LOS SALVADORES DEL TREN

El señor ruso se encontraba mejor al día siguiente, y al otro todavía mejor, y al tercer día ya estaba lo suficientemente bien como para salir al jardín. Se le puso una silla de mimbre y ahí se sentó, vestido con las ropas de Papá que le quedaban demasiado grandes. Pero una vez Mamá le hubo subido las mangas y doblado los pantalones, la ropa le estuvo bien. Ahora que no estaba cansado y asustado, tenía una cara amable, y sonreía a los chicos siempre que los veía. Ellos hubieran deseado que pudiera hablar inglés. Mamá escribió varias cartas a gente que pensaba que podría saber del paradero de la mujer del señor ruso y de su familia; no a la gente que conocía antes de venir a vivir a las Tres Chimeneas –nunca escribía a ninguno de ellos–, sino a gente desconocida: diputados y directores de periódico, así como a secretarios de sociedades.

Y apenas se dedicó a su trabajo de escritora de cuentos, aparte de corregir pruebas mientras estaba sentada al sol junto al ruso, con el que hablaba de vez en cuando.

Los chicos deseaban de todo corazón mostrar su amabilidad con este hombre que había sido enviado a la cárcel y a Siberia por escribir un libro maravilloso acerca de la gente pobre. Podían sonreírle, por supuesto; podían y lo hacían. Pero si sonríes constantemente, la sonrisa tiende a congelarse como la de una hiena. Y entonces deja de parecer amistosa y se convierte en estúpida. Así que lo intentaron de otra manera, y le trajeron flores, hasta que el lugar en donde se sentaba quedó rodeado de ramilletes marchitos de tréboles y rosas y de campanuelas.

Y entonces Phyllis tuvo una idea. Les hizo una seña misteriosa a los otros para que se acercaran y los condujo hasta el patio trasero. Ahí, en un lugar escondido, entre la bomba y la tina del agua, dijo:

–¿Os acordáis de cuando Perks me prometió las primeras fresas de su propio jardín? – Perks, si recordáis, era el maletero–. Bueno, pues supongo que ya están maduras. Bajemos y veamos.

Mamá también había bajado porque había prometido contarle al jefe de la estación la historia del prisionero ruso. Pero ni siquiera los atractivos del ferrocarril habían podido arrancar a los chicos de la proximidad del desconocido. Así que no habían ido por la estación durante tres días.

Y fueron ahora.

Pero para su sorpresa y disgusto, fueron muy fríamente recibidos por Perks.

–Muy honrado, sin duda –dijo cuando se asomaron a la puerta del cuarto del maletero. Y siguió leyendo el periódico.

Se hizo un silencio incómodo.

–Madre mía –suspiró Bobbie–, me parece que está usted enfadado.

–¿Quién, yo? ¡Yo no! –dijo Perks con altivez–, a mí ni me va ni me viene.

–¿Qué es lo que «ni le va ni le viene»? –preguntó Peter, demasiado ansioso y alarmado como para cambiar aquella manera de hablar.

–Ni me va ni me viene. Lo que ocurre aquí y en donde sea –respondió Perks–. Si les gusta tener secretos, ténganlos, muy bien. Digo yo.

La cámara secreta de cada uno de los corazones fue rápidamente analizada durante la pausa que siguió. Los tres dijeron que no con la cabeza.

–No tenemos ningún secreto con usted –dijo finalmente Bobbie.

–A lo mejor lo tienen y a lo mejor no –dijo Perks–, a mí ni me va ni me viene. Y les deseo a todos buenas tardes. –Subió el periódico situándolo entre él y ellos, y siguió leyendo.

–¡Oh, no haga eso! –dijo Phyllis, desesperada–. Es horrible de verdad. Sea lo que sea, cuéntenos.

–No teníamos intención de hacerlo, fuera lo que fuese.

No hubo respuesta. Perks volvió a doblar el periódico y empezó con otra columna.

–Escuche –dijo Peter de pronto–, no es justo. Ni a la gente que comete crímenes se les castiga sin que se les diga por qué, como ocurría antes en Rusia.

–No sé nada de Rusia.

–Oh, sí que sabe, Mamá bajó a propósito a contarle a usted y al señor Gills todo acerca de nuestro ruso.

–¿Acaso no se dan cuenta? –dijo Perks indignado–. ¿No ven que nadie me pidió que entrara en el cuarto y que tomara asiento para escuchar lo que la señora tenía que contar?

–¿Quiere decir que no ha oído nada?

–Ni un suspiro. Sí que fui a hacer una pregunta. Y va y me cierra como si fuera una trampa de ratón. «Asuntos de Estado, Perks», va y dice. Pero creí que uno de ustedes se presentaría para contármelo, porque vaya si están aquí como clavos cuando necesitan algo del viejo Perks. –Phyllis se puso roja como la grana al pensar en las fresas–. Información sobre locomotoras, o señales o cosas por el estilo –dijo Perks.

–No sabíamos que no lo sabía.

–Pensábamos que Mamá se lo había contado.

–Se lo queríamos contar, lo que pasa es que pensábamos que se trataría de noticias ya viejas.

Los tres hablaban a la vez.

Perks dijo que muy bien, y siguió sosteniendo el periódico en alto. Entonces, de pronto, Phyllis se lo arrebató y le lanzó los brazos al cuello.

–Oh, vamos a darnos un beso y seamos amigos –dijo–. Si quiere diremos antes que lo sentimos, pero realmente no sabíamos que no lo sabía.

–Lo sentimos tanto... –dijeron los otros.

Hasta que por fin Perks consintió en aceptar las disculpas.

Entonces lo llevaron a sentarse al sol en el banco verde de los ferrocarriles, en donde la hierba se percibía bastante caliente al tacto, y ahí, a veces hablando por turnos y otras todos a un tiempo, le contaron al maletero la historia del prisionero ruso.

–Bueno..., he de decir... –dijo Perks, pero no lo dijo, sea lo que fuera.

–Sí, es terrible, ¿verdad? –dijo Peter–. Y no me extraña que tuviera usted curiosidad por saber quién era el ruso.

–No tenía curiosidad sino más bien interés –dijo el maletero.

–Bueno, creo que el señor Gills se lo tenía que haber contado. Estuvo muy mal por su parte.

–No le guardo rencor por eso, señorita –dijo el maletero–. ¿Y sabe por qué? Tiene sus razones. No le gustaría traicionar a los suyos por una historia como esa. Es la naturaleza humana. Un hombre tiene que defender lo suyo por mucho que pase. Eso es a lo que se refiere con «políticas de partido». Yo habría hecho lo mismo si ese tipo del pelo largo hubiera sido un japonés.

–Pero los japoneses no hacían cosas crueles y malévolas como esa –dijo Bobbie.

–A lo mejor no –dijo Perks cautelosamente–, aunque no puede estar segura con los extranjeros. Personalmente creo que están todos cortados por el mismo patrón.

–Entonces ¿por qué estaba del lado de los japoneses? –preguntó Peter.

–Bueno, verás, hay que tomar un partido u otro. Lo mismo que con los liberales y los conservadores. Lo más importante es tomar partido por alguno y permanecer fiel, pase lo que pase.

Sonó una señal.

–Aquí está el de las tres catorce –dijo Perks–. Permanezcan quietecitos hasta que pase y entonces nos iremos a mi casa para ver si ya está madura alguna de esas fresas de las que os hablé.

–Si hay alguna madura y me la regala –dijo Phyllis–, ¿no le importará si se las doy al pobre ruso, verdad?

Perks entornó los ojos y luego alzó las cejas.

–¿Así que era por las fresas por lo que bajaron esta tarde? –dijo.

Este fue un momento incómodo para Phyllis. Decir «sí» hubiera resultado de mala educación, egoísta y desatento con Perks. Pero sabía que si decía «no», no estaría satisfecha consigo misma después. Así que...

–Sí –dijo–, así es.

–¡Muy bien dicho! –dijo el maletero–. Decir la verdad y despreciar la...

–Pero hubiéramos bajado al día siguiente de haber sabido que no conocía la historia –añadió Phyllis rápidamente.

–Lo sé, señorita –dijo Perks, y cruzó la línea seis metros por delante del tren que se aproximaba.

Las niñas odiaban verle hacer esto, pero a Peter le gustaba. Era tan emocionante.

El señor ruso quedó tan encantado con las fresas que los tres se devanaron el cerebro buscando otra sorpresa para él. Pero tanta elucubración no trajo otra idea novedosa que

la de las cerezas silvestres. Y esta idea se les ocurrió a la mañana siguiente. Habían visto la flor en los árboles durante la primavera y sabían dónde buscar las cerezas silvestres ahora que había llegado la época de las cerezas. Los árboles crecían arriba y a lo largo de la cara rocosa del acantilado en el que se abría la boca del túnel. Había todo tipo de árboles, abedules y hayas y robles diminutos y avellanos, y entre ellos, la flor del cerezo refulgía como nieve y plata.

La boca del túnel se hallaba bastante alejada de las Tres Chimeneas, así que Mamá los dejó llevarse la comida consigo en una cesta. La cesta serviría para traer las cerezas si es que encontraban alguna. También les prestó su reloj de plata para que no llegaran tarde a merendar. Al reloj Waterbury de Peter se le había metido en la cabeza no funcionar desde que a Peter se le cayó en la tina del agua. Así que se pusieron en marcha. Cuando llegaron a la cima del desfiladero, se apoyaron contra la valla y miraron hacia donde se extendían las vías del ferrocarril, al final de lo que, como Phyllis decía, era exactamente como la garganta de una montaña.

—Si no fuera por las vías del fondo, sería como si nadie hubiera estado ahí, ¿verdad?

Los lados del desfiladero eran de piedra gris, muy toscamente cortada. De hecho, la parte superior del desfiladero había sido una cañada natural horadada más profundamente hasta igualar el nivel de la boca del túnel. La hierba y las flores crecían entre las rocas, y las semillas que los pájaros habían arrojado en las ranuras de la piedra habían germinado y crecido convirtiéndose en arbustos y árboles que sobresalían por encima del desfiladero. Cerca del túnel había un tramo de escaleras que llevaba hasta la vía —tan solo tarimas de madera rudamente fijadas a la tierra—, un lugar muy empinado y estrecho, más una escalera de mano que de peldaños.

—Es mejor que bajemos —dijo Peter—. Estoy seguro de que las cerezas serán bastante fáciles de coger por la parte delantera de los escalones. Acordaos de que ahí cogimos las flores del cerezo que pusimos en la tumba del conejo.

Así que caminaron a lo largo de la valla hasta la verja batiente que se encuentra en la parte superior de estas escaleras. Estaban casi en la verja cuando Bobbie dijo:

—¡Callad! ¡Quietos! ¿Qué es eso?

Se trataba de un ruido muy, pero que muy extraño, un ruido tenue pero lo bastante nítido como para que se oyera a través del sonido del viento entre las ramas, del zumbido y el runruneo de los cables del telégrafo. Era una especie de sonido crujiente y susurrante. Según escuchaban se detuvo y enseguida comenzó de nuevo.

Y esta vez no se paró, sino que se oyó más y más alto, y más crujiente y sordo.

—¡Mirad! —exclamó Peter de pronto—, ¡el árbol de ahí!

El árbol que señaló era uno de esos que tienen hojas grises ásperas y blancas. Los frutos, cuando llegan, son de color escarlata brillante, pero si los coges te decepcionan, pues se vuelven negros antes de llegar a casa. Y, según señalaba Peter, el árbol se estaba moviendo, pero no como se tienen que mover los árboles cuando el viento se desliza entre ellos sino en bloque, como si fuera una criatura viviente que se estuviera deslizando por el borde del desfiladero.

—¡Se mueve! —chilló Bobbie—. ¡Oh, mira!, y también los otros. Es como el bosque de

*Macbeth.*

–Es magia –dijo Phyllis sin aliento–. Siempre supe que el ferrocarril estaba encantado.

En realidad sí que parecía un poco mágico. Todos los árboles a una distancia de veinte metros en la ladera opuesta parecían descender lentamente en dirección a la vía del tren: el árbol con las hojas grises conducía a los más alejados como un viejo pastor a un rebaño de ovejas verdes.

–¿Qué es esto? Oh, ¿qué es esto? –dijo Phyllis–. Es ya demasiada magia. No me gusta. Vámonos a casa.

Pero Bobbie y Peter se habían aferrado a la valla y observaban sin aliento. Y Phyllis no hizo ademán de volver a casa por sí sola.

Los árboles avanzaban y avanzaban. Cayeron algunas piedras y tierra suelta, repiqueteando sobre las vías del ferrocarril más abajo.

–Se viene todo abajo –intentó decir Peter, pero se encontró con que casi no tenía voz para decirlo. Y de hecho, justo cuando habló, la gran roca sobre la que se asentaban los tres árboles que avanzaban, se desplazó suavemente hacia delante. Los árboles, deteniendo la marcha, se quedaron quietos y se agitaron. Apoyados contra la roca, parecieron dudar un momento y entonces, con un sonido ensordecedor, la roca, los árboles, la hierba y los arbustos se descolgaron bruscamente de la cara del desfiladero cayendo sobre las vías con un golpe seco que se oyó a media milla a la redonda. Una nube de polvo se elevó.

–Oh –dijo Peter con tono atemorizado–, ¿no es exactamente como cuando se mete el carbón? Si no hubiera un techo, en el sótano podrías mirar hacia el fondo.

–Mirad qué montículo más grande se ha formado –dijo Bobbie.

–Sí, está justo encima de la vía descendente –dijo Phyllis.

–Supondrá una buena barrida –dijo Bobbie.

–Sí –dijo Peter lentamente. Todavía estaba apoyado en la valla. –Entonces se irguió–. El tren de las once y veintinueve todavía no ha pasado. Tenemos que comunicarlo en la estación o habrá un accidente terrible.

–Corramos –dijo Bobbie y comenzó a hacerlo.

Pero Peter chilló «¡Volved!», y miró al reloj de Mamá. Estaba muy serio y formal, con la cara más pálida que nunca.

–No hay tiempo –dijo–. Está a dos millas y son las once y pico.

–¿No podríamos nosotros –sugirió Phyllis sin aliento–... no podríamos nosotros subir al poste de telégrafos y hacer algo con los cables?

–No sabemos cómo hacerlo –dijo Peter.

–Lo hacen en las guerras –dijo Phyllis–. Sé que lo he oído.

–Solo los cortan, tonta –dijo Peter–, y eso no ayuda. Y no podríamos cortarlos aunque subiéramos, y no podemos subir. Si tuviéramos algo rojo podríamos bajar a las vías y agitarlo.

–Pero el tren no nos vería hasta llegar a la esquina, y entonces vería el montículo tan bien como a nosotros –dijo Phyllis–, o mejor, porque es mucho más grande.

–Si tuviéramos algo rojo –repitió Peter–, podríamos ir hasta la esquina y agitarlo ante el

tren.

–Podemos agitar los brazos de todos modos.

–Pensarán que solo se trata de nosotros, como siempre. Saludamos al tren tan a menudo. De todas formas, bajemos.

Bajaron las escaleras empinadas. Bobbie estaba pálida y temblaba. El rostro de Peter parecía más delgado que de costumbre. Phyllis tenía la cara colorada y sudada por la ansiedad.

–¡Oh, qué calor tengo! –dijo–. Y eso que pensé que iba a tener frío; ojalá no nos hubiéramos puesto nuestras... –se detuvo por unos momentos y entonces terminó en un tono bastante distinto– nuestras enaguas de franela.

Bobbie se giró al final de las escaleras.

–¡Oh, sí! –exclamó–, ¡son rojas! Vamos a quitárnoslas.

Eso hicieron, y con las enaguas enrolladas bajo los brazos, corrieron a lo largo de la vía, esquivando los montículos de piedra, roca y tierra recién caídos, así como los árboles quebrados, aplastados y retorcidos. Corrieron tan rápido como pudieron. Peter iba en cabeza pero las chicas no iban muy por detrás. Alcanzaron la esquina que escondía el montículo de la vía recta del ferrocarril que avanzaba media milla sin curvas ni esquinas.

–Ahora –dijo Peter sujetando la enagua de franela más grande.

–¿No irás –titubeó Phyllis–, no irás a rasgarlas?

–¡Cállate! –le cortó Peter con severidad.

–Oh, sí –dijo Bobbie–, rásgalas en trocitos si quieres. ¿No ves, Phil, que si no podemos parar el tren habrá un accidente de verdad, con gente muerta? ¡Oh, qué horrible! Dame, Peter, por la goma jamás podrás rasgarlas.

Le cogió la enagua roja y la rasgó dos centímetros y medio desde la goma. A continuación rasgó la otra de igual modo.

–¡Ya está! –dijo Peter rompiéndolas también. Dividió cada enagua en tres trozos–. Ahora tenemos seis banderas. –Volvió a mirar al reloj–. Y tenemos siete minutos. Tenemos que hacernos con unas astas de bandera.

Las navajas que se les da a los niños son, por alguna razón, raramente del acero que se mantiene afilado. Tuvieron que tronchar los árboles jóvenes. Dos de ellos salieron con la raíz. Los despojaron de las hojas.

–Debemos hacer agujeros en las banderas y meter los palos a través de los agujeros –dijo Peter. Y cortaron los agujeros. La navaja estaba lo suficientemente afilada como para cortar franela. Dos de las banderas se colocaron en montículos de piedras sueltas entre las traviesas de la vía descendente. Entonces Phyllis y Roberta tomaron cada una una bandera y se prepararon para agitarlas tan pronto como el tren estuviera a la vista.

–Yo cogeré las otras dos –dijo Peter–, porque la idea de agitar algo rojo ha sido mía.

–Pero son nuestras enaguas –empezó a decir Phyllis, pero Bobbie la interrumpió.

–¡Oh, qué importa quién agita qué si podemos salvar el tren!

A lo mejor Peter no había calculado correctamente los minutos que le llevarían al tren de las 11:29 llegar de la estación al lugar en el que se encontraban, o a lo mejor el tren iba

con retraso. En todo caso, les pareció que llevaban mucho tiempo esperando.

Phyllis empezó a impacientarse.

–Supongo que el reloj va mal y que el tren ha pasado –dijo.

Peter relajó la actitud heroica que había adoptado para mostrar las banderas. Y Bobbie comenzó a sentir náuseas de tanto suspense.

Le parecía que habían estado ahí horas y horas, sujetando esas estúpidas banderitas de franela roja que nadie vería nunca. Al tren le daría igual. Pasarían a toda velocidad junto a ellos, giraría por la curva e iría a chocarse contra ese horrible montículo. Y todos morirían. Se le pusieron las manos muy frías y temblorosas, así que casi no podía sujetar la bandera. Y entonces llegó el estruendo y el zumbido de los metales, y una ráfaga de vapor blanco apareció a lo lejos de un tramo de las vías.

–¡Poneos rectas –dijo Peter– y agítad como locas! Cuando llegue a ese gran arbusto de aulaga, echaos para atrás pero seguid agitando. ¡No pises las vías, Bobbie!

El tren se acercaba traqueteando muy, muy deprisa.

–¡No nos ven! ¡No nos verán! ¡No sirve de nada! –gritó Bobbie.

Las dos banderitas de la vía se balancearon cuando el tren que se acercaba se agitó e hizo que los montones de piedras sueltas que las sujetaban se aflojaran. Una de ellas se inclinó hacia delante cayéndose sobre las vías. Bobbie saltó hacia delante, la cogió y comenzó a agitarla; ahora no le temblaban las manos.

Parecía que el tren se aproximaba más rápido que nunca. Ahora estaba muy cerca.

–¡Fuera de las vías, cuclillo estúpido! –dijo Peter ferozmente.

–No sirve –dijo Bobbie de nuevo.

–¡Fuera! –gritó Peter de pronto, y tiró de Phyllis hacia atrás por el brazo.

Pero Bobbie gritaba «¡No, todavía no!», agitando sus dos banderas por encima de la vía. El frente de la locomotora parecía negro y enorme. Su voz era alta y áspera.

–¡Oh, para, para, para! –gritó Bobbie. Nadie la oyó. Por lo menos no lo hicieron Peter y Phyllis, porque el estruendo del tren que se aproximaba se superpuso al sonido de su voz con una montaña de ruido. Aunque después se preguntaría más de una vez si la propia locomotora no la habría oído. Parecía que sí porque aflojó rápidamente la marcha, aflojó y se detuvo apenas a veinte metros del lugar en donde las dos banderas de Bobbie se agitaban por encima de las vías. Bobbie vio cómo la gran locomotora negra se quedaba muerta, pero por alguna razón no podía parar de mover las banderas. Y cuando el maquinista y el fogonero se bajaron, y Peter y Phyllis fueron a su encuentro y vomitaron el excitado relato sobre el horrible montículo que había a la vuelta de la esquina, Bobbie seguía haciendo ondear las banderas, aunque cada vez más débil y nerviosamente.

Cuando los otros se giraron hacia ella, estaba tirada en las vías con las manos por delante, aferrada aún a los palos con las banderitas rojas de franela.

El maquinista la levantó, la trasladó al tren y la acostó sobre los cojines de un vagón de primera clase.

–Se ha desmayado –dijo–. Pobre mujercita. Y no me extraña. Voy a echar un vistazo a ese montículo y después os llevaremos a la estación para que la vea alguien.

Era horrible ver a Bobbie en el suelo, tan blanca y silenciosa con los labios azules y abiertos.

–Me imagino que este es el aspecto que tiene la gente cuando se muere –susurró Phyllis.

–No digas eso –le recriminó Peter.

Se sentaron al lado de Bobbie en los cojines azules y el tren dio marcha atrás. Antes de llegar a la estación, Bobbie suspiró y abrió los ojos, se dio la vuelta y empezó a llorar. Esto animó mucho a los otros. La habían visto llorar antes, pero nunca la habían visto desmayarse; ni a nadie más, en realidad. No habían sabido qué hacer al verla desmayarse, pero ahora que solo estaba llorando le podían dar golpecitos en la espalda y decirle que lo dejara, como hacían siempre. Y al rato, cuando paró de llorar, hasta pudieron reírse de ella por ser tan cobarde y desmayarse.

Cuando llegaron a la estación, los tres se convirtieron en los héroes de un agitado encuentro en el andén.

Las alabanzas que recibieron por su «rápida reacción», su «sentido común» y su «ingenio» fueron suficientes para volver loco a cualquiera. Phyllis se divirtió de lo lindo. Nunca antes había sido una heroína de verdad, y la sensación era deliciosa. A Peter se le pusieron las orejas muy rojas. Con todo, él también se divirtió. Solo Bobbie deseaba que nadie hubiera empezado. Quería irse de allí.

–Tendréis noticias de la compañía por esto, supongo –dijo el jefe de la estación.

Bobbie deseó que no volvieran a oír nada de todo aquello. Tiró de la chaqueta de Peter.

–¡Oh, sal de ahí, sal de ahí! Quiero volver a casa –dijo.

Así que salieron. Y al marcharse, el jefe de la estación, el maletero, los guardias, el maquinista, el fogonero y los pasajeros les dedicaron una ovación.

–¡Oh, escuchad! –exclamó Phyllis–, eso es por nosotros.

–Sí –dijo Peter–. Repito que estoy satisfecho de haber pensado en algo rojo y que lo agitáramos.

–¡Qué suerte la de tener puestas las enaguas rojas de franela! –dijo Phyllis.

Bobbie no dijo nada. Pensaba en el horrible montículo y en el confiado tren que avanzaba hacia él.

–Y fuimos *nosotros* los que lo salvamos –dijo Peter.

–¡Qué espanto si todos hubieran muerto! –dijo Phyllis–, ¿verdad, Bobbie?

–Al final no cogimos las cerezas –dijo Bobbie.

Los otros pensaron que no tenía corazón.

## POR VALENTÍA

Espero que no os importe que os cuente un montón de cosas sobre Roberta. El caso es que le estoy cogiendo mucho cariño. Cuanto más la observo, más la quiero. Y he descubierto muchas cosas sobre ella que me gustan.

Por ejemplo, tenía una extraña ansiedad por hacer feliz a los demás. Y podía guardar un secreto, una virtud bastante rara. También tenía el poder de la compasión silenciosa. Esto suena bastante aburrido, lo sé, pero no es tan aburrido como suena. Simplemente quiere decir que una persona es capaz de saber si estás triste y de quererte más por ello, sin molestarte diciéndote todo el tiempo cómo lo siente por ti. Así era Bobbie. Sabía que Mamá estaba triste, y que no le había contado por qué. Así que quería más a Mamá y nunca le dijo ni una sola palabra por la que esta pudiera intuir que su hijita necesitaba de todo corazón entender por qué estaba triste. Esto precisa de práctica. No es tan fácil como podáis pensar.

Ocurriera lo que ocurriera (y ocurrían todo tipo de cosas buenas, agradables y ordinarias, como picnics, juegos y bollos para merendar), a Bobbie siempre le rondaban estos pensamientos en el fondo de la cabeza. Mamá está triste. ¿Por qué? No lo sé. No quiere que lo sepa. No voy a intentar averiguarlo. Pero está triste. ¿Por qué? No lo sé. No quiere... Y así una y otra vez, repitiéndose y repitiéndose como una canción de la que no conoces el fin.

El señor ruso todavía acaparaba buena parte de los pensamientos de todos. Todos los directores, secretarios de sociedades y diputados habían contestado las cartas de Mamá con la mayor cortesía, pero ninguno era capaz de decir dónde podían estar los hijos y la mujer del señor Szczepansky. (¿Os he dicho que el nombre muy ruso del ruso era ese?).

Bobbie tenía otra cualidad que según la cuente uno u otro puede entenderse de distintos modos. Algunos la llaman interferir en los asuntos de los demás, otros «ayudar a un perro cojo a saltar la verja» y otros la llaman «bondad amorosa». Se refiere simplemente a intentar ayudar a otras personas.

Bobbie se devanaba los sesos pensando en cómo podía ayudar al señor ruso a encontrar a su mujer y a sus hijos. El ruso había aprendido algunas palabras en inglés. Podía decir «buenos días» y «buenas noches» y «por favor» y «gracias» y «bonito» cuando los chicos le traían flores, y «Mu bien» cuando le preguntaban cómo había dormido.

La manera en que sonreía cuando «hablaba su inglés», era, según Bobbie, «demasiado dulce para nada». Solía pensar en su cara porque tenía la sensación de que le ayudaría a

encontrar la manera de ayudarlo. Pero no fue así. Con todo, el que estuviera ahí la alegraba porque a Mamá la hacía más feliz.

–Le gusta tener a alguien con quien ser bueno, incluso además de nosotros –dijo Bobbie–. Y sé que odiaba tener que prestarle la ropa de Papá. Pero supongo que «le hacía un daño bueno» o no lo hubiera hecho.

Durante muchas noches seguidas después del día en que ella, Peter y Phyllis salvaron al tren del descarrilamiento agitando sus banderitas rojas de franela, Bobbie solía despertarse gritando y temblando, después de ver una vez más ese horrible montículo y a la pobre, querida y confiada locomotora avanzando a toda velocidad hacia él, pensando que estaba cumpliendo con su rápido deber y que todo estaba despejado y era seguro. Y entonces, un tibio estremecimiento de placer solía recorrerle el cuerpo ante el recuerdo de cómo Peter y Phyllis y las enaguas de franela roja realmente habían salvado a todos.

Una mañana llegó una carta. Iba dirigida a Peter, Bobbie y Phyllis. La abrieron con entusiasmada curiosidad, porque no recibían cartas muy a menudo.

La carta decía:

Querido señor y señoras. Se ha propuesto hacer un pequeño homenaje en gratitud a su rápida y valerosa acción de avisar al tren en la... del presente, evitando por tanto lo que hubiera sido, humanamente hablando, un terrible accidente. El homenaje tendrá lugar en la estación \*\*\* a las tres en punto del 30 del presente si esta hora y lugar son convenientes para ustedes.

Atentamente,

Jabez Inglewood

*Secretario de la Compañía de Ferrocarriles del Norte y Sur.*

Nunca los tres chicos se habían sentido más orgullosos. Corrieron a enseñarle la carta a Mamá, que también se sintió orgullosa, y así lo manifestó, lo que hizo que los chicos se sintieran más felices que nunca.

–Pero si el homenaje consiste en dinero, tenéis que decir: «Gracias, pero preferiríamos no cogerlo» –dijo Mamá–. Lavaré inmediatamente vuestras muselinas indias –añadió–. Tenéis que tener un aspecto elegante en una ocasión como esta.

–Phil y yo podemos lavarlas –dijo Bobbie–, si tú las planchas, Mamá.

Lavar es divertido. Me pregunto si alguna vez lo habéis hecho. Este lavado en concreto tuvo lugar en la cocina trasera, que tenía el suelo de piedra y un gran lavadero de piedra bajo la ventana.

–Vamos a poner el barreño en el lavadero –dijo Phyllis–, entonces podemos fingir que somos lavanderas en el campo como las que vio Mamá en Francia.

–Sí, pero ellas lavaban en el río frío –dijo Peter con las manos en los bolsillos–, no con agua caliente.

–Entonces esto es el río caliente –dijo Phyllis–. Oye, tío, echa una mano con la bañera.

–Dudo que tu tío te echara una mano –dijo Peter, pero le dio la suya.

–Ahora frota y friega y friega y frota –dijo Phyllis dando saltitos de alegría mientras Bobbie traía con cuidado la pesada tetera del fuego de la cocina.

–¡Oh, no! –exclamó Bobbie muy asombrada–, la muselina no se frota. Se pone el

jabón hervido en el agua caliente y se hace con todo ello una buena espuma, y luego sacudes la muselina y la retuerces, con cuidado, mucho cuidado, y toda la suciedad sale. Solo se frota las cosas burdas como manteles y sábanas.

Las lilas y las rosas Gloire de Dijon de fuera se balancearon a merced de la suave brisa.

–Es un día perfecto para el secado, que ya es mucho –dijo Bobbie sintiéndose muy adulta–. ¡Oh, estoy deseando saber qué sensaciones maravillosas tendremos cuando usemos los vestidos de muselina india!

–Sí, yo también –dijo Phyllis agitando y retorciendo la muselina de manera bastante profesional.

–Ahora toca escurrir el agua jabonosa... No, no debemos retorcerlos... Y luego aclararlos. Yo los sujetaré mientras Peter y tú vaciáis el barreño y cogéis agua limpia.

–Un homenaje. Eso implica regalos –dijo Peter mientras sus hermanas, una vez debidamente lavadas las pinzas y limpiada la cuerda, colgaban los vestidos a secar–. ¿Qué será?

–Puede ser cualquier cosa –dijo Phyllis–. Lo que siempre he querido es un bebé elefante, pero imagino que no van a saber eso.

–Suponed que son maquetas de oro de locomotoras de vapor –dijo Bobbie.

–O una gran maqueta sobre la escena del accidente evitado –sugirió Peter–, con una maquetita de un tren y muñecos vestidos como nosotros y el maquinista y el fogonero y los pasajeros.

–¿Os gusta? –dijo Bobbie dubitativa, mientras se secaba las manos en la áspera toalla que colgaba de un rodillo detrás de la puerta de la cocina trasera–, ¿os gusta que nos recompensen por salvar un tren?

–A mí sí –dijo Peter descaradamente–, y no trates de insinuar que a ti no te gusta. Porque te conozco.

–Sí –dijo Bobbie dubitativa–. Sé que es así. Pero ¿no deberíamos conformarnos solo con haberlo hecho y no pedir nada más?

–¿Quién ha pedido nada más, tonta? –dijo su hermano–. Los soldados no piden la Cruz de la Victoria pero están encantados de conseguirla de todas maneras. A lo mejor son medallas. Si es así, cuando seamos muy, pero que muy viejos, se las enseñaré a mis nietos y diré: «Solo cumplimos con nuestro deber». Y se sentirán terriblemente orgullosos de mí.

–Tendrás que estar casado –le advirtió Phyllis–, o no tendrás nietos.

–Supongo que tendré que estar casado algún día –dijo Peter–, pero será un estorbo tenerla cerca todo el tiempo. Me gustaría casarme con una señora que entre en trance, y que solo se despierte una o dos veces al año.

–Solo para decirte que eres la luz de su vida y luego volver a dormirse. Sí. No estaría mal –dijo Bobbie.

–Cuando yo me case –dijo Phyllis–, querré que él quiera tenerme despierta todo el tiempo, para que pueda oírle decir lo maravillosa que soy.

–Creo que estaría bien –dijo Bobbie– casarse con alguien muy pobre, y entonces te

encargarías de todo el trabajo y él te querría con locura, y ver el humo azulado de la leña de la chimenea subir haciendo rizos entre los árboles cuando vuelve a casa de trabajar todas las noches. Digo que tenemos que contestar a esa carta y decir que la hora y el lugar nos vienen bien. Ahí está el jabón, Peter. Las dos estamos limpias como una patena. Ese libro con papel de escribir rosa que te regalaron por tu cumpleaños, Phil.

Les llevó un tiempo acordar lo que tenían que decir. Mamá había vuelto a sus escritos, y antes de que los tres hubieran decidido lo que iban a poner, estropearon varias páginas de papel rosa con esquinas festoneadas en oro y tréboles de cuatro hojas. Entonces cada uno se hizo una copia y la firmó con su propio nombre.

La carta a tres manos decía así:

Estimado Sr. Jabez Inglewood:

Muchas gracias. No queríamos ser recompensados sino solo salvar el tren, pero nos satisface que piense así y le damos las gracias. La hora y el lugar mencionados por usted nos vienen muy bien.

Muchas gracias.

Su estimado amiguito.

Entonces venía el nombre, y después: «P. D.: Muchas gracias».

–Lavar es mucho más fácil que planchar –dijo Bobbie quitando los vestidos limpios de la cuerda–. Me encanta ver que las cosas se limpian... Oh, no sé si seremos capaces de esperar a que llegue el momento de saber qué tipo de homenaje nos van a hacer.

Cuando por fin –se les hizo larguísimo– llegó el día, los tres chicos bajaron a la estación a la hora indicada. Todo lo que pasó fue tan extraño que parecía un sueño. El jefe de la estación salió a recibirlos con sus mejores galas, como Peter se percató de inmediato, y los condujo a la sala de espera en donde habían jugado aquella vez al juego de los anuncios. Parecía bastante distinta ahora. Habían puesto una alfombra y había jarrones con rosas sobre la repisa de la chimenea, y en las cornisas de las ventanas sobresalían ramas verdes, como el acebo y el laurel en Navidad, sobre los anuncios enmarcados de los Viajes de Cook y las Bellezas de Devon y el ferrocarril París-Lyon. Había bastante gente además del maletero –dos o tres señoras con vestidos elegantes y bastantes señores con sombreros de copa y levita– y de todos los que pertenecían a la estación. Reconocieron a varias personas que viajaban en el tren el día de las enaguas rojas de franela. Lo mejor de todo es que el mismísimo Señor Mayor estaba allí, y su abrigo, su sombrero y su cuello parecían más que nunca distintos a los de los demás. Les dio la mano y luego todos se sentaron en sillas y un señor con gafas –luego supieron que era el superintendente de distrito– comenzó un discurso bastante largo y muy inteligente. No voy a transcribir el discurso. Primero porque pensaréis que es aburrido; y segundo porque hizo que los niños se pusieran tan colorados y que les ardieran de tal manera las orejas que tengo bastantes galtarne esa parte del asunto; y tercero, porque el señor

empleó tantas palabras para decir lo que tenía que decir que realmente no tengo tiempo de escribirlas. Dijo todo tipo de cosas bonitas acerca de la valentía y el aplomo de los niños, y una vez hecho esto, se sentó y todos los que estaban allí aplaudieron y dijeron: «En efecto, en efecto».

Entonces el Señor Mayor se levantó y también habló. Era como una entrega de premios. A continuación llamó a los niños, uno por uno, por sus nombres, y les entregó un precioso reloj de oro con cadena. Dentro de los relojes estaba grabado, tras el nombre del nuevo propietario:

«Del Director del Ferrocarril Norte y Sur en agradecido reconocimiento por la acción valiente y expeditiva que impidió un accidente en \*\*\* 1905».

Los relojes eran lo más bonito que os podáis imaginar, y a cada uno de ellos le dieron un estuche de cuero azul para guardarlos cuando estuvieran en casa.

—Ahora tienes que dar un discurso y agradecer a todos su amabilidad —le susurró el jefe de estación a Peter en el oído, empujándolo hacia delante—. Empieza «Señoras y señores» —añadió.

Cada uno de los niños ya había dado las gracias apropiadamente.

—Oh, Dios mío —dijo Peter, pero no se resistió al empujón—. Señoras y señores —dijo con una voz bastante ronca. Entonces hubo una pausa, y se escuchó el corazón batiéndole en la garganta—. Señores y señoras —prosiguió de un tirón—, es tremendamente bondadoso de su parte, y guardaremos los relojes como tesoros durante toda nuestra vida, pero realmente no nos los merecemos porque lo que hicimos realmente no fue nada. Lo que quiero decir, al menos, es que fue tremendamente excitante, y lo que quiero decir es: gracias a todos, muchas gracias.

La gente aplaudió a Peter más que al superintendente del distrito, y a continuación todos les dieron la mano; pero tan pronto como los buenos modales se lo permitieron, los tres se escaparon y remontaron la cuesta hacia las Tres Chimeneas con los relojes en las manos.

Fue un día maravilloso, el tipo de día que raramente ocurre, y menos a la mayoría de nosotros.

—Me hubiera gustado hablar con el señor sobre otras cosas —dijo Bobbie—, pero era algo tan público..., como estar en la iglesia.

—¿Y qué le querías decir? —preguntó Phyllis.

—Os lo diré cuando medite sobre ello algo más —dijo Bobbie.

Así que cuando hubo meditado un poco más, escribió una carta.

Mi queridísimo Señor Mayor:

Me gustaría muchísimo preguntarle una cosa. Si pudiera usted apearse del tren y montarse en el siguiente, sería suficiente. No quiero que me dé nada. Mamá dice que no debemos pedir. Y además, no queremos ninguna cosa. Solo hablar con usted sobre un prisionero y cautivo. Su querida amiguita.

Bobbie.

Le pidió al jefe de la estación que le entregara la carta al Señor Mayor, y al día siguiente les pidió a Peter y a Phyllis que bajaran a la estación con ella cuando pasara el tren que traía al Señor Mayor de la ciudad.

Les explicó la idea, y ambos la aprobaron enteramente.

Se habían lavado las manos y la cara, y cepillado el pelo, y estaban todo lo aseados que sabían estar. Pero Phyllis, que siempre tenía mala suerte, había derramado una jarra de limonada por la parte delantera de su vestido. No había tiempo para cambiarse, y como resultó que el viento soplaba desde el patio del carbón, el vestido enseguida quedó espolvoreado de gris, pues el polvillo se pegó a las manchas pegajosas de limonada haciendo que pareciera, como dijo Peter, «una niña de los barrios bajos».

Decidieron que permanecería detrás de los demás siempre que pudiera.

—A lo mejor el viejo caballero no se da cuenta —dijo Bobbie—. A veces a la gente mayor le fallan los ojos.

Sin embargo no parecía que le fallaran los ojos ni ninguna otra parte del cuerpo al Señor Mayor, que se apeó del tren y comenzó a mirar a un lado y a otro del andén.

Los niños, ahora que llegaba el momento, sintieron esa ráfaga de profunda timidez que hace que las orejas se te pongan rojas y calientes, las manos tibias y húmedas y la punta de la nariz rosa y brillante.

—Oh —dijo Phyllis—, me bate el corazón como si fuera una locomotora de vapor, hasta debajo del fajín.

—Tonterías —dijo Peter—, los corazones de la gente no están bajo el fajín.

—No me importa, el mío sí —dijo Phyllis.

—Pues si te pones a hablar como un libro de poesía —dijo Peter—, yo tengo el mío en la boca.

—Yo tengo el mío en las botas, si nos ponemos así —dijo Roberta—. Pero vamos, pensará que somos idiotas.

—No estará muy equivocado —dijo Peter tristemente, y avanzaron para saludar al Señor Mayor.

—Hola —dijo dándoles la mano por turnos—. Es un verdadero placer.

—Fue muy amable de su parte el apearse —dijo Bobbie, sudando, educada.

La tomó del brazo y la condujo a la sala de espera donde ella y los otros habían jugado al juego de los anuncios el día en que encontraron al ruso. Phyllis y Peter los siguieron.

—¿Y bien? —dijo el Señor Mayor, dándole al brazo de Bobbie un empujoncito amable antes de soltarlo—. ¿Y bien?, ¿de qué se trata?

—¡Oh, por favor! —dijo Bobbie.

—¿Sí? —dijo el Señor Mayor.

—Lo que quiero decir... —dijo Bobbie.

—¿Sí? —dijo el viejo caballero.

—No pasa nada, todo va bien... —dijo ella.

—¿Pero? —dijo él.

—Quisiera decir una cosa —dijo ella.

—Dila —dijo él.

—Vale, pues... —se decidió Bobbie, y a continuación contó la historia del ruso que había escrito aquel precioso libro acerca de la gente pobre y al que habían mandado a la cárcel y a Siberia solo por eso—. Y lo que deseamos por encima de cualquier cosa en el mundo

es encontrarle a su mujer y a sus hijos –dijo Bobbie–. Pero no sabemos cómo. Pero usted debe de ser increíblemente inteligente o no sería el director de los Ferrocarriles. ¿Y si usted supiera cómo, y lo hiciera...? Eso nos gustaría más que nada en el mundo. Incluso nos apañaríamos sin los relojes si quiere venderlos y encontrar a su mujer con el dinero.

Y los otros corroboraron la idea, aunque no con tanto entusiasmo.

–Hum –dijo el Señor Mayor, tirando hacia abajo del chaleco blanco que tenía unos enormes botones dorados–. ¿Y cómo decís que se llamaba, Startensky?

–No, no –dijo Bobbie fervorosamente–. Se lo escribiré. No parece eso salvo cuando lo pronuncias. ¿Tiene usted un pedazo de lápiz y el reverso de un sobre? –preguntó.

El Señor Mayor sacó un estuche de oro y una preciosa libreta de cuero verde ruso que olía muy bien. La abrió por una página nueva.

–Aquí –dijo–. Escríbelo aquí.

Escribió «Szezcpansky» y dijo:

–Así es como se escribe. Se pronuncia Shepansky.

El Señor Mayor sacó un par de gafas con montura de oro y se las encajó en la nariz. Una vez leído el nombre, parecía otro.

–¿Ese señor? ¡Alabado sea el Señor! –dijo–. ¡He leído su libro! Está traducido a todas las lenguas europeas. Un libro muy bonito, un libro noble. Así que vuestra madre lo adoptó como la buena samaritana. Bueno, bueno. Os diré una cosa, jovencitos: vuestra madre tiene que ser una mujer muy buena.

–Por supuesto que lo es –dijo Phyllis asombrada.

–Y usted es un hombre muy bueno –dijo Bobbie, muy tímida, pero firmemente decidida a ser educada.

–Me halagas –dijo el viejo caballero quitándose el sombrero con gesto triunfal–. Y ahora voy a deciros lo que pienso de vosotros.

–Oh, no lo haga –dijo Bobbie rápidamente.

–¿Por qué? –preguntó el Señor Mayor.

–No sé en realidad –dijo Bobbie–. Solo que si es horrible, no quiero que lo haga, y si es bonito, preferiría que no lo hiciera.

El Señor Mayor se rio.

–Entonces –dijo–, solo diré que me alegro mucho de que me hayáis contado esto, de verdad que sí. Y no me sorprendería que encontrara algo muy pronto. Conozco a muchos rusos en Londres y todos los rusos saben quién es. Ahora, contadme acerca de vosotros.

Se giró hacia los demás pero solo había uno, que era Peter. Phyllis había desaparecido.

–Cuéntame todo sobre ti –volvió a decir el Señor Mayor. Y, como era natural, Peter se quedó mudo–. Bien, pues tendréis que pasar un examen –dijo el Señor Mayor–. Vosotros dos sentados en la mesa, yo me sentaré en el banco y haré preguntas.

Las hizo, y así salieron los nombres y las edades, el nombre de su padre y su actividad, el tiempo que llevaban en las Tres Chimeneas, y mucho más.

Así las preguntas comenzaban a convertirse en un arenque y medio por un penique y

medio y una libra de plomo y una libra de plumas, cuando una bota golpeó la puerta de la sala de espera; y cuando entró la bota todo el mundo pudo ver que tenía los cordones desatados y que luego entraba Phyllis, muy despacio y cuidadosamente.

En una mano llevaba una lata grande y en la otra una rebanada gruesa de pan con mantequilla.

–La merienda –anunció con orgullo mientras le entregaba la lata y el pan con mantequilla al Señor Mayor, que los tomó y dijo:

–¡Que Dios te bendiga!

–Sí –dijo Phyllis.

–Es todo un detalle por tu parte –dijo el Señor Mayor–, un detalle.

–Pero tenías que haber traído una taza –dijo Bobbie– y un plato.

–Perks siempre bebe de la lata –dijo Phyllis poniéndose roja–. Pensé que era muy amable dándomela, aunque sea sin tazas ni platos –añadió.

–Yo también lo pienso –dijo el Señor Mayor y bebió el té y probó el pan con mantequilla.

Llegó entonces la hora del siguiente tren, así que el Señor Mayor se subió en él con muchos adioses y unas últimas palabras amables.

–Bien –dijo Peter una vez que se quedaron solos en el andén y que las luces de cola del tren desaparecieron por la esquina–, estoy convencido de que hoy hemos encendido una vela, como Latimer, ya sabéis, cuando lo estaban quemando, y que pronto habrá fuegos artificiales para nuestro ruso.

Y los hubo.

No habían pasado ni diez días de la entrevista en la sala de espera cuando los chicos, que estaba sentados en lo alto de la roca más grande de la finca situada debajo de su casa, observaron cómo se alejaba de la estación el tren de las 5:15 a lo largo de la cuenca del valle. Vieron, también, el pequeño grupo de gente que había salido de la estación y que avanzaba torpemente carretera arriba hacia el pueblo, y vieron a una persona apartarse de la carretera y abrir la verja que conducía a las Tres Chimeneas a través de los campos y a ningún otro lugar.

–¿Quién diablos es? –dijo Peter, bajando con dificultad.

–Vayamos a ver –dijo Phyllis.

Y eso hicieron. Y cuando se acercaron lo suficiente como para distinguir de quién se trataba, descubrieron que era el Señor Mayor en persona con los botones de bronce refulgiendo bajo el sol de la tarde y el chaleco blanco que, al hacer contraste con el verde de los campos, parecía más blanco que nunca.

–¡Hooola! –gritaron los chicos, agitando las manos.

–¡Hooola! –gritó el Señor Mayor, agitando su sombrero.

Entonces los tres echaron a correr, de modo que cuando llegaron a donde estaba él, apenas les quedaba aliento para decir:

–¿Cómo está usted?

–Buenas noticias –dijo–. He encontrado a la mujer y a los hijos de vuestro ruso, y no he podido resistirme a la tentación de darme el placer de informarlo en persona.

Pero mientras miraba la cara de Bobbie, comprendió que podría resistirse a la tentación.

–Venga –le dijo–, corre a decírselo. Los otros dos me mostrarán el camino.

Bobbie corrió. Pero cuando hubo desembuchado sin aliento la noticia al ruso y a Mamá sentados en el tranquilo jardín –con la cara de Mamá iluminada tan bellamente mientras decía media docena de palabras rápidas en francés al exiliado–, Bobbie deseó no haber llevado la noticia. Porque el ruso se puso en pie con tal grito que hizo que el corazón de Bobbie saltara y temblara. Era un grito de amor y añoranza que no había escuchado nunca antes. Entonces tomó la mano de Mamá y la besó con suavidad y reverencia, se hundió en su silla, se cubrió la cara con las manos y comenzó a sollozar. Bobbie se marchó sigilosamente. No quería ver a los otros justo en ese momento.

Pero se sintió alegre como nadie cuando finalizó la interminable charla en francés y cuando Peter echó a correr al pueblo a por bollos y tartas y las niñas prepararon el té y lo llevaron al jardín.

El Señor Mayor estaba de lo más alegre y encantado. Parecía capaz de hablar en inglés y francés casi al mismo tiempo, y Mamá también lo hizo casi igual de bien. Fue un momento delicioso. Mamá parecía no poder quejarse por haber molestado al Señor Mayor y dijo que sí de inmediato cuando él preguntó si podía regalar alguna golosina a sus amiguitos.

La palabra era nueva para los chicos, pero intuían que significaba dulces, por las tres cajas rosas y verdes, atadas con lazos verdes, que sacó de su bolsa y que albergaban desconocidas capas de preciosos chocolates.

El ruso empaquetó sus pocas pertenencias y lo despidieron en la estación.

Entonces Mamá se dirigió al Señor Mayor y le dijo:

–No sé cómo agradecerle todo esto. Ha sido un verdadero placer verlo. Pero vivimos de manera sencilla. Siento mucho no poder pedirle que vuelva a visitarnos.

Los chicos pensaron que esto era muy duro. Una vez que habían hecho un amigo (un amigo como él) les hubiera encantado que volviera a visitarles.

Lo que pensaba el Señor Mayor no podían adivinarlo. Solo dijo:

–Me considero muy afortunado, señora, de haber sido recibido una vez en su casa.

–Ah –dijo Mamá–, sé que debo parecer muy hosca y desagradecida, pero...

–Nunca podrá parecer otra cosa que una señora encantadora y gentil –dijo el Señor Mayor con otra de sus reverencias.

Y mientras se giraban para subir la colina, Bobbie pudo ver la cara de su madre.

–Qué cansada pareces, Mami –dijo–; apóyate en mí.

–Yo soy el que tengo que dar mi brazo a Mamá –dijo Peter–. Soy el cabeza de familia cuando Papá no está.

Mamá tomó un brazo de cada uno.

–Qué maravilloso –dijo Phyllis dando saltitos de alegría– pensar en nuestro querido ruso abrazando a su mujer perdida desde hace tiempo. El bebé debe de haber crecido mucho desde que la vio.

–Sí –dijo Mamá.

–Me pregunto si Papá pensará que hemos crecido –prosiguió Phyllis, dando saltitos con más alegría aún–. Ya he crecido, ¿verdad, Mamá?

–Sí –dijo Mamá–. Oh, sí. –Y Bobbie y Peter sintieron que sus manos apretaban las suyas.

–Mi pobre y vieja Mamá, sí que estás cansada –dijo Peter.

Bobbie dijo:

–Venga, Phil, te echo una carrera hasta la verja.

Y se lanzó a correr, aunque odiaba hacerlo. Ya sabéis por qué lo hizo. Mamá se limitó a pensar que Bobbie estaba cansada de caminar despacio. Incluso las madres, que te quieren más de lo que te querrá nadie, no siempre entienden.

## EL BOMBERO AFICIONADO

–Ese que tiene usted puesto es un brochecito bonito, señorita –dijo Perks el maletero–, no sé si habré visto jamás algo que se pareciera tanto a un botón de oro sin ser un botón de oro.

–Sí –dijo Bobbie, contenta y sonrojándose por el cumplido–. Siempre he pensado que es más un botón de oro que los de verdad, y nunca pensé que se convertiría en mío, en mío de verdad, y entonces Mamá me lo regaló por mi cumpleaños.

–Oh, ¿ha sido su cumpleaños? –dijo Perks, y parecía bastante sorprendido porque un cumpleaños era algo reservado para unos pocos.

–Sí –dijo Bobbie–. ¿Cuándo es su cumpleaños, señor Perks? –Los niños tomaban el té con el señor Perks en el cuartito del maletero, entre las lámparas y los almanaques del ferrocarril. Habían traído sus propias tazas y unos hojaldres de mermelada. El señor Perks había hecho el té en una jarra de cerveza, como era habitual, y todo el mundo se sentía feliz y confidente.

–¿Mi cumpleaños? –dijo Perks, sacando más té marrón de la lata para ponerlo en la taza de Peter–. Renuncié a recordar mi cumpleaños antes de que hubiesen nacido.

–Pero tiene que haber nacido en *algún momento*, ya sabe –dijo Phyllis pensativa–. Incluso si fue hace veinte años, o treinta o sesenta o setenta.

–No hace tanto como eso, señorita –sonrió Perks mientras contestaba–. Si de verdad quiere saberlo, fue hace treinta y dos años, el día quince de este mes.

–Entonces, ¿por qué no lo celebra? –preguntó Phyllis.

–Tengo otras cosas en qué pensar aparte de los cumpleaños –dijo Perks brevemente.

–¡Oh! ¿En qué? –preguntó Phyllis alegremente–. ¿No será algún secreto?

–No –dijo Perks–, en los niños y la mujer.

Fue a raíz de esta conversación que los chicos empezaron a pensar y a continuación, a hablar. Perks era, de todos, el mejor amigo que habían hecho. No tan importante como el jefe de la estación pero más cercano; menos influyente que el Señor Mayor, pero mejor confidente.

–Es horrible no celebrar el cumpleaños –dijo Bobbie–. ¿No podríamos hacer algo?

–Vayamos al puente del canal para hablar de ello –dijo Peter–. Tengo un sedal con hilo de tripas que me dio el cartero esta mañana. Me lo dio a cambio de un ramo de rosas que le di para su amada. Está enferma.

–Pues creo que deberías haberle regalado las rosas a cambio de nada –dijo Bobbie indignada.

–¡Puaj! –dijo Peter con desagrado, y se metió las manos en los bolsillos.

–Lo hizo, por supuesto –se apresuró a decir Phyllis–; tan pronto supimos que estaba enferma preparamos las rosas y esperamos junto a la verja. Fue cuando estabas haciendo las tostadas para el desayuno. Y después de dar las «gracias» por las rosas demasiadas veces, muchas más de las que tenía que haber dado, el cartero sacó el sedal y se lo entregó a Peter. No fue un intercambio. Fue un corazón agradecido.

–Oh, perdóname, Peter –dijo Bobbie–. Lo siento de verdad.

–No te preocupes –dijo Peter de forma grandilocuente–, sabía que lo sentirías.

Así que todos subieron al puente del canal. La idea era pescar desde el puente, pero el sedal no era lo suficientemente largo.

–No importa –dijo Bobbie–. Nos quedaremos aquí para mirar las cosas. Todo es tan hermoso.

Y lo era. El sol se estaba escondiendo con todo su esplendor rojo sobre las colinas grises y púrpuras, y el canal yacía liso y brillante bajo la sombra, sin que ninguna onda rompiera la superficie. Era como un lazo de satén gris entre la seda verde oscuro de las praderas que se extendían a cada lado de sus orillas.

–De acuerdo –dijo Peter–, pero de todas formas aprecio las cosas bonitas mucho mejor cuando tengo algo que hacer. Vayamos al camino de sirga y pesquemos desde allí.

Phyllis y Bobbie recordaron cómo los chicos de las barcazas del canal les habían arrojado carbón, y se lo dijeron.

–Oh, tonterías –dijo Peter–. No hay chicos ahora. Y si los hubiera, les plantaría cara.

Las hermanas de Peter fueron lo suficientemente amables como para no recordarle que no les había plantado cara a los chicos cuando les arrojaron carbón. En su lugar, dijeron «De acuerdo», y bajaron con cautela la ladera empinada hasta el camino de sirga. Cebaron el sedal con cuidado y durante media hora pescaron pacientemente y en vano. Ni el más mínimo mordisquito para alimentar la esperanza de sus corazones.

Todos los ojos estaban puestos en las mansas aguas que honestamente simulaban no haber albergado ningún pez de agua dulce cuando un grito alto y áspero los asustó.

–¡Eh! –dijo el grito en un tono de lo más desagradable–, ¡salid de ahí!

Un caballo blanco y viejo que venía por el camino de sirga estaba a menos de media docena de metros de ellos. Se pusieron en pie y escalaron la ladera a toda velocidad.

–Volveremos a bajar cuando se hayan ido –dijo Bobbie.

Pero, ay, desgraciadamente, la barcaza, como suele ocurrir con las barcazas, se detuvo bajo el puente.

–Va a echar el ancla –dijo Peter–. ¡Qué mala suerte!

La barcaza no echó el ancla porque un ancla no es parte del mobiliario de un barco de canal, sino que echaron las amarras con cuerdas de proa a popa; y las cuerdas se amarraron fuertemente a la empalizada y a unas palancas que clavaron en el suelo.

–¿Qué miráis tan fijamente? –gruñó el barquero enfadado.

–No estábamos mirando fijamente –dijo Bobbie–, no seríamos tan mal educados.

–Vaya con los maleducados –dijo el hombre–. ¡Largaos!

–¡Lárgate tú! –dijo Peter. Recordaba lo que había dicho acerca de plantarle cara a los

chicos y, además, se sentía seguro arriba, a medio camino de la orilla—. Tenemos tanto derecho a estar aquí como cualquiera.

—Oh, ¿de verdad? —dijo el hombre—. Ya veremos. —Cruzó su cubierta y comenzó a descender por un lado de su barcaza.

—¡Oh, vete, Peter, vete! —dijeron Bobbie y Phyllis, en agónica unión.

—Yo no me voy —dijo Peter—, pero vosotras deberíais hacerlo.

Las chicas subieron hasta la cima de la orilla y esperaron para salir corriendo hacia casa tan pronto como vieran que su hermano estaba fuera de peligro. El camino hacia casa era todo cuesta abajo. Sabían que los tres corrían bien. El barquero no parecía poder hacerlo. Tenía la cara roja, era pesado y fornido.

Pero tan pronto puso el pie en el camino de sirga los chicos comprobaron que lo habían subestimado.

Saltó desde la orilla y atrapó a Peter por la pierna, lo arrastró hasta abajo, lo puso en pie de una sacudida, lo cogió de la oreja y le dijo severamente:

—¿Y ahora qué? ¿Es que no sabes que estas aguas están protegidas? No tenéis derecho a pescar aquí, por no hablar de la cara que tenéis.

Peter siempre se acordaría con orgullo de que, pese a los dedos furiosos del barquero apretándole la oreja, pese a su jeta colorada tan pegada a la suya y pese al aliento caliente del barquero en su cuello, tuvo el coraje de decir la verdad:

—No estaba pescando —dijo Peter.

—Me apuesto a que no es por tu culpa —dijo el hombre retorciendo la oreja de Peter, no fuerte, pero aun así retorciéndola.

Peter no podía decir que lo era. Bobbie y Phyllis habían estado sujetándose a la barandilla situada arriba, dando saltitos con ansiedad. De repente, Bobbie se escurrió a través de la barandilla y se apresuró orilla abajo hacia donde estaba Peter, con tanto ímpetu que Phyllis, que la seguía más mesuradamente, estaba segura de que el descenso de su hermana terminaría en las aguas del canal. Y así hubiera sido si el barquero no hubiera soltado la oreja de Peter para atraparla a ella por su brazo cubierto por el jersey.

—¿A quién empujas? —dijo, poniéndola en pie.

—Oh —dijo Bobbie sin aliento—. No estoy empujando a nadie. Al menos no a propósito. Por favor, no se enfade con Peter. Por supuesto que es su canal. Lo sentimos y no volveremos a pescar más. Es que no sabíamos que era suyo.

—Marchaos —dijo el barquero.

—Eso haremos, claro que sí —dijo Bobbie seriamente—, pero le pedimos perdón, y de verdad que no hemos pescado ni un solo pez. Se lo diría directamente si así hubiera sido, palabra de honor que lo haría.

Extendió las manos y Phyllis volvió su bolsillito vacío para mostrar que de verdad no tenían ningún pez escondido.

—Bueno... —dijo el barquero más tranquilo—, daos prisa entonces, y no volváis a hacerlo de nuevo, eso es todo.

Los niños se apresuraron a subir hasta la orilla.

—Pásame una chaqueta, María —gritó el hombre. Una mujer pelirroja con un chal verde

de tela escocesa salió de la puerta de la cabina con un bebé en brazos y le lanzó una chaqueta. Él se la puso, escaló hasta la orilla y cruzó encorvado el puente en dirección al pueblo—. Me encontrarás en el Rosa y Corona cuando duermas al niño —le gritó a ella desde el puente.

Una vez fuera de la vista, los chicos volvieron lentamente. Peter insistió en que lo hicieran.

—El canal puede que le pertenezca —dijo—, aunque no lo creo. Pero el puente es de todos. El doctor Forrest me dijo que es de propiedad pública. Ni él ni nadie me va a echar del puente, os lo aseguro.

Peter todavía tenía la oreja dolorida, al igual que los sentimientos.

Las chicas lo siguieron tal y como unos soldados aguerridos seguirían al líder de una causa perdida.

—Ojalá que no —fue todo cuanto comentaron.

—Volved a casa si tenéis miedo —dijo Peter—. Dejadme en paz. Yo no tengo miedo.

El sonido de las pisadas del hombre se esfumó por la carretera silenciosa. Ni los trinos de las curacas de los juncos ni la voz de la mujer en la barcaza, que le cantaba al bebé para que se durmiera, quebraron la paz de la noche. Era una canción triste la que cantaba la mujer. Algo acerca de Bill Bailey y de cómo deseaba que volviera a casa.

Los chicos permanecieron de pie apoyando los brazos en el parapeto del puente; se sentían felices de estar tranquilos durante unos cuantos minutos porque los tres corazones latían mucho más aprisa.

—No voy a dejar que me eche ningún viejo barquero, eso sí que no —dijo Peter amargamente.

—Por supuesto que no —dijo Phyllis tranquilizándolo—. No te has rendido. Así que ahora podemos volver a casa, ¿no creéis?

No se dijo nada más hasta que la mujer se bajó de la barca, escaló la orilla y cruzó el puente.

Dudó al ver las tres espaldas de los chicos, entonces dijo:

—Ejem.

Peter permaneció como estaba, pero las chicas miraron a su alrededor.

—No deben hacer caso de mi Bill —dijo la mujer—; es perro ladrador. Algunos de los niños ahí, en Farley, son tremendos. Fueron ellos quienes lo hicieron enfadar gritando eso de quién comió empanada de perrito bajo el puente de Marlow.

—¿Y quién fue? —preguntó Phyllis.

—No lo sé —contestó la mujer—. ¡Nadie lo sabe! Pero por alguna razón, y no sé por qué, esas palabras son veneno para un barquero. No le den importancia. No volverá hasta dentro de dos horas. Pueden pescar un montón de peces antes de eso. Además, la luz es buena —añadió.

—Gracias —dijo Bobbie—. Es usted muy amable. ¿Dónde está su bebé?

—Dormido en la cabina —dijo la mujer—. Está bien. Nunca se despierta antes de las doce. Es puntual como un reloj de iglesia.

—Qué pena —dijo Bobbie—. Me hubiera gustado verlo de cerca.

–Y no habrá visto usted uno más guapo, señorita, aunque esté mal que lo diga yo. –La cara de la mujer se iluminó mientras hablaba.

–¿No le da miedo dejarlo? –preguntó Peter.

–Dios me libre, no –respondió la mujer–. ¿Quién iba a hacer daño a una cosita como él? Además, Spot está ahí. ¡Hasta luego!

La mujer se marchó.

–¿Nos vamos a casa? –dijo Phyllis.

–Vosotras podéis ir. Yo voy a pescar –dijo Peter escuetamente.

–Pensé que habíamos venido hasta aquí para hablar del cumpleaños de Perks –dijo Phyllis.

–El cumpleaños de Perks puede esperar.

Así que volvieron a bajar al camino de sirga y Peter se dispuso a pescar. Sin éxito.

Estaba poniéndose bastante oscuro, las chicas se estaban cansando y cuando Bobbie dijo que ya había pasado la hora de irse a la cama, de pronto Phyllis exclamó:

–¿Qué es eso?

Y señaló al barco del canal. Salía humo de la chimenea de la cabina; había estado rizándose suavemente entre el cálido aire de la noche durante todo el tiempo, pero ahora se elevaban otras espirales de humo, y estas procedían de la puerta de la cabina.

–Está ardiendo, eso es todo –dijo Peter con calma–. Se lo merece.

–Oh, ¿cómo puedes decir eso? –exclamó Phyllis–. Piensa en el pobre perro muerto.

–¡El bebé! –gritó Bobbie.

En un instante los tres se dirigieron a la barcaza.

Las cuerdas del amarre estaban flojas y la suave brisa, que casi ni se sentía, sin embargo sí que había tenido la fuerza suficiente para arrastrar la popa hacia la orilla. Bobbie fue la primera, luego llegó Peter, que se resbaló y cayó. El agua le llegaba al cuello, no podía hacer pie pero un brazo sobresalía por el borde de la barcaza. Phyllis lo atrapó por el pelo. Aunque dolió, también lo ayudó a salir. Al minuto siguiente había conseguido montar en la barcaza, seguido de Phyllis.

–¡Tú no! –le chilló a Bobbie–. Yo, puesto que estoy mojado.

Alcanzó a Bobbie en la puerta de la cabina echándola a un lado muy bruscamente; si hubieran estado jugando, esa brusquedad habría hecho llorar a Bobbie con lágrimas de rabia y dolor. Ahora, aunque la había lanzado contra el borde de la bodega, lastimándola y causándole moratones en la rodilla y en el codo, solo dijo:

–No, tú no, yo. –Y se puso en pie con esfuerzo. Aunque no lo suficientemente rápido.

Peter ya había bajado dos de los escalones de la cabina en dirección a la nube de espeso humo. Se detuvo y, haciendo memoria de todo lo que había escuchado acerca de los fuegos, sacó su pañuelo empapado del bolsillo del pecho y se lo ató a la boca. Mientras que lo sacaba dijo:

–No pasa nada. Casi no hay fuego.

Y ese, pues en realidad no lo creía, fue un buen detalle por su parte. Con ello quería evitar que Bobbie corriera tras él en dirección al peligro. Por supuesto que no lo consiguió.

La cabina emitía un resplandor rojo. Una lámpara de parafina se quemaba lentamente entre una niebla anaranjada.

–Hola –dijo Peter levantándose el pañuelo de la boca por un momento–. Hola, bebé, ¿dónde estás? –Se ahogaba.

–Oh, déjame entrar –gritó Bobbie muy cerca de él. Peter la echó atrás con más brusquedad todavía que antes y prosiguió.

No sé qué habría ocurrido si el bebé no hubiera llorado: pero justo en ese momento, se puso a llorar. Peter se abrió camino a través del humo oscuro, encontró algo pequeño, suave y vivo, lo cogió y salió marcha atrás, casi tropezándose con Bobbie, que estaba muy cerca. Un perro le quiso morder la pierna, trató de ladrar y se atragantó.

–Tengo al niño –dijo Peter, arrancándose el pañuelo y tambaleándose hasta la cubierta.

Bobbie encontró el lugar de donde procedía el ladrido y sus manos dieron con el grueso lomo de un perro de pelo liso. Se volvió clavándole los dientes en la mano, pero muy, muy suavemente, como si dijera: «Estoy obligado a ladrar y morder si entran extraños en la cabina de mi amo, pero sé que tenéis buenas intenciones, así que no voy a morderos de verdad».

Bobbie dejó caer el perro.

–Muy bien, viejo. Buen perro –dijo–. Venga, dame el bebé, Peter; estás tan mojado que vas a hacer que se acatarre.

Peter se sintió aliviado de poder entregar el extraño hatillo que se retorció y gimoteaba en sus brazos.

–Y ahora –dijo Bobbie rápidamente–, vete pitando al Rosa y Corona y cuéntales. Phil y yo nos quedaremos aquí con esta monada. ¡Silencio, cariño! ¡Vete *ya*, Peter! ¡Corre!

–No puedo correr con estas cosas –dijo Peter firmemente–, pesan un quintal. Iré andando.

–Entonces correré yo –dijo Bobbie–. Vete a la orilla, Phil, y te pasaré al pequeño.

Con cuidado el bebé fue pasando de manos. Phyllis se sentó en la orilla y trató de hacer callar al bebé. Peter se escurrió el agua de las mangas y de los pantalones bombachos lo mejor que pudo, y fue Bobbie la que corrió como el viento a través del puente y a lo largo de la silenciosa y blanca calle en el crepúsculo de la noche hacia el Rosa y Corona.

Hay una estancia bonita y de estilo antiguo en el Rosa y Corona donde los barqueros y sus mujeres se sientan por la noche a beber su cerveza y tostar el queso de la cena sobre un fuego de carbón refulgente que sobresale bajo una gran chimenea cubierta. Es más calentita, más bonita y más confortable que cualquier otra chimenea que jamás haya visto.

Había una reunión agradable de barqueros en torno al fuego. A lo mejor a vosotros no os parecería agradable, pero ellos pensaban que lo era. Eran todos amigos o conocidos con los mismos intereses y hablaban del mismo tipo de cosas. Este es el verdadero secreto de una reunión agradable. Bill el Barquero, a quien los niños habían encontrado tan desagradable, era considerado una excelente compañía por sus colegas. Estaba contando la historia de sus propias desgracias, que es siempre un asunto apasionante.

Hablaba de su barca.

—Y mandó decir «pinta por dentro y fuera», sin precisar el color. Así que cojo un montón de pintura verde y la pinto desde la proa hasta la popa. Os digo que quedó estupenda. Entonces vino y me dice: «¿Por qué la pintaste toda del mismo color?». Y yo: «Porque me parece estupenda así. Y así lo creo ahora». Y me dice: «¿Tú crees? Pues puedes pagar la dichosa pintura». Y eso hice.

Un rumor de simpatía se propagó por la estancia. Interrumpiendo ruidosamente, entró Bobbie. Irrumpió por la puerta batiente gritando sin aliento:

—¡Bill! ¡Estoy buscando a Bill el Barquero!

Se hizo un silencio estupefacto. Las jarras de cerveza quedaron suspendidas en el aire, paralizadas en su camino hacia las bocas sedientas.

—Oh —dijo Bobbie viendo a la mujer del barquero y dirigiéndose a ella—. La cabina de su barcaza se está quemando. ¡Vaya rápido!

La mujer se puso en pie y colocó una gran mano roja en la parte izquierda de la cintura, lugar en donde parece situarse el corazón cuando tienes miedo o te sientes triste.

—¡Reginal Horace! —exclamó con una voz terrible—. ¡Mi Reginal Horace!

—Esta bien —dijo Bobbie—. Si te refieres al bebé, lo hemos puesto a salvo. Al perro también. —No le quedaba aliento para decir nada más, excepto—: Váyase, está todo en llamas.

Entonces se hundió en el banco de la cervecería y trató de recuperar el resuello que casi había perdido después de correr al que la gente llama «segundo soplo». Pero se sentía como si nunca más fuera a respirar de nuevo.

Bill el Barquero se levantó lenta y pesadamente. Pero su mujer se le había adelantado ya cien metros carretera arriba antes de que hubiera entendido bien qué estaba ocurriendo.

Phyllis, temblando junto al canal, apenas había escuchado las pisadas rápidas que se aproximaban cuando la mujer, tras arrojarse sobre la verja y rodar orilla abajo, le arrebató al bebé de sus manos.

—No hagas eso —le reprochó Phyllis—. Acabo de conseguir que se duerma.

Bill apareció más tarde hablando un idioma que a los chicos les resultaba totalmente extraño. Saltó a la barcaza y subió cubos de agua. Peter lo ayudó y consiguieron sofocar el fuego. Phyllis, la mujer del barquero y el bebé (y acto seguido también Bobbie) se abrazaron juntos en la orilla.

—Que Dios se apiade de mí si fui yo la que dejó algo que haya podido prender el fuego —decía la mujer una y otra vez.

Pero no había sido ella. Fue Bill el Barquero el que, al vaciar su pipa, había dejado caer la ceniza roja sobre la alfombra de la chimenea, y se había recalentado hasta prender fuego. Aunque severo, era un hombre justo. No echó la culpa a su mujer de su propia falta, como muchos barqueros y también otros hombres hubieran hecho.

Mamá estaba medio loca de ansiedad cuando por fin aparecieron los tres niños en las Tres Chimeneas, por entonces todos muy mojados, ya que Peter parecía haber empapado a los otros. Pero una vez hubo desentrañado la verdad sobre lo ocurrido a través del relato embarullado e incoherente de los chicos, tuvo que reconocer que habían actuado muy bien, y que no podían haberlo hecho de otro modo. Tampoco puso ningún impedimento a que hubieran aceptado la cordial invitación con la que el barquero se había despedido de ellos.

–Estad aquí mañana a las siete –dijo– y os haré el viaje completo ida y vuelta hasta Farley. Eso haré, y no os cobraré un penique. ¡Diecinueve esclusas!

Fue un día glorioso. El viejo caballo blanco tiró de las cuerdas, y la barcaza se deslizó suave y firmemente a través de las aguas tranquilas. El cielo lucía azul sobre sus cabezas. El señor Bill era tan agradable como nadie podría haber sido. Quién hubiera imaginado que se trataba del mismo hombre que había agarrado a Peter por la oreja. En lo que respecta a la señora Bill, siempre había sido agradable, como dijo Bobbie, al igual que el bebé, e incluso Spot, que podría haberlos recibido con un tremendo mordisco de haber querido.

–¡Ha sido simplemente emocionante, Mamá! –dijo Peter cuando llegaron a casa muy contentos, muy cansados y muy sucios–. Por encima del glorioso acueducto. Y las esclusas... No sabéis cómo son. Te hundes en el suelo y entonces, cuando piensas que no vas a parar de descender, dos grandes portones se abren muy, muy despacio, sales, y ahí estás, en el canal, justo como antes.

–Sé –dijo Mamá– que hay esclusas en el Támesis. Papá y yo solíamos navegar por el río, en Marlow, antes de que nos casáramos.

–Y el bebé querido y chiquitito –dijo Bobbie– dejaba que lo acunara siglos y siglos... Y era tan bueno. Mamá, ojalá tuviéramos un bebé con quien jugar.

–Y todo el mundo ha sido tan agradable con nosotros –dijo Phyllis–, todos los que hemos conocido. Y nos han dicho que podemos pescar cuando queramos. Y Bill nos va a enseñar cómo la siguiente vez que ande por aquí. Dice que en realidad no sabemos.

–Dijo que *vosotras* no sabéis –dijo Peter–. Pero Mamá, dijo que les contaría a todos los barqueros de un extremo a otro del canal que somos de los buenos y que nos tratarán como amigos, que es lo que somos.

–Entonces yo dije –interrumpió Phyllis– que siempre utilizaríamos un lazo rojo cuando fuéramos a pescar al canal para que supieran que éramos *nosotros*, los buenos, ¡y que nos trataran bien!

–Así que habéis hecho otro montón de amigos –dijo Mamá–; primero en el ferrocarril y ahora en el canal.

–Oh, sí –dijo Bobbie–, creo que todo el mundo es amigo si consigues hacerle ver que no quieres ser enemigo.

–Tal vez tengas razón –dijo Mamá, y suspiró–. Venga, pequeños. Es hora de ir a la cama.

–Sí –dijo Phyllis–. Ay, madre, fuimos hasta ahí arriba para hablar de lo que haríamos para el cumpleaños de Perks. ¡Y no hemos hablado ni una sola palabra de ello!

–No hemos hablado –dijo Bobbie–, pero Peter ha salvado la vida de Reginald Horace. Creo que es más que suficiente por una noche.

–Bobbie lo habría salvado si yo no la hubiera apartado; lo hice dos veces –dijo Peter lealmente.

–Yo también lo hubiera hecho –dijo Phyllis– de haber sabido qué hacer.

–Sí –dijo Mamá–, habéis salvado la vida de un niño. De verdad creo que es suficiente por esta noche. Oh, queridos, ¡gracias a Dios que estáis todos bien!

## El orgullo de Perks

Era la hora del desayuno. La cara de Mamá resplandecía cuando sirvió la leche y repartió generosamente las gachas.

–He vendido otro cuento, queridos –dijo–. El de *El rey de los mejillones*. Así que habrá bollos para merendar. Podéis ir a por ellos tan pronto como estén horneados. A eso de las once, ¿no es así?

Peter, Phyllis y Bobbie intercambiaron miradas, seis en total. Entonces Bobbie dijo:

–Mamá, ¿te importaría si no tomamos los bollos para merendar esta tarde sino el día quince? Es el jueves que viene.

–No me importa cuándo los toméis, cariño –dijo Mamá–. Pero ¿por qué?

–Porque es el cumpleaños de Perks –dijo Bobbie–. Cumple treinta y dos y dice que no celebra más su cumpleaños porque tiene otras cosas de las que ocuparse: no de conejos ni de secretos sino de los chavales y de la parienta.

–Te refieres a sus hijos y a su mujer –dijo Mamá.

–Sí –dijo Phyllis–. Es lo mismo, ¿verdad?

–Y hemos pensado que le organizaremos un cumpleaños bonito. Ha sido tan increíblemente amable con nosotros, ¿sabes, Mamá? –dijo Peter–, que nos hemos puesto de acuerdo en que el día que tocase bollos te preguntaríamos.

–Pero ¿y si no hubiera habido un día de bollos antes del día quince? –dijo Mamá.

–Oh, entonces, teníamos intención de preguntarte si podríamos anti... «antiparlo» y pasar sin bollos el día que tocara.

–Anticiparlo –dijo Mamá–. Ya veo. Ciertamente. Será bonito poner su nombre en los bollos con azúcar rosa, ¿verdad?

–Perks –dijo Peter– no es un nombre bonito.

–Su otro nombre es Albert –dijo Phyllis–. Se lo pregunté una vez.

–Podemos poner A. P. –dijo Mamá–. Os enseñaré cómo hacerlo cuando llegue el momento.

Todo esto estaba muy bien en teoría. Pero incluso catorce bollos a medio penique con A. P. sobre ellos en azúcar rosa no forman, de por sí, una gran celebración.

–Siempre están las flores, por supuesto –dijo Bobbie más tarde, cuando se reunieron para hablar seriamente sobre el tema. Estaban reunidos en el pajar en donde se encontraba la máquina estropeada de cortar forraje, y en el que había una hilera de agujeros para depositar hierba seca a través de los escurrideros situados sobre los comederos de los establos de abajo.

–Tiene sus propias flores –dijo Peter.

–Pero, aunque tengas muchas, siempre es bonito que te las regalen –dijo Bobbie–. Podemos utilizar flores para adornar el regalo de cumpleaños. Pero tenemos que encontrar algo para adornar, aparte de los bollos.

–Vamos a callar todos y a pensar –dijo Phyllis–. Nadie puede hablar hasta que se piense en algo.

Así que se quedaron todos callados, y tan quietos que una rata marrón pensó que no había nadie en el pajar y salió con mucho descaro. Cuando Bobbie estornudó, la rata se asustó y salió corriendo, porque se dio cuenta de que un altillo de heno en donde podían ocurrir esas cosas no era un sitio apropiado para una rata respetable de mediana edad que ansiaba tener una vida tranquila.

–¡Hurra! –exclamó Peter de pronto–. Lo tengo. –Saltó y dio una patada al heno suelto.

–¿Qué? –dijeron las otras, alegremente.

–Ya que Perks es tan bueno con todos, tiene que haber un montón de gente en el pueblo que quiera ayudar a celebrar su cumpleaños. Vayamos por ahí y pidamos a todos.

–Mamá dijo que no podemos pedir cosas a la gente –dijo Bobbie dubitativa.

–Para nosotros, quería decir, tonta, no para otra gente. Le pediré también al Señor Mayor. Ya verás –dijo Peter.

–Preguntemos a Mamá primero –dijo Bobbie.

–¿Qué sentido tiene molestar a Mamá con cada minucia? –dijo Peter–. Sobre todo cuando está ocupada. Venga. Bajemos al pueblo y empecemos.

Así que se fueron. La anciana de la oficina de correos dijo que no veía por qué Perks tenía que celebrar su cumpleaños más que cualquier otro.

–Verá –dijo Bobbie–, me gustaría que todo el mundo celebrase el suyo. Lo que ocurre es que sabemos cuándo es el de Perks.

–El mío es mañana –dijo la anciana–, y nadie le dará mucha importancia. Largaos.

Así que se fueron.

Algunos eran amables y algunos ariscos. Algunos estaban dispuestos a dar y otros no. Lo de pedir cosas es un trabajo difícil, incluso si es para otros, como habréis comprobado si es que alguna vez lo habéis intentado.

Cuando los chicos llegaron a casa y contaron lo que les habían dado y lo que les habían prometido, pensaron que para ser el primer día no estaba tan mal. Peter escribió la lista de cosas en la libretita en la que guardaba los números de sus locomotoras. Estas fueron las listas:

### **Entregados**

Una pipa de tabaco de la dulcería.

Media libra de té del ultramarinos.

Una bufanda de lana ligeramente descolorida de la mercería, que está al otro lado del ultramarinos.

Una ardilla disecada del doctor.

## Prometido

Un pedazo de carne del carnicero.

Seis huevos frescos de una mujer que vivía en la vieja barrera de portazgo.

Un pedazo de panal y seis cordones de zapatos del zapatero, así como una pala de hierro del herrero.

Al día siguiente, muy temprano, Bobbie se levantó y despertó a Phyllis. Esto había sido acordado entre ellas. No se lo habían dicho a Peter porque pensaron que él pensaría que era una tontería. Pero se lo contaron luego, cuando salió bien.

Cortaron un gran ramo de rosas y lo pusieron en una cesta con el alfilerero que Phyllis le había hecho a Bobbie por su cumpleaños, junto con una corbata muy bonita de Phyllis. Entonces escribieron en un papel: «Para la señora Ransome, con todo nuestro cariño, porque es su cumpleaños». Pusieron el papel en la cesta y lo llevaron a la oficina de correos, entraron, lo colocaron sobre el mostrador y salieron corriendo antes de que la anciana de la oficina de correos tuviera tiempo de entrar en la tienda.

Cuando volvieron, Peter se había hecho confidente de Mamá mientras la ayudaba a preparar el desayuno, y le había contado los planes.

–No hay nada malo en ello –dijo Mamá–, pero depende de *cómo* lo hagáis. Solo espero que no se sienta ofendido y que no piense que se trata de *caridad*. La gente pobre es muy orgullosa, ya sabéis.

–No lo hacemos porque sea pobre –dijo Phyllis–, sino porque nos cae bien.

–Buscaré alguna cosa que se le haya quedado pequeña a Phyllis –dijo Mamá–, si estáis completamente seguros de que se lo podéis dar sin que se sienta ofendido. Me gustaría hacer alguna cosita por él porque ha sido muy amable con vosotros. No puedo hacer mucho porque nosotros mismos somos pobres. ¿Qué estás escribiendo, Bobbie?

–Nada en particular –dijo Bobbie, que de repente había empezado a garabatear–. Estoy segura de que le gustarán las cosas, Mamá.

La mañana del día quince la pasaron alegremente comprando los bollos y observando cómo Mamá ponía A. P. con azúcar rosa sobre ellos. Sabéis cómo se hace, ¿verdad? Bates las claras de los huevos y las mezclas con azúcar glas y pones unas cuantas gotas de cochinilla. Y entonces haces un cono de papel blanco y limpio con un agujerito por el lado puntiagudo y metes el azúcar rosa por el lado más ancho. Sale lentamente por el lado puntiagudo mientras escribes las letras como si se tratase de una gran pluma gorda llena de tinta de azúcar rosa.

Los bollos tenían un aspecto estupendo con el A. P. sobre cada uno y, cuando fueron introducidos en un horno templado para fijar el azúcar, los chicos subieron al pueblo a recoger la miel, la pala y las otras cosas prometidas.

La anciana de la oficina de correos esperaba en la puerta. Los chicos dijeron «buenos días» educadamente según pasaron por delante.

–Eh, deteneos un momento –dijo ella.

Así que se detuvieron.

–Esas rosas –dijo ella.

–¿Le gustaron? –dijo Phyllis–. Estaban más frescas que una lechuga. Yo hice el alfiletero, pero el regalo es de Bobbie. –Según hablaba daba saltitos de alegría.

–Aquí tenéis una cesta –dijo la mujer de la oficina de correos. Entró y sacó la cesta. Estaba llena de grosellas rojas y gordas.

–Creo que a los chicos de Perks les gustarán –dijo ella.

–Sí que eres una ancianita amable –dijo Phyllis lanzando los brazos alrededor de la cintura de la anciana–. Perks se pondrá muy contento.

–No estará la mitad de contento que yo con vuestro alfiletero y la corbata y las bonitas flores y todo –dijo la anciana, palmeando las espaldas de Phyllis–. Tenéis un buen corazón, vaya si lo tenéis. Mira una cosa. Tengo un carrito en la parte trasera, en la leñera. Se compró para el primero de mi Emmie, que solo vivió seis meses, y no llegó a tener otro. Me gustaría que la señora Perks se quedara con él. Le será de ayuda con ese bebé grande que tiene. ¿Se lo podríais llevar?

–¡Oh! –exclamaron los niños a un tiempo.

Una vez la señora Ransome hubo sacado el cochecito y retirado los cuidadosos papeles que lo cubrían, y lo hubo desempolvado, dijo:

–Bien, aquí está. Se lo habría regalado antes si lo hubiera pensado. Simplemente no estaba del todo convencida de si lo aceptaría. Le decís que era el carrito del pequeño de mi Emmie.

–Oh, ¿no es bonito pensar que va a haber en él un bebé de verdad de nuevo?

–Sí –dijo la señora Ramsome, suspirando y luego echándose a reír–. Tomad, os daré unos caramelitos de menta para los pequeños, y ahora idos antes de que os regale el tejado que tengo sobre mi cabeza y las ropas que me cubren.

Pusieron todas las cosas que habían sido recogidas para Perks en el carrito y a las tres y media, Peter y Bobbie y Phyllis lo condujeron hasta la casita amarilla en donde vivían los Perks.

La casa estaba muy ordenada. En el alféizar de la ventana había un jarro de flores silvestres, margaritas grandes, así como acedera roja y hierba con plumas y flores.

Se oyó un chapoteo procedente del lavadero y un niño a medias de lavar asomó la cabeza por la puerta.

–Mamá se está cambiando –dijo.

–Bajo en un minuto. –Una voz sonó a través de las escaleras estrechas y recién fregadas.

Los niños esperaron. Al rato crujieron las escaleras y la señora Perks bajó abotonándose el corpiño. Su cabello estaba muy bien cepillado y prieto, y su rostro brillaba con jabón y agua.

–Voy un poco retrasada con el cambio de ropa, señorita –le dijo a Bobbie–, debido a que he tenido más trabajo de limpieza porque a Perks se le ha ocurrido mencionar que era su cumpleaños. No sé lo que le ha hecho pensar en semejante cosa. Celebramos los cumpleaños de los niños, por supuesto; pero el suyo y el mío... Somos demasiado mayores para semejante cosa, como regla general.

–Sabíamos que era su cumpleaños –dijo Peter–, y tenemos algunos regalos para él

fuera, en el cochecito.

La señora Perks respiraba con dificultad mientras los tres sacaban los regalos. Una vez los hubieron desenvuelto todos, la señora Perks se sentó de pronto en una silla de madera y estalló en lágrimas, lo que sorprendió y horrorizó a los niños.

–¡Oh, no llore! –dijeron a la vez–. ¡Oh, por favor, no lo haga!

Y Peter añadió, quizá con un poco de impaciencia:

–¿Pero qué diablos ocurre? ¿No querrá decir que no le gusta?

La señora Perks solo sollozaba. Los hijos de los Perks, ahora con las caras relucientes como el que más, esperaban en la puerta del lavadero frunciendo el ceño a los intrusos. Hubo un silencio, un silencio incómodo.

–¿No le gusta? –preguntó Peter, mientras sus hermanas palmeaban la espalda de la señora Perks.

Esta dejó de llorar tan rápido como había empezado.

–No os preocupéis por mí. Estoy bien –dijo–. ¿Que si me gusta? Es un cumpleaños como el que nunca ha tenido Perks, ni siquiera cuando era un niño y estaba con su tío, que era un proveedor de trigo particular. Luego se arruinó. ¿Que si me gusta? Oh. –Y luego prosiguió diciendo todo tipo de cosas que no escribiré, porque estoy segura de que a Peter y Bobbie y Phyllis no les gustaría. Las orejas se les fueron poniendo más y más calientes, y las caras más y más coloradas, ante lo que decía la señora Perks. Sentían que no habían hecho nada para merecer semejantes halagos.

Por fin Peter dijo:

–Mire, nos alegra verla contenta. Pero si sigue diciendo esas cosas, tendremos que marcharnos a casa. Y nos gustaría quedarnos para ver si el señor Perks también está contento. Pero no podemos soportar esto.

–No diré ni una sola palabra más –dijo la señora Perks con el rostro radiante–. Pero eso no impide que lo piense, ¿verdad? Porque si alguna vez...

–¿Podría darnos un plato para los bollos? –preguntó Bobby de pronto.

Una vez que la señora Perks hubo dispuesto la mesa para el té a toda velocidad, y los bollos, la miel y las grosellas estuvieron distribuidos en platos, y las rosas en dos tarros de mermelada, aquello pareció estar, como dijo la señora Perks, «listo para un príncipe».

–Pensar –dijo–, mientras estaba arreglando la casa temprano, y los pequeños cogiendo flores silvestres y demás..., cómo iba a imaginar que tendría otra cosa que la onza de su tabaco favorito que compré el sábado y que desde entonces he estado guardando para él. ¡Por Dios! ¡Llega muy pronto!

De hecho, Perks había corrido el pestillo de la pequeña puerta de la entrada.

–Oh –susurró Bobbie–, escondámonos atrás, en la cocina, y usted se lo cuenta. Pero primero dele el tabaco, porque usted misma se lo compró. Y una vez le haya contado, entramos todos y le gritamos: «¡Que cumplas muchos más!».

Era un buen plan, pero no acabó de salir bien. Empezando porque a Peter, Bobbie y Phyllis casi no les dio tiempo a salir pitando hacia el lavadero, empujando a los pequeños y boquiabiertos niños de Perks que pululaban por ahí. No tuvieron tiempo de cerrar la puerta, así que sin quererlo, tuvieron que escuchar lo que ocurrió en la cocina. El

lavadero era un lugar demasiado pequeño para los niños de Perks y los chicos de las Tres Chimeneas, sin contar el mobiliario propio del lavadero, incluyendo el escurridor y la caldera.

–¡Hola, viejita! –oyeron cómo decía la voz del señor Perks–, ¡menudo despliegue más bonito!

–Es tu fiesta de cumpleaños, Bert –dijo la señora Perks–. Y aquí tienes una onza de tu tabaco favorito. La compré el sábado cuando se te ocurrió acordarte de que hoy era tu cumpleaños.

–¡Qué buena mujer eres! –dijo el señor Perks, y siguió el ruido de un beso–. Pero ¿qué está haciendo este cochecito aquí? ¿Y qué son todos estos hatillos? ¿Y de dónde has sacado los dulces y...?

Los niños no oyeron la respuesta de la señora Perks, porque justo entonces Bobbie se sobresaltó, metió la mano en el bolsillo y todo su cuerpo se puso rígido de espanto.

–¡Oh! –les susurró a los otros–, ¿qué vamos a hacer? ¡Se me olvidó poner etiquetas en las cosas! No va a saber qué es de quién. Pensará que es todo nuestro, y que intentamos ser importantes o caritativos o algo horrible.

–Calla –dijo Peter.

Y entonces oyeron la voz del señor Perks, alta y bastante enfadada.

–No me importa –afirmó–. No voy a permitirlo, y así de claro os lo digo.

–Pero –dijo la señora Perks– son los niños que te caen tan bien, los niños de las Tres Chimeneas.

–No me importa –dijo el señor Perks con firmeza–, como si fuera un ángel caído del cielo. Nos las hemos apañado durante todos estos años sin pedir favores. No voy a empezar con este trajín de la caridad a estas alturas de mi vida, así que ni lo pienses, Nell.

–¡Oh, silencio! –dijo la pobre señora Perks–. Bert, cierra tu estúpida boca, por el amor de Dios. Los tres niños están en el lavadero escuchando cada una de las palabras que estás diciendo.

–Pues entonces les daré qué escuchar –dijo el furioso Perks–. Ya les dejé claro una vez lo que pienso, y lo haré de nuevo –añadió, dio dos zancadas en dirección al lavadero y lo abrió de par en par; todo lo que podía abrirse, quiero decir, con los niños apretujados dentro–. Salgan –dijo Perks–, salgan y explíquenme qué significa todo esto. ¿Acaso me he quejado ante ustedes de no tener para que me vengan con este despliegue de caridad?

–¡Oh! –dijo Phyllis–, pensé que se pondría tan contento. Nunca más, mientras viva, intentaré ser amable con nadie. No, nunca más.

Estalló en lágrimas.

–No pretendíamos ofender –dijo Peter.

–No es tanto lo que pretenden como lo que hacen –dijo Perks.

–¡Oh, no siga! –dijo Bobbie, intentando por todos los medios ser más valiente que Phyllis y encontrar más palabras que las que Peter había usado para explicarlo–. Pensamos que le encantaría. A nosotros siempre nos regalan cosas por nuestro cumpleaños.

–Oh, sí –dijo Perks–, su familia; es distinto.

–¡Oh, no! –contestó Bobbie–. No nuestra familia. Los criados siempre nos han regalado cosas en casa, y nosotros a ellos cuando era su cumpleaños. Y cuando fue el mío, y Mamá me regaló el broche como un botón de oro, la señora Viney me regaló dos jarrones de cristal preciosos y nadie pensó que estaba siendo caritativa con nosotros.

–Si hubieran traído jarrones de cristal aquí –dijo Perks–, no habría dicho nada. Es esta gran montaña de cosas lo que no soporto. Y no pienso hacerlo.

–Pero no son todas de nuestra parte –dijo Peter–, lo que pasa es que se nos olvidó poner las etiquetas. Son de mucha gente del pueblo.

–¿Y quién convenció a toda esa gente, si puede saberse? –preguntó Perks.

–Pues nosotros –dijo Phyllis.

Perks se sentó pesadamente en el sillón y les lanzó lo que Bobbie describió luego como miradas fulminantes de sombría desesperación.

–¿Así que han ido por ahí contándoles a los vecinos que no llegamos a final de mes? Pues bien, ahora que nos han desgraciado todo lo que han podido entre el vecindario, pueden coger todas las bolsas de cosas y llevarlas a donde estaban. Muy agradecido. No dudo de su intención de ser amables, pero preferiría no tenerlos más como amigos si no les importa. –Giró la silla deliberadamente para dar la espalda a los niños. Las patas de la silla chirriaron sobre el suelo de ladrillo, y ese fue el único sonido que quebró el silencio.

Entonces, de pronto, Bobbie se puso a hablar.

–Escuche –dijo–, esto es de lo más terrible.

–Eso es justo lo que yo digo –dijo Perks sin girarse.

–Escuche –dijo Bobbie desesperadamente–, nos iremos si así lo prefiere, y no tiene que ser nuestro amigo más si no quiere, pero...

–Nosotros siempre seremos sus amigos, por muy mal que nos trate –sollozó Phyllis, en un arrebato.

–Cállate –dijo Peter haciéndola a un lado fieramente.

–Pero antes de que nos vayamos –continuó Bobbie desesperadamente–, déjenos mostrarle las etiquetas que escribimos para poner sobre las cosas.

–No quiero ver ninguna etiqueta –dijo Perks–, excepto las del equipaje propias de mi trabajo. ¿Creen que me he mantenido respetable sin deber nada a nadie con lo que gano, y ella lavando ropa de otros, para convertirme en el hazmerreír de todos los vecinos?

–¿El hazmerreír? –dijo Peter–. Usted no sabe.

–Es usted un hombre muy impaciente –sollozó Phyllis–. Sabe que ya se equivocó una vez pensando que no le queríamos contar los secretos del ruso. Deje que Bobbie le explique lo de las etiquetas.

–Bien, pues adelante –accedió Perks a regañadientes.

–Pues bien –dijo Bobbie, manoseando tristemente, pero sin perder la esperanza, su bolsillo lleno y apretado–, escribimos todo lo que dijo la gente cuando nos dio las cosas, con los nombres de cada uno, porque Mamá dijo que debíamos que tener cuidado, porque... Pero escribí lo que dijo ella. Y verá.

Pero Bobbie no era capaz aún de leer las etiquetas. Tuvo que tragar una o dos veces

antes de empezar.

La señora Perks había estado llorando sin parar desde que su marido había abierto la puerta del lavadero. De pronto cogió aire, tosió y dijo:

–No se enfade, señorita. Yo sé que lo han hecho con buenas intenciones, aunque él no lo reconoce.

–¿Puedo leer las etiquetas? –preguntó Bobbie llorando sobre los papelitos mientras intentaba ordenarlos–. Primero la de Mamá. Dice: «Ropita para los hijos de la señora Perks». Mamá dijo: «Buscaré alguna cosa que ya no le sirva a Phyllis siempre y cuando estéis bien seguros de que el señor Perks no se sentirá ofendido y piense que lo hacemos por caridad. Me gustaría hacer algo por él, porque es muy amable con vosotros. No puedo hacer más porque nosotros mismos somos pobres».

Bobbie se detuvo.

–Está bien –dijo Perks–, su madre es toda una señora. Nos quedaremos con los vestiditos y demás cositas, Nell.

–También están el cochecito, las grosellas y los dulces –dijo Bobbie–. Son de la señora Ransome. Dijo: «Me atrevería a decir que a los niños del señor Perks les gustarán los caramelos. El cochecito lo compramos para el primer hijo de mi Emmie. Solo vivió seis meses y solo tuvo ese. Me gustaría que la señora Perks lo tuviera. Será una ayuda para su precioso niño. Se lo hubiera dado antes de saber que me lo aceptaría». Me dijo que te dijera –añadió Bobbie– que es el cochecito del pequeño de su Emmie.

–No puedo devolver el cochecito, Bert –dijo la señora Perks firmemente–, y no lo haré, así que no me lo pidas.

–No te estoy pidiendo nada –dijo Perks bruscamente.

–Y luego está la pala –dijo Bobbie–. El señor James se la hizo él mismo. Y dijo... ¿dónde está? ¡Ah, aquí está! Dijo: «Dile al señor Perks que es un placer tener un pequeño detalle con una persona tan respetada». Y luego dijo que le gustaría herrar a tus hijos y a los suyos, como hacen con los caballos, porque, bueno, sabe lo que vale el cuero de los zapatos.

–James es un buen tipo –dijo Perks.

–Y ahora vienen la miel –dijo Bobbie con prisas– y los cordones de las botas. Dijo que respetaba a un hombre que pagaba todo lo que compraba. Y el carnicero dijo lo mismo. Y la señora de la vieja barrera de portazgo dijo que muchas veces le había echado usted una mano con el jardín cuando era un muchacho, y cosas así le tocaban a uno la fibra sensible, que no sé muy bien qué quiere decir. Y todo aquel que entregó algo dijo que le apreciaban y que era una muy buena idea de nuestra parte; y nadie dijo nada acerca de la caridad ni cosa horrible por el estilo. Y el viejo caballero le dio a Peter una libra de oro para usted, y dijo que era un hombre que conocía bien su oficio. Y creí que le gustaría saber lo que lo aprecia la gente, y nunca me he sentido más infeliz en mi vida. Adiós. Espero que nos perdone algún día.

Ya no podía decir más y se giró para marcharse.

–Espera –dijo Perks, todavía dándoles la espalda–. Retiro todo lo que haya dicho que pueda importunaros. Nell, pon la tetera a calentar.

–Nos llevaremos las cosas si le disgustan –dijo Peter–, pero creo que todos se sentirían tremendamente decepcionados, al igual que nosotros.

–No me disgustan –dijo Perks–. No sé –añadió haciendo rodar la silla de pronto y poniendo una cara arrugada muy extraña–. No sé si nunca estuve más contento. No tanto por los regalos, aunque se trata de una colección de primera, sino por el amable respeto de los vecinos. Eso sí que merece la pena, ¿verdad, Nell?

–Creo que todo merece la pena –dijo la señora Perks–, y que has montado un pollo ridículo por nada, Bert, ya que me preguntas.

–No, no es así. Si un hombre no se respeta a sí mismo, nadie va a hacerlo por él.

–Pero todo el mundo le respeta –dijo Bobbie–, todos lo han dicho.

–Sabía que te gustaría cuando lo entendieras de verdad –dijo Phyllis alegremente.

–Uhhmm... ¿se quedan a merendar? –dijo el señor Perks.

Más tarde Peter propuso brindar por la salud de Perks. Y el señor Perks propuso un brindis, en forma de té, que fue: «Que la corona de la amistad sea siempre verde», algo mucho más poético de lo que nadie hubiera podido imaginar en su boca.

–¡Qué chiquillos más estupendos! –le dijo el señor Perks a su mujer cuando se iban a la cama.

–Oh, sí, que Dios los bendiga –dijo su mujer–. Eres tú el gran aguafiestas de siempre. Me dabas vergüenza, tengo que decirte.

–Pues no tienes que sentir vergüenza, cariño mío. Me puse a sus pies tan pronto comprendí que no se trataba de caridad. Porque la caridad es algo que nunca acepté, y nunca aceptaré.

Todo el mundo se sintió feliz con la fiesta de cumpleaños. El señor y la señora Perks y a los pequeños Perkitos con todas las cosas buenas y con los amables pensamientos de sus vecinos; los niños de las Tres Chimeneas con el indiscutible éxito, aunque de improvisado retrasado, de los planes; y la señora Ransome cada vez que veía al gordito bebé Perks en su cochecito. La señora Perks hizo varias rondas de visitas para agradecer a la gente los amables regalos de cumpleaños, y después de cada visita sentía que eran mejores amigos de lo que había imaginado.

–Sí –dijo Perks reflexionando–, no es tanto lo que haces sino lo que significas, eso es lo que te digo. Pero si se hubiese tratado de caridad...

–Oh, al cuerno con la caridad –dijo la señora Perks–. Nadie te va a ofrecer caridad, Bert, por mucho que la quieras, también te digo. Fue todo amistad, simplemente.

Cuando el párroco pasó a ver a la señora Perks, ella le contó todo lo ocurrido.

–¿Se trataba de amistad, verdad, señor? –dijo ella.

–Creo –dijo el párroco– que fue lo que a veces se llama amabilidad cariñosa.

Así que todo resultó bien al final. Pero si uno hace este tipo de cosas, debe tener el cuidado de hacerlo bien. Porque, tal y como dijo el señor Perks, cuando tuvo tiempo de meditar sobre ello, no es tanto lo que haces como la intención que tienes.



## EL SECRETO TERRIBLE

Al principio, cuando fueron a vivir a las Tres Chimeneas, los chicos hablaban mucho sobre su padre, y hacían muchas preguntas sobre él, sobre qué estaba haciendo y dónde estaba, y cuándo volvería a casa. Mamá siempre contestaba a estas preguntas lo mejor que podía. Pero según iba pasando el tiempo, empezaron a hablar cada vez menos de él. Bobbie había sentido casi desde el principio que por alguna razón extraña y triste estas preguntas le dolían a Mamá y la ponían triste. Y poco a poco, los otros también empezaron a tener esta sensación, aunque no hubieran podido ponerla en palabras.

Un día en que Mamá estaba trabajando tan duramente que no podía parar ni durante diez minutos, Bobbie le subió el té a la gran habitación vacía que llamaban el taller de Mamá. Casi no tenía muebles. Solo una mesa, una silla y una alfombra. Pero siempre había grandes macetas de flores en los alféizares y sobre la repisa de la chimenea. Los niños se ocupaban de ello. Y tras los tres largos ventanales sin cortinas se extendían el precioso prado y los páramos, el violeta lejano de las colinas y la invariable y cambiante combinación de nubes y cielo.

–Aquí tienes tu té, querida Mamá –dijo Bobbie–; bébetelo ahora que está caliente.

Mamá dejó su pluma entre los papeles extendidos por toda la mesa, páginas cubiertas con su escritura, que era casi tan clara como la de la imprenta y mucho más bonita. Se llevó las manos al cabello, como si fuera a sacárselo a puñados.

–Pobre cabecita –dijo Bobbie–, ¿te duele?

–No, sí, no mucho –dijo Mamá–. Bobbie, ¿piensas que Peter y Phil se están olvidando de Papá?

–No –dijo Bobbie, indignada–, ¿por qué?

–Ninguno de vosotros habla de él ahora.

Bobbie se apoyó primero sobre una pierna y luego sobre la otra.

–A menudo hablamos de él cuando estamos solos –dijo ella.

–Pero no a mí –dijo Mamá–. ¿Por qué?

A Bobbie no le resultó fácil explicar por qué.

–Yo, tú... –dijo, y se detuvo. Se acercó hasta la ventana y miró hacia fuera.

–Bobbie, ven aquí –dijo su madre, y Bobbie se acercó–. Bien –dijo Mamá rodeando a Bobbie con su brazo y apoyando su cabeza despeinada sobre su hombro–, intenta contármelo, cariño.

Bobbie se removió inquieta.

–Cuéntaselo a Mamá.

–Vale –dijo Bobbie–. Pensé que estabas tan triste por que Papá no estuviera aquí, que te hacía sentir peor cuando hablaba de él. Por eso paré de hacerlo.

–¿Y los otros?

–No sé qué ocurre con los otros –dijo Bobbie–. Nunca les comenté eso. Pero supongo que sentían lo mismo que yo.

–Bobbie, querida –dijo Mamá, todavía apoyando su cabeza sobre ella–. Te lo diré. Aparte del hecho de que Papá no esté, él y yo hemos tenido un gran disgusto. ¡Oh, terrible!, peor que nada que seas capaz de imaginar. Y al principio sí que me dolía escucharos hablar de él como si todo fuera exactamente igual. Pero sería mucho peor si lo olvidarais. Eso sería peor que cualquier cosa.

–El problema... –dijo Bobbie muy bajito–. Prometí que no te haría ninguna pregunta; y no la he hecho; ¿o sí? Pero, *el problema* no durará siempre, ¿verdad?

–No –dijo Mamá–, lo peor habrá pasado cuando Papá vuelva.

–Ojalá pudiera consolarte –dijo Bobbie.

–Oh, cariño, y ¿crees que no lo estás haciendo ya? ¿Qué haría yo sin ti y sin los otros? ¿Crees que no me he dado cuenta de lo buenos que habéis sido todos, no peleándoos tanto como solíais hacer, y de todas esas cositas amables que hacéis por mí: las flores, limpiar mis zapatos, y salir corriendo a hacer mi cama antes de que yo misma tenga tiempo de hacerla?

Bobbie se había preguntado si Mamá se daba cuenta de estas cosas.

–No es nada –dijo– para lo que...

–Debo seguir con mi trabajo –dijo Mamá dándole un último apretujón a Bobbie–. No le digas nada a los otros.

Esa noche, el rato de antes de acostarse, en lugar de leerles a los niños, Mamá les contó historias de los juegos que compartían ella y Papá cuando eran niños y eran vecinos en el campo: cuentos de las aventuras de Papá con los hermanos de Mamá cuando eran todos niños. Eran historias muy graciosas, y los niños se rieron al escucharlas.

–El tío Edward se murió antes de llegar a adulto, ¿verdad? –preguntó Phyllis mientras Mamá encendía las velas del dormitorio.

–Sí, cariño –dijo Mamá–. Lo hubierais adorado. Era tan valiente, y tan aventurero. Siempre haciendo alguna travesura, y a pesar de ello, amigo de todos. Y vuestro tío Reggie está en Ceilán, sí, y Papá también está fuera. Pero estoy segura de que a todos les gustaría pensar que nos gusta hablar de las cosas que solían hacer. ¿No creéis?

–No al tío Edward –dijo Phyllis con tono de sorpresa–, él está en el cielo.

–No os creáis que se ha olvidado de todos y de los viejos tiempos solo porque Dios se lo ha llevado, más de lo que yo lo he olvidado a él. Oh, no, se acuerda. Solo se ha marchado por un tiempo corto. Lo volveremos a ver algún día.

–¿Y a tío Reggie? ¿Y también a Papá? –dijo Peter.

–Sí –dijo Mamá–, también al tío Reggie y a Papá. Buenas noches, queridos.

–Buenas noches –dijeron todos.

Bobbie abrazó a su madre incluso más de lo normal, y le susurró en el oído:

–Oh, te quiero tanto, Mami, sí, tanto...

Cuando Bobbie meditaba sobre todo esto, intentaba no pensar en qué consistía el gran problema. Pero no siempre era capaz. Papá no estaba muerto (como el pobre tío Edward), Mamá lo había dicho. Y no estaba enfermo, o Mamá hubiera estado con él. Ser pobres no era el problema. Bobbie sabía que se trataba de algo más cercano al corazón de lo que podía estar el dinero.

–No debo intentar descubrir de qué se trata –se dijo a sí misma–; no, no debo. Estoy contenta de que Mamá se haya dado cuenta de que ya no nos peleamos tanto. Intentaremos seguir así.

Y resulta que esa misma tarde, ella y Peter tuvieron lo que Peter llamó «una bronca de primera categoría».

No llevaban ni un mes en las Tres Chimeneas cuando le preguntaron a Mamá si podían hacerse con un trozo de jardín para cada uno, a lo que ella accedió. Así que el lindero meridional bajo el melocotonero había sido dividido en tres parcelas en las que se les permitía plantar lo que quisieran.

Phylis había plantado reseda, capuchina y alhelí de Mahón en la suya. Las semillas germinaron y aunque parecían malas hierbas, Phyllis estaba convencida de que algún día florecerían. El alhelí de Mahón le dio la razón bastante pronto y el jardín estaba espléndido con una hilera de florecillas brillantes, rosas y blancas, y rojas y lilas.

–No puedo quitar las malas hierbas por miedo a arrancar lo que no es –solía decir tan tranquila–. Se ahorra uno tanto trabajo.

Peter plantó semillas de hortalizas en el suyo: zanahorias, cebollas y nabos. El granjero que vivía en la bonita casa blanca y negra de entramado de madera, más allá del puente, se las había dado. Criaba pavos y gallinas de Guinea y era un hombre de lo más amistoso. Pero las hortalizas de Peter no tenían muchas posibilidades de salir adelante porque le gustaba utilizar la tierra de su jardín para excavar canales y para hacer fuertes y terraplenes para sus soldados de juguete, y las semillas de las hortalizas raramente germinan en una tierra constantemente molestada por motivos de guerra e irrigación.

Bobbie plantó rosales en su jardín, pero todas las hojitas nuevas de los rosales se marchitaron y agostaron, quizá porque las trasladó desde la otra parte del jardín en mayo, que no es exactamente la mejor fecha del año para trasladar rosales. Pero no quería reconocer que estaban secas y albergaba esperanzas contra toda esperanza; hasta el día en que Perks vino a ver el jardín y le dijo con bastante llaneza que todas las rosas estaban requetemuertas.

–Solo sirven para alimentar las hogueras, señorita –le dijo–. Arránquelas y quémelas, y le daré raíces nuevas de mi jardín; pensamientos y alhelies, y minutisas y nomeolvides. Se las traeré mañana si prepara la tierra.

Así que al día siguiente se puso a trabajar, el día en que Mamá los había alabado, a ella y a los otros, por no pelearse. Arrancó los rosales y los trasladó al otro extremo del jardín, en donde estaba el montón de basura con la que tenían intención de hacer una hoguera cuando llegara el día del aniversario de la Conspiración de la Pólvora.

Mientras tanto, Peter había decidido aplastar todos sus fuertes y terraplenes con la idea

de hacer una maqueta que incluyese el túnel de la estación, el desfiladero, el embarcadero, el canal, el acueducto, los puentes, y todo lo demás.

Así que cuando Bobbie regresó de su último viaje espinoso con los arbustos de las rosas muertas, él había cogido el rastrillo y estaba muy ocupado utilizándolo.

–Yo tenía el rastrillo –dijo Bobbie.

–Sí, pero yo lo estoy usando ahora –dijo Peter.

–Pero yo lo tenía antes –dijo Bobbie.

–Entonces me toca a mí ahora –dijo Peter.

Y así fue como empezó la pelea.

–Siempre te pones desagradable por nada –dijo Peter después de una discusión acalorada.

–Yo tenía el rastrillo primero –dijo Bobbie, colorada y desafiante, agarrando el mango.

–¿No te dije esta mañana que tenía intención de utilizarlo? ¿Verdad, Phil?

Phyllis dijo que no quería que la mezclaran en sus peleas. E, instantáneamente, por supuesto, ya lo estaba.

–Si te acuerdas, deberías decirlo.

–Está claro que no se acuerda, pero a lo mejor dice que sí.

–Ojalá tuviera un hermano en lugar de dos hermanitas lloronas como vosotras –dijo Peter. Esto siempre se reconocía como el colmo de la rabia de Peter.

Bobbie respondió como siempre a eso.

–No sé para qué se inventaron los niños pequeños. –Y según lo decía, miró hacia arriba y vio los tres ventanales del taller de Mamá brillando bajo los rayos rojos del sol. La visión le hizo recordar las palabras de alabanza: «No os peleáis como antes»-. ¡Oh! –gritó Bobbie, como si justamente la hubieran golpeado, o se hubiera pillado el dedo en una puerta o hubiera empezado a sentir un espantoso y agudo dolor de muelas.

–¿Qué ocurre? –preguntó Phyllis.

Bobbie quería decir: «No empecemos a discutir. Mamá lo odia tanto»; pero aunque lo intentó con todas sus fuerzas, fue incapaz. Peter la miraba con aspecto desagradable e insultante.

–Toma entonces el horrible rastrillo. –Fue lo mejor que alcanzó a decir. Y de repente dejó de sujetar el mango. Peter también había estado sujetándolo firmemente, tirando de él, y ahora que de pronto Bobbie dejó de hacer fuerza por el otro extremo, se tambaleó y se cayó hacia atrás, los dientes del rastrillo entre sus pies.

–Te lo mereces –dijo Bobbie antes de que pudiera controlarse.

Peter se quedó quieto durante medio minuto, lo suficiente como para asustar a Bobbie un poco. Entonces su alarma aumentó porque Peter se sentó, chilló una vez, se puso bastante pálido, se volvió a echar y empezó a chillar de nuevo, flojo pero de manera continua. Sonaba exactamente como si estuvieran degollando a un cerdo un cuarto de milla más allá.

Mamá asomó la cabeza por la ventana y no había pasado medio minuto cuando estaba en el jardín arrodillada junto a Peter, que no paró de quejarse ni un instante.

–¿Qué ha pasado, Bobbie? –preguntó Mamá.

–Ha sido el rastrillo –dijo Phyllis–. Peter tiraba de él y también Bobbie, ella lo soltó y él se cayó hacia atrás.

–Deja de hacer ese ruido, Peter –dijo Mamá–. Venga. Para de una vez.

Peter hizo uso del último aliento que se había guardado con el último chillido y paró.

–Vamos a ver –dijo Mamá–, ¿te has hecho daño?

–Si de verdad se hubiera hecho daño no montaría ese pollo –dijo Bobbie, todavía temblando de furia–. ¡No es un cobarde!

–Creo que me he roto el pie, eso es todo –dijo Peter malhumorado, y se sentó. Entonces empalideció. Mamá le rodeó con el brazo.

–Se ha hecho daño –dijo–. Se ha desmayado. Bobbie, siéntate y sujeta su cabeza sobre tu regazo.

Entonces Mamá desató las botas de Peter. Cuando le quitaba la derecha, algo goteó de sus pies al suelo. Era sangre roja. Y cuando le quitaron el calcetín había tres heridas rojas en el pie y el tobillo de Peter, donde los dientes del rastrillo lo habían mordido, y tenía el pie cubierto de manchas rojas.

–Corre a por agua, a por una palangana –dijo Mamá, y Phyllis corrió. Con las prisas, se le cayó casi toda el agua de la palangana, y tuvo que traer más en una jarra.

Peter no volvió a abrir los ojos hasta que Mamá le ató su pañuelo en torno al pie, y ella y Bobbie lo hubieron trasladado dentro y acostado en la tumbona de madera marrón del comedor. Por entonces Phyllis ya estaba a mitad de camino de la casa del médico.

Mamá se sentó junto a Peter, le limpió el pie y le habló mientras Bobbie salía a preparar el té y a calentar la tetera.

«Es todo lo que puedo hacer», se dijo a sí misma. «Oh, imagina que Peter se muere, o se queda cojo de por vida, o tiene que andar con muletas o usar una bota con un alza como un pedazo de leña».

Se quedó junto a la puerta trasera reflexionando sobre estas oscuras posibilidades, con los ojos fijos en el aljibe.

–Ojalá nunca hubiera nacido –dijo, y lo dijo en alto.

–Pero, por Dios, ¿a qué viene eso? –preguntó una voz, y Perks se detuvo frente a ella con una cesta de madera llena de cosas con hojas verdes y tierra suave y suelta.

–Oh, es usted –dijo ella–. Peter se ha lastimado el pie con un rastrillo, tres grandes y profundas heridas, como las de los soldados. Y en parte fue por mi culpa.

–Que me encierren si es verdad –dijo Perks–. ¿Lo ha visto el médico?

–Phyllis ha ido a buscar al médico.

–Se pondrá bien, ya verás que sí –dijo Perks–. El primo segundo de mi padre se hirió con un bieldo, justo hasta las tripas, y se recuperó por completo en varias semanas; solo que se quedó un poco débil de la cabeza después, aunque dijeron que fue de una insolación en los campos del heno y no del rastrillo, en absoluto. Me acuerdo bien de él. Un tipo de buen corazón, aunque un poco blandito, por así decirlo.

Bobbie intentó animarse con este recuerdo cariñoso.

–Y bien –dijo Perks–, no querrán ser importunados con cuestiones de jardinería justo ahora, me atrevería a decir. Si me enseña dónde está su jardín, les plantaré lo que he

traído. Me quedaré por aquí, si me lo permiten, para ver al médico cuando salga y oír lo que dice. Anímese, señorita. Me apuesto una libra a que no se ha hecho una lesión de importancia.

Pero sí se había hecho daño. El médico vino, le echó un vistazo al pie, se lo vendó perfectamente y dijo que Peter no debería posarlo en el suelo durante al menos una semana.

–No se quedará cojo ni tendrá que usar muletas o un alza en su bota, ¿verdad? –susurró Bobbie sin aliento, junto a la puerta.

–¡Madre querida! ¡No! –dijo el doctor Forrest–. Estará tan ágil como siempre sobre sus patitas en un par de semanas. No te preocupes, pequeña Mamá Ganso.

Cuando Mamá salió a acompañar al médico hasta la verja para que le diera las últimas instrucciones y Phyllis se fue a rellenar la tetera, Peter y Bobbie se encontraron a solas.

–Dice que no te quedarás cojo ni nada por el estilo –le informó Bobbie.

–Pues claro que no, tonta –dijo Peter, de todos modos mucho más aliviado.

–Oh, Peter, lo siento de verdad –dijo Bobbie, después de una pausa.

–No pasa nada –dijo Peter de mal humor.

–Fue todo por mi culpa –dijo Bobbie.

–Tonterías –dijo Peter.

–Si no nos hubiéramos peleado, no habría ocurrido. Sabía que no estaba bien pelearse. Te lo quería decir, pero por algún motivo, no pude.

–No sigas –dijo Peter–. Yo no habría parado si lo hubieras dicho. Ni hablar. Y además, nuestra pelea no tuvo nada que ver con esto. Me podría haber atrapado el pie con el azadón, o haberme cortado los dedos con la máquina cortadora del forraje o volado las narices con los fuegos artificiales. Me habría hecho daño de cualquier manera, independientemente de si hubiéramos estado peleando o no.

–Pero yo sabía que estaba mal pelearse –dijo Bobbie en un mar de lágrimas–, y ahora estás herido y...

–Escucha –dijo Peter firmemente–, cállate de una vez. Si no tienes cuidado te convertirás en una mojigata insoportable de catequesis de domingo, eso te lo aseguro.

–No quiero ser una mojigata. Pero es tan difícil no serlo cuando de verdad estás intentando ser buena.

(Tal vez el apreciado lector haya sufrido de esta dificultad).

–No te creas –dijo Peter–, fue una suerte que no fueras tú quien se hizo daño. Me alegro de que fuera yo. ¡Hale! Si hubieras sido tú, estarías acostada en el sofá con aspecto de ángel sufriente, acaparando toda la ansiedad de la casa y todo eso. Y no lo hubiera soportado.

–No me hubiera puesto así –dijo Bobbie.

–Sí que te hubieras puesto así –dijo Peter.

–Te digo que no.

–Te digo que sí.

–Oh, niños –dijo la voz de Mamá en la puerta–. ¿Peleando de nuevo? ¿Ya?

–En realidad no estamos peleándonos –dijo Peter–. Ojalá no pensaras que nos

peleamos cada vez que no estamos de acuerdo.

Cuando Mamá volvió a salir, Bobbie saltó:

–Peter, siento de verdad que estés herido. Pero eres un antipático al decir que soy una mojigata.

–Vale –dijo Peter inesperadamente–, a lo mejor lo soy. No has dicho que yo sea un cobarde, ni siquiera cuando estabas tan irritada. Lo único que te digo es que... no seas una mojigata, eso es todo. Ten los ojos abiertos y si sientes que la mojigatería se aproxima, para a tiempo. ¿Entiendes?

–Sí –dijo Bobbie–. Ya veo.

–Entonces llamémoslo Pax –dijo Peter magnánimamente–. Entierra el hacha en la profundidad del pasado. Vamos a darnos la mano. Bobbie, vieja amiga, estoy cansado.

Estuvo cansado durante días, y el banco se hacía duro e incómodo a pesar de los almohadones y los cabezales y las suaves mantas dobladas. Era terrible no poder salir. Desplazaron el banco hasta la ventana, desde donde Peter podía ver el humo de los trenes ensortijándose a través del valle. Pero no podía ver los trenes.

Al principio a Bobbie le resultó bastante duro tratarle tan bien como quería, por miedo a que pensase que era una mojigata. Pero eso pasó pronto y las dos, ella y Phyllis, se comportaron como dos chicas estupendas, según dijo él. Mamá se sentaba con él cuando las hermanas no estaban. Y las palabras «no es un cobarde» hicieron que Peter se decidiera a no protestar por el dolor del pie, aunque le molestaba bastante, sobre todo por las noches.

Algunas veces, las alabanzas ayudan mucho a la gente.

También tuvieron visitas. La señora Perks vino a preguntar cómo se encontraba, y lo mismo hicieron el jefe de la estación y varias personas del pueblo. Pero el tiempo pasaba despacio, muy despacio.

–Me gustaría tener algo que leer –dijo Peter–; he leído ya todos nuestros libros unas cincuenta veces.

–Voy a la casa del médico –dijo Phyllis–, seguro que tiene alguno.

–Solo sobre cómo estar enfermo y sobre las desagradables entrañas de la gente –dijo Peter.

–Perks tiene toda una pila de revistas de los pasajeros que se cansan de ellas –dijo Bobbie–. Voy a bajar a preguntarle.

Así que las niñas salieron cada una en una dirección.

Bobbie se encontró a Perks ocupado en limpiar lámparas.

–¿Y cómo se encuentra el jovencito? –dijo.

–Mejor, gracias –dijo Bobbie–. Pero está terriblemente aburrido. Vine a preguntarle si tiene alguna revista que le pudiese prestar.

–Pues veamos... –dijo Perks con pesar, mientras se frotaba la oreja con un trozo desechado de algodón negro y aceitoso–. ¿Cómo no se me ocurrió eso? Esta misma mañana estaba intentando dar con algo que lo entretuviera y no se me ocurrió nada mejor que una cobaya. Y un joven que conozco se la va a llevar a la hora de la merienda.

–¡Qué bien! ¡Una cobaya de verdad! Estará encantado. Pero también le gustarán las revistas.

–Precisamente –dijo Perks– acabo de enviarle el montón al chico de Snigson que se está recuperando de una neumonía. Pero me queda una montaña de periódicos ilustrados.

Se giró hacia los periódicos apilados en un rincón y cogió un fajo de quince centímetros de ancho.

–Aquí tiene –dijo–. Les pondré alrededor un cordel y un poco de papel.

Sacó un viejo periódico del montón, lo extendió sobre la mesa e hizo un paquete compacto.

–Aquí tiene –dijo–. Hay un sinfín de dibujos, y si quiere guarrearlos con sus pinturas o con sus tizas de colores o con lo que sea, déjelo. No los quiero.

–Es usted un cielo –dijo Bobbie. Tomó el paquete y se puso en marcha.

Los periódicos pesaban, y cuando tuvo que esperar en el paso a nivel a que cruzara el tren, posó el paquete encima de la verja. Al hacerlo echó un vistazo a las letras impresas del periódico con que estaba envuelto el paquete.

Y entonces agarró el paquete con más fuerza y dobló la cabeza sobre él. Era como un sueño terrible. Siguió leyendo (el final de la columna estaba arrancado), hasta que no pudo más.

Nunca recordó cómo llegó hasta casa. Pero se metió en su habitación de puntillas y cerró la puerta con llave. Entonces deshizo el paquete y leyó de nuevo la columna impresa, sentada al borde de la cama, con las manos y los pies como témpanos y la cara ardiendo. Cuando leyó todo lo que había, exhaló un suspiro largo e intranquilo.

–Pues ahora ya lo sé –dijo.

Lo que acababa de leer estaba encabezado con el titular: «Fin del juicio. Veredicto. Sentencia».

El nombre del señor que había sido juzgado era el de su padre. El veredicto era: «Culpable». Y la pena: «Cinco años de servicios penitenciarios».

–Oh, Papá –susurró arrugando el periódico con fuerza–. No es verdad. No me lo creo. No lo has hecho. ¡Nunca, nunca, nunca!

Llamaron a la puerta.

–¿Qué pasa? –dijo Bobbie.

–Soy yo –dijo la voz de Phyllis–, el té está listo y un chico le ha traído a Peter una cobaya. Vente para abajo.

Y Bobbie tuvo que hacerlo.

## EL SABUESO CON EL JERSEY ROJO

Ahora Bobbie conocía el secreto. La página de un viejo periódico que envolvía un paquete (solo una pequeña casualidad) se lo había desvelado. Y tenía que bajar a merendar haciendo como si no ocurriera nada. Lo hizo con valentía, pero no tuvo mucho éxito.

Porque cuando entró, todo el mundo levantó la cabeza de la taza de té y vio los párpados rosados y su cara pálida con manchurroneos rojos de haber llorado.

–¡Cariño! –exclamó Mamá saltando desde la bandeja del té–, pero ¿qué diablos te ocurre?

–Me duele bastante la cabeza –dijo Bobbie. Y era verdad.

–¿Ha pasado algo malo? –preguntó Mamá.

–De verdad que estoy bien –dijo Bobbie, y desde sus ojos hinchados telegrafió a su madre este mensaje breve e implorante: «¡No delante de los demás!».

La merienda no resultó muy alegre. Peter estaba tan disgustado con el hecho obvio de que algo horrible le había ocurrido a Bobbie que se limitaba a decir «Más pan y mantequilla, por favor», a intervalos llamativamente cortos. Phyllis acarició la mano de su hermana bajo la mesa para expresarle su afecto, pero derramó la taza al hacerlo. El ir a buscar un trapo para limpiar la leche derramada ayudó un poco a Bobbie. Pero pensó que la merienda jamás se acabaría. Finalmente se acabó, y cuando Mamá retiró la bandeja, Bobbie la siguió.

–Ha subido a confesar –le dijo Phyllis a Peter–. Me pregunto qué habrá hecho.

–Seguro que ha roto algo –dijo Peter–. Pero no tiene que ponerse tan tonta por eso. Mamá nunca regaña por los accidentes. ¡Escucha! Sí, están subiendo. Está llevando a Mamá arriba para mostrárselo, seguro que se trata del jarrón con cigüeñas.

En la cocina Bobbie había cogido la mano de Mamá tras dejar las cosas de la merienda.

–¿Qué pasa? –preguntó Mamá.

Pero Bobbie solo dijo:

–Vamos arriba. Sube donde nadie pueda oírnos.

Una vez tuvo a Mamá sola en su habitación, cerró la puerta con llave y luego se quedó muy quieta y sin palabras.

Durante toda la merienda había estado pensando en qué decir; había decidido que «Lo sé todo» o «Ya conozco la verdad» o «El terrible secreto ya no es secreto» sería lo adecuado. Pero ahora que estaba sola con Mamá en el cuarto, con esa horrible página de

periódico, se encontró con que era incapaz de hablar.

De repente fue hasta Mamá, la abrazó y comenzó a llorar. Y aun así, era incapaz de dar con las palabras, solo: «¡Oh, Mami, oh, Mami, oh, Mami!», una y otra vez.

Mamá la abrazó fuerte y esperó.

De pronto Bobbie se separó de ella y fue hasta su cama. De debajo del colchón sacó la página que había escondido, y se la mostró a su madre señalando el nombre de su padre con un dedo tembloroso.

–Oh, Bobbie –dijo Mamá, una vez que había descubierto de qué se trataba con una hojeada rápida–. ¿No lo crees, verdad? ¿Crees que Papá lo hizo?

–No –Bobbie casi gritaba. Había parado de llorar.

–No pasa nada –dijo Mamá–. No es verdad. Lo han metido en la cárcel, pero no ha hecho nada malo. Es bueno, noble y honesto, y nos pertenece. Tenemos que pensar en eso, sentirnos orgullosos y esperar.

De nuevo Bobbie se abrazó a su madre, y de nuevo una única palabra le vino a la cabeza, pero ahora esa palabra era «Papaíto» y «¡oh, Papaíto, oh, Papá, oh, Papaíto!». Una y otra vez.

–¿Por qué no me lo contaste, Mami? –preguntó a continuación.

–¿Se lo vas a contar a los otros? –preguntó Mamá.

–No.

–¿Por qué?

–Porque...

–Exacto –dijo Mamá–, así que entiendes por qué no te lo conté. Las dos debemos ayudarnos a ser valientes.

–Sí –dijo Bobbie–. Mamá, ¿te sentirías peor si me cuentas todo? Quiero entenderlo.

Y de esta manera, acurrucada junto a su madre, Bobbie escuchó «toda la historia». Supo cómo esos hombres, que habían pedido ver a su padre en esa última y recordada noche, cuando estaban reparando la locomotora, habían venido a arrestarlo, acusándolo de haber vendido secretos de Estado a los rusos, por ser, de hecho, un espía y un traidor. Ella escuchó las cosas referentes al juicio, y a las pruebas: cartas encontradas en el despacho de Papá, cartas que convencieron al jurado de que era culpable.

–Oh, pero cómo pueden mirarlo a la cara y creérselo –gritó Bobbie–. ¡Y cómo puede nadie hacer semejante cosa!

–Alguien lo hizo –dijo Mamá–. Y todas las pruebas estaban en contra de Papá. Esas cartas...

–Sí. ¿Cómo llegaron esas cartas al escritorio de Papá?

–Alguien las puso ahí. Y la persona que las puso es el verdadero culpable.

–Debe de haberse sentido muy mal durante todo este tiempo –dijo Bobbie, pensativa.

–No creo que tenga sentimientos –dijo Mamá acaloradamente–; si los tuviera, no hubiera hecho una cosa así.

–A lo mejor quiso esconder la cartas en su mesa cuando pensó que lo iban a pillar. ¿Por qué no le dices a los abogados, o a quien sea, que debe de haber sido esa persona? No había nadie que quisiese hacer daño a Papá a propósito, ¿verdad?

–No lo sé, no lo sé. La persona que estaba por debajo de él, el que consiguió su puesto cuando... cuando pasó esta cosa horrible, siempre envidió a tu padre; porque Papá era muy inteligente y todo el mundo lo tenía en gran consideración. Y a Papá ese hombre nunca le inspiró confianza.

–¿Y no podríamos explicarle eso a alguien?

–Nadie nos escucharía –dijo Mamá, muy amargamente–; nadie en absoluto. ¿Crees que no lo he intentado todo? No, cariño mío, no se puede hacer nada. Todo lo que podemos hacer, tú, yo y Papá, es ser valientes y tener paciencia, y –esto lo dijo muy suavemente– rezar, Bobbie, querida.

–Mamá, has adelgazado mucho –dijo Bobbie de pronto.

–Un poco, quizá.

–Y, ¡oh! –dijo Bobbie–, de verdad creo que eres la persona más valiente del mundo, además de la mejor.

–No hablaremos de esto más, ¿de acuerdo, cariño? –dijo Mamá–. Tenemos que sobrellevarlo y ser valientes. Es mucho más fácil para mí si puedes sentirte mínimamente feliz y disfrutar de las cosas. Lava tu pobre carita redonda y vamos afuera al jardín un rato.

Los otros dos estuvieron muy suaves y amables con Bobbie. Y no le preguntaron qué le pasaba. Esto fue idea de Peter, que había dado instrucciones a Phyllis, quien le habría hecho cien preguntas si se la hubiera dejado sola.

Una semana después Bobbie se las apañó para quedarse sola. Y una vez más, escribió una carta. Y una vez más, iba dirigida al Señor Mayor. Decía:

Mi querido amigo, podrá usted ver lo que dice este periódico. No es verdad. Papá nunca lo hizo. Mamá dice que alguien le puso unos papeles en su despacho, y dice que su subordinado, que luego obtuvo el puesto de Papá, tenía envidia de Papá, y Papá sospechaba de él desde hacía tiempo. Pero nadie le escucha, y usted es tan bueno e inteligente, y usted averiguó por sí mismo el paradero de la mujer del ruso. ¿Podría usted averiguar quién es el traidor?, porque le doy mi palabra de que no fue mi padre. Es un caballero inglés, incapaz de hacer semejante cosa, y entonces lo dejarán salir de prisión. Es horrible y Mamá se está quedando tan delgada. Una vez nos dijo que rezáramos por todos los prisioneros y cautivos. Ahora lo entiendo. Oh, ayúdeme, ahora solo estamos Mamá y yo, y no podemos hacer nada. Peter y Phil no lo saben. Rezaré por usted dos veces al día mientras viva si intenta, solo intenta, averiguar algo. Imagine lo que sentiría si se tratara de su papá. Oh, por favor, ayúdeme.

Con cariño, su querida amiguita.

Roberta.

P. D.: Mamá enviaría sus recuerdos si supiera que le estoy escribiendo, pero no sirve de nada que lo haga, por si acaso usted no puede hacer nada. Pero sé que lo hará. Bobbie, con los mejores deseos.

Recortó el relato del juicio de su padre del periódico con las grandes tijeras de Mamá y lo metió en el sobre con la carta.

Entonces la bajó a la estación, saliendo por la puerta trasera y bordeando la carretera para que los otros no la vieran y se ofrecieran a acompañarla, y le entregó la carta al jefe de la estación para que se la diese al Señor Mayor a la mañana siguiente.

–¿Dónde has estado? –gritó Peter desde lo alto del muro del patio, sobre el que estaban él y Phyllis.

–En la estación, por supuesto –dijo Bobbie–. Dame una mano, Pete.

Situó el pie en la cerradura de la puerta del patio. Peter le tendió una mano.

–¿Qué ha pasado? –preguntó al llegar a lo alto del muro, al ver que Phyllis y Peter estaban recubiertos de barro. Un pedazo de arcilla mojada yacía entre los dos sobre el muro, cada uno de ellos tenía un trozo de teja en la mano muy sucia, y detrás de Peter, fuera de peligro, había varios objetos extraños y redondos como grandes salchichas, huecos pero cerrados por un extremo.

–Son nidos –dijo Peter–, nidos de golondrina. Vamos a secarlos en el horno y a colgarlos con una cuerda debajo de los aleros de la cochera.

–Sí –dijo Phyllis–. Y luego vamos a guardar toda la lana y el pelo que podamos y en la primavera, los colocaremos en fila, y entonces, qué contentas se pondrán las golondrinas.

–Siempre he pensado que la gente no hace lo suficiente por los animales mudos –dijo Peter con un aire de virtuosismo–. Creo que a la gente se le podría haber ocurrido antes hacer nidos para las pobres golondrinitas.

–Oh –dijo Bobbie por decir–, si todos pensaran en todo, no quedaría nada en qué pensar.

–Mira los nidos, ¿verdad que son bonitos? –dijo Phyllis, cruzándose por delante de Peter para coger uno.

–Ten cuidado, Phil, chorlito –dijo su hermano.

Pero era ya demasiado tarde; sus dedos fuertes ya habían espachurrado el nido.

–Ya te lo has cargado –dijo Peter.

–No importa –dijo Bobbie.

–Es uno de los míos –dijo Phyllis–, así que no tienes por qué quejarte, Pete. Sí, hemos puesto nuestras iniciales en los que hemos hecho cada uno para que las golondrinas sepan a quién le tienen que estar agradecidos y a quién tienen que querer.

–Las golondrinas no saben leer, tonta –dijo Peter.

–Tonto lo serás tú –contestó Phyllis–. ¿Y cómo lo sabes?

–¿De quién fue la idea de hacer los nidos, de todas formas? –gritó Peter.

–Mía –gritó Phyllis.

–Sí, ya... –replicó Peter–. A ti solo se te ocurrió hacer unos de paja y ponerlos en la hiedra para los gorriones, y hubieran estado empapados mucho antes de que fuera el momento de poner los huevos. Fui yo el que mencionó la arcilla y las golondrinas.

–Me da igual lo que dijeras.

–Mirad –dijo Bobbie–, he recompuesto el nido. Dame el trozo de palo para marcar las iniciales de tu nombre. Pero ¿cómo vais a hacerlo? Tu letra y la de Peter son la misma. P por Peter y P por Phyllis.

–He puesto F. por Phyllis –dijo la niña–. Así es como suena. Las golondrinas no escribirían Phyllis con una P, de eso estoy segura.

–No saben escribir nada –volvió a insistir Peter.

–Entonces, ¿por qué se ven siempre en las tarjetas de Navidad y del día de San

Valentín con letras alrededor del cuello? ¿Cómo sabrían dónde ir si no supieran leer?

–Eso es solo en los dibujos. Nunca has visto en la realidad una de ellas con letras alrededor del cuello.

–Pues yo sí, una paloma; al menos Papá me dijo que hacían eso. Solo que era debajo del ala y no alrededor del cuello, pero viene a ser lo mismo y...

–Oye –interrumpió Bobbie–, que mañana celebran una caza del papel.

–¿Quién? –preguntó Peter.

–Escuela secundaria. Perks piensa que la liebre saldrá por las vías en primer lugar. Podemos ir por el desfiladero. Se puede ver a mucha distancia desde ahí.

La caza del papel acabó siendo un tema de conversación más entretenido que las habilidades lectoras de las golondrinas. Bobbie así lo había pensado. Y a la mañana siguiente, Mamá les dejó llevar la comida y pasar el día fuera para ver la caza del papel.

–Si vamos al desfiladero –dijo Peter–, veremos a los trabajadores, aunque nos perdamos la caza del papel.

Como es lógico, había llevado un tiempo despejar la vía de las rocas, la tierra y los árboles que habían caído encima cuando tuvo lugar el gran corrimiento de tierras. Eso ocurrió, como recordaréis, cuando los tres niños, agitando seis banderitas de enaguas de franela roja, impidieron que el tren quedara destrozado. Era entretenido ver cómo trabajaba la gente, especialmente cuando lo hacía con instrumentos tan interesantes como palas, picos, herramientas, tablones y carretillas, cuando mantenían hogueras de cenizas rojizas en recipientes metálicos con agujeros redondos, y lámparas rojas colgando junto a las obras por la noche. Por supuesto que los chicos nunca estaban fuera por la noche; pero una vez, al anoecer, cuando Peter salió desde el tragaluz al tejado, vio la luz roja brillando a lo lejos en la esquina del desfiladero. Los chicos habían bajado muchas veces para observar las obras, y ese día, el interés por los picos y las palas, las excavadoras y las carretillas rodando por los tablones consiguió quitarles por completo de la cabeza la caza del papel, de modo que casi habían saltado cuando una voz detrás de ellos jadeó: «Dejadme pasar, por favor». Era la liebre: un niño de huesos grandes y articulaciones sueltas, con pelo oscuro y liso cayéndole sobre la frente húmeda. Llevaba la bolsa con los pedazos de papel bajo el brazo, atada a un hombro con una correa. Los chicos se echaron hacia atrás. La liebre corrió a lo largo de la vía, mientras los trabajadores se apoyaban en sus picos observándolo. Corrió rápidamente y desapareció por la boca del túnel.

–Eso va en contra de las ordenanzas municipales –dijo el maestro de obras.

–¿Por qué preocuparse? –dijo el hombre mayor–. Vive y deja vivir, eso lo que siempre digo. ¿Es que nunca ha sido joven, señor Bates?

–Tengo que dar parte –dijo el jefe de obras.

–Por qué estropear la diversión, eso es lo que siempre digo.

–Está prohibido que los pasajeros crucen la vía bajo ningún concepto –murmuró el jefe de obras, lleno de dudas.

–No es un pasajero –dijo uno de los trabajadores.

–Tampoco ha cruzado la línea, al menos no por donde lo hayamos podido ver –dijo

otro.

–Ni bajo ningún concepto –dijo un tercero.

–Y ahora está fuera de la vista –añadió el mayor de los trabajadores–. Ojos que no ven, corazón que no siente, es lo que siempre digo.

Y enseguida, siguiendo el recorrido de la liebre por los trocitos de papel esparcido, vinieron los perros de caza. Había treinta, y todos bajaron los peldaños de la pronunciada escalerilla, de uno en uno, de dos en dos, de tres en tres, de seis en seis y de siete en siete. Bobbie y Phyllis y Peter los contaron al pasar. Los que iban en cabeza dudaron un poco al pie de la escalera, hasta que sus ojos vieron los reflejos blancos esparcidos a lo largo de la línea y se giraron en dirección al túnel, y, de uno en uno, de dos en dos, de tres en tres, de seis en seis y de siete de siete en siete, desaparecieron por su oscura boca. El último, con un jersey rojo, parecía haber sido devorado por la oscuridad como una vela que se apaga.

–No saben dónde entran –dijo el jefe de obra–. No es tan fácil correr en la oscuridad. El túnel tiene dos o tres curvas.

–¿Cree que les llevará mucho tiempo atravesarlo? –preguntó Peter.

–No me extrañaría que una hora o más.

–Entonces atajemos por arriba para verlos salir por la otra punta –dijo Peter–; llegaremos ahí bastante antes que ellos. –La propuesta parecía sensata, así que se marcharon.

Escalaron los peldaños pronunciados en donde habían cogido la flor silvestre de cerezo para la tumba del conejito y, una vez alcanzada la cima del desfiladero, dirigieron sus rostros hacia la colina que albergaba el túnel. Fue duro.

–Es como los Alpes –dijo Bobbie, sin aliento.

–O los Andes –repuso Peter.

–Es como el Hima... ¿cómo era? –jadeó Phyllis–. El Monte que Nunca se Acaba. Vamos a parar.

–Sigue –jadeó Peter–. Llegarás al segundo soplo en un minuto.

Phyllis le hizo caso, así que siguieron, corriendo cuando el terreno era liso y la cuesta fácil de subir, escalando sobre las piedras, apoyándose en las ramas de los árboles para trepar por las rocas, colándose por ranuras estrechas entre los troncos y las rocas, y así sucesivamente; siguieron subiendo más y más, hasta que llegaron a lo más alto de la colina en donde tan a menudo habían deseado estar.

–¡Deteneos! –gritó Peter, y se lanzó en plancha sobre la hierba. Porque el punto más alto de la colina era una extensión plana de césped, salpicada de rocas recubiertas de musgo y pequeños serbales.

Las niñas también se tiraron en plancha.

–Tenemos mucho tiempo –jadeó Peter–, el resto es todo cuesta abajo.

Una vez que hubieron descansado lo suficiente como para sentarse y mirar a su alrededor, Bobbie gritó:

–¡Oh, mira!

–¿El qué? –dijo Phyllis.

–La vista –dijo Bobbie.

–Odio las vistas –dijo Phyllis–. ¿Tú no, Peter?

–Vamos a seguir –dijo Peter.

–Pero esto no es como una vista a la que te llevan en coche cuando estás en la costa, con mar y arena y colinas peladas. Es como los «condados colorados» de uno de los libros de poesía de Mamá.

–No es tan polvoriento –dijo Peter–; mirad el acueducto, recorriendo el valle a horcajadas como un ciempiés gigante, y las agujas de las iglesias de los pueblos despuntando entre los árboles como plumas de un tintero. Creo que es más como: «Ahí podíamos ver las pancartas brillar / De doce bellas ciudades».

–Me encanta –dijo Bobbie–, merece la escalada.

–La caza del papel sí que merece la escalada –dijo Phyllis–; si no lo perdemos. Sigamos. Ahora es todo cuesta abajo.

–Ya lo dije yo hace veinte minutos –dijo Peter.

–Bueno, pues ahora lo he dicho yo –dijo Phyllis–. Sigamos.

–Montón de tiempo –dijo Peter.

Y así era. Porque cuando llegaron al nivel de la cima de la boca del túnel, estaban un par de cientos de metros más allá de lo que habían calculado, y tuvieron que arrastrarse a lo largo de la ladera de la colina; pero ya no había rastro ni de la liebre ni de los perros de caza.

–Se han marchado hace mucho, por supuesto –dijo Phyllis mientras se asomaban al parapeto de ladrillo sobre el túnel.

–No creo –dijo Bobbie–. Pero incluso si así fuera, es divertido estar aquí: veremos a los trenes salir del túnel como dragones de sus guaridas. Nunca antes los habíamos visto desde la parte de arriba.

–Es verdad –dijo Phyllis, no del todo satisfecha.

Era ciertamente un sitio de lo más emocionante en el que estar. La parte de arriba del túnel parecía incluso mucho más alejada de las vías de lo que se habían imaginado, y era como encontrarse sobre un puente, pero un puente por el que asomaban arbustos, enredaderas, hierba y flores silvestres.

–Sabía que la caza del papel había terminado hacía tiempo –decía Phyllis cada dos minutos; y casi no sabía si estaba contenta o decepcionada cuando Peter, asomado sobre el parapeto, gritó de repente:

–¡Mirad! ¡Aquí viene!

Se asomaron todos sobre el muro de ladrillos calentado por el sol justo a tiempo para ver cómo la liebre, que avanzaba muy despacio, salía de la sombra del túnel.

–¿Veis? –dijo Peter–, ¿qué os dije? ¡Ahora los perros de caza!

A continuación vinieron los perros de caza (de uno, dos, tres, seis y siete en siete), que también avanzaban despacio y parecían muy cansados. Dos o tres que iban rezagados salieron bastante después que los otros.

–Ya está –dijo Bobbie–, esto es todo. Y ahora, ¿qué hacemos?

–Avanzar hasta el bosque denso y oscuro de ahí y comer –dijo Phyllis–; podemos

verlos durante millas desde ahí arriba.

–Todavía no –dijo Peter–. Ese no es el último. Todavía tiene que llegar el del jersey rojo. Vamos a esperar a que salga el último.

Pero aunque esperaron y esperaron y esperaron, el muchacho del jersey rojo no apareció.

–Oh, vamos a almorzar –dijo Phyllis–, tengo retortijones de hambre. Os habréis despistado y el del jersey rojo salió con los otros.

Pero Bobbie y Peter estaban de acuerdo en que no había salido con los otros.

–Bajemos a la boca del túnel –dijo Peter–, a lo mejor desde allí lo vemos salir. Supongo que se cansó, y que se ha quedado descansando en uno de los registros de la alcantarilla. Tú quédate ahí arriba y observa, Bob, y cuando te haga una señal desde abajo, baja. Podríamos perderlo de vista al bajar con todos estos árboles.

Así que los otros descendieron y Bobbie esperó a que le hicieran alguna señal desde la vía descendente. Y entonces ella también se precipitó cuesta abajo por el camino escurridizo y tortuoso, entre raíces y musgo, hasta que pasó entre dos cerezos silvestres y se unió a los otros en la vía. Aun así, no había señal alguna del sabueso con el jersey rojo.

–Oh, vamos a almorzar –se lamentó Phyllis–, me moriré si no lo hacéis, y entonces lo lamentaréis.

–Dale sus sándwiches, por el amor de Dios, y haz que cierre el pico –dijo Peter en un tono no demasiado amigable–. Escucha –añadió, girándose hacia Bobbie–, a lo mejor también deberíamos comer uno cada uno. Tal vez necesitemos toda nuestra energía. Pero no más de uno. No hay tiempo.

–¿Para qué? –preguntó Bobbie con la boca ya llena, porque tenía tanta hambre como Phyllis.

–¿No lo veis? –contestó Peter de manera grandilocuente–. Ese sabueso que lleva el jersey rojo ha tenido un accidente, eso es lo que ha ocurrido. A lo mejor, incluso mientras hablamos está acostado con la cabeza sobre las vías; un blanco irresistible ante cualquier expreso que pase...

–Oh, no hables como si fueras un libro –chilló Bobbie engullendo lo que le quedaba del sándwich–. Vamos. Phil, pégate a mí por detrás. Si viene un tren, mantente recta contra la pared del túnel y sujétate las enaguas.

–Dame otro sándwich –suplicó Phyllis–, y lo haré.

–Yo voy primero –dijo Peter–, fue idea mía. –Y se fue.

Seguro que sabéis lo que supone entrar en un túnel. La locomotora emite un rugido y de repente el traqueteo del tren en marcha cambia y se vuelve distinto y mucho más audible. Los adultos suben las ventanillas y las sujetan con las correas. El vagón de pronto se oscurece como la noche –con lámparas, por supuesto, a menos que estés en un tren comarcal lento, en cuyo caso no siempre hay lámparas–. Entonces, poco a poco, la oscuridad exterior tras la ventana del vagón se entremezcla con ráfagas de nubes blanquecinas, ves una luz azul en las paredes del túnel, y de repente el sonido del tren en marcha cambia una vez más y te encuentras de nuevo al aire libre, y los mayores sueltan

las correas. Las ventanillas, empañadas con el resuello amarillo del túnel, traquetean y descienden otra vez, y vuelves a ver el sube y baja de los cables del telégrafo junto a la vía, y los arbustos de espino perfectamente recortados contra los arbolitos que despuntan cada treinta metros.

Todo esto, por supuesto, es lo que supone un túnel cuando estás dentro de un tren. Pero todo es muy distinto cuando entras en un túnel a pie, y pisas sobre piedras movedizas y resbalan, y sobre gravilla, en un camino que desciende en curva desde las vías resplandecientes hasta la pared. Entonces ves las gotas de agua viscosas y rezumantes deslizándose por el interior del túnel, y adviertes que los ladrillos no son ni rojos ni marrones, como cuando están en la boca del túnel, sino de un color apagado, pegajosos, de un verde enfermizo. Tu voz, al hablar, suena completamente distinta a cuando estás fuera, al aire libre, y pasa mucho tiempo antes de que el túnel se oscurezca.

No estaba totalmente oscuro dentro del túnel cuando Phyllis se agarró de la falda de Bobbie, desgarrando medio metro del fruncido; aunque nadie se dio cuenta de eso en el momento.

–Quiero volver –dijo–. No me gusta. Se pondrá oscuro como la boca del lobo en un minuto. No pienso ir a oscuras. No me importa lo que digáis, no pienso hacerlo.

–No seas tontita –dijo Peter–; tengo una vela y cerillas, así que... ¿Qué es eso?

Eso era un zumbido grave procedente de la vía del ferrocarril, un retumbar de cables junto a ella, un ronroneo sordo que crecía y crecía según escuchaban.

–¿Es un tren? –dijo Bobbie.

–¿Qué línea?

–Déjame retroceder –gritó Phyllis, luchando por deshacerse de la mano con que Bobbie la sujetaba.

–No seas cobarde –dijo Bobbie–. Es completamente seguro. Apártate.

–¡Venga! –gritó Peter, que estaba varios metros por delante–. ¡Rápido! ¡Boca de alcantarilla!

El rugido del tren que se aproximaba era ahora más fuerte que el sonido que se escucha cuando tienes la cabeza bajo el agua en el baño y sale agua de ambos grifos, mientras golpeas con los talones contra las paredes de la bañera. Pero Peter había gritado como un energúmeno, y Bobbie lo había oído. Arrastró a Phyllis hasta la boca de la alcantarilla. Phyllis, por supuesto, se tropezó con los cables y se raspó ambas piernas. Pero consiguieron arrastrarla hasta dentro, y los tres esperaron en el hueco arqueado, oscuro y húmedo, mientras el tren rugía más y más alto. Parecía que les iba a dejar sordos. Y en la distancia, podían vislumbrar sus ojos de fuego, a cada instante más grandes y brillantes.

–Es un dragón... Siempre supe que lo era... ¡Va tomando forma aquí, en la oscuridad! –gritó Phyllis. Pero nadie la oyó. Y es que el tren también estaba gritando, y su voz era más potente que la de ella.

Y entonces, con un soplo de aire, y un rugido, y un traqueteo, y un largo fognazo deslumbrante procedente de las luces encendidas del compartimento, un olor a humo, y una ráfaga de aire caliente, el tren pasó a toda velocidad, repicando y tintineando y

haciendo eco en el techo abovedado del túnel. Phyllis y Bobbie se agarraron entre sí. Incluso Peter se sujetó del brazo de Bobbie. «Por si acaso tenía miedo», como explicó más tarde.

Y entonces, más despacio y gradualmente, las luces de la cola fueron disminuyendo, al igual que el ruido, hasta que con un último zumbido el tren salió del túnel y el silencio volvió a instalarse en sus paredes húmedas y en su techo chorreante.

–¡Oh! –dijeron los niños, todos juntos en un susurro.

Peter estaba encendiendo el cabo de la vela con una mano temblorosa.

–Venga –dijo, pero tuvo que aclararse la garganta antes de poder hablar con su voz natural.

–¡Oh! –dijo Phyllis–, ¡si el del jersey rojo estaba por donde pasó el tren!

–Tenemos que ir a ver –dijo Peter.

–¿No podríamos enviar a alguien de la estación? –preguntó Phyllis.

–¿Preferirías esperar aquí por nosotros? –dijo Bobbie con tono severo; cosa que, por supuesto, zanjó la cuestión.

Así que los tres se adentraron en la zona más oscura del túnel. Peter encabezaba el grupo, sujetando en alto el cabo de la vela para alumbrar el camino. La cera comenzó a descender por sus dedos, y parte de ella se metió por debajo de su manga. Esa noche, al irse a dormir, descubrió un buen pegote que iba desde la muñeca hasta el codo.

No habían avanzado más de ciento cincuenta metros desde el punto en el que se habían detenido mientras el tren pasaba cuando Peter se quedó quieto, chilló «Hoooola» y empezó a avanzar mucho más rápido que antes. Cuando los demás lo alcanzaron, se detuvo. Lo hizo a un metro de lo que habían venido a buscar al entrar en el túnel. Phyllis vio un destello rojo y apretó los ojos. Ahí, junto a la curva de la vía descendente repleta de guijarros, estaba el sabueso con el jersey rojo.

Tenía la espalda apoyada contra la pared, los brazos le colgaban sin fuerza a los lados y tenía los ojos cerrados.

–¿Lo rojo era sangre? ¿Está completamente muerto? –preguntó Phyllis apretando aún más los párpados.

–¿Muerto? ¡Tonterías! –dijo Peter–. No tiene nada rojo que no sea el jersey. Solo se ha desmayado. ¿Qué diablos vamos a hacer?

–¿Podemos moverlo? –preguntó Bobbie.

–No lo sé, es un tipo grande.

–Supón que le mojamos la frente con agua. No, ya sé que no tenemos, pero la leche también servirá. Hay una botella entera.

–Sí –dijo Peter–. Y creo que frotan las manos de la gente.

–Yo sé que queman plumas –dijo Phyllis.

–¿Y de qué sirve que digas eso cuando no tenemos plumas?

–Pues resulta que –dijo Phyllis en un tono de exasperado triunfo– tengo un volante de bádminon en el bolsillo. ¡Aquí está!

Peter comenzó a frotar las manos del que llevaba el jersey rojo, Bobbie quemó las plumas del volante una a una bajo su nariz, Phyllis esparció leche templada en su frente,

y los tres decían, tan rápido y concienzudamente como podían:  
–¡Oh, mírame, háblame! ¡Hazlo por mí, habla!

## LO QUE BOBBIE TRAJÓ A CASA

–¡Oh, mírame, háblame! ¡Hazlo por mí, habla!

Los niños repetían aquellas palabras una y otra vez al sabueso del jersey rojo, que estaba sentado con los ojos cerrados y el semblante pálido contra la pared del túnel.

–Mójale las orejas con leche –dijo Bobbie–. Sé que se lo hacen a la gente que se ha desmayado; con agua de colonia, eso sí. Pero supongo que también funciona con leche.

Así que le mojaron las orejas, y parte de la leche se derramó por el cuello, bajo el jersey. Estaba muy oscuro en el túnel. El cabo de vela que había llevado Peter, que ahora ardía sobre una piedra plana, casi no daba luz.

–Oh, mira hacia arriba –dijo Phyllis–. ¡Hazlo por mí! Creo que está muerto.

–Por mí –repitió Bobbie–. No. No lo está.

–Por quien sea –dijo Peter–; reacciona. –Y sacudió al paciente del brazo.

Entonces el chico del jersey rojo suspiró, abrió los ojos y los volvió a cerrar, y dijo con una vocecita:

–Deja de hacer eso.

–¡Oh, no está muerto! –dijo Phyllis–. ¡Lo sabía! –Y empezó a llorar.

–¿Qué ocurre? Estoy bien –dijo el chico.

–Bebe esto –dijo Peter firmemente, empujando el cuello de la botella de leche contra la boca del chico. El chico se resistió, y se derramó algo de leche antes de que pudiera liberar la boca para decir:

–¿Qué es?

–Es leche –dijo Peter–. No tengas miedo, estás en manos de amigos... Phil, para ya de lloriquear.

–Bébetelo –dijo Bobbie suavemente–, te hará bien.

Así que bebió. Y los tres permanecieron junto a él, sin hablarle.

–Dejadlo un minuto –susurró Peter–; estará bien en cuanto la leche empiece a correr como fuego a través de sus venas.

Y así fue.

–Ya estoy mejor –anunció–. Me acuerdo de todo. –Intentó moverse, pero el movimiento terminó en un gemido–. ¡Qué fastidio! Creo que me he roto la pierna –dijo.

–¿Te caíste? –preguntó Phyllis, resoplando.

–Por supuesto que no. No soy un niño pequeño –dijo el chico, indignado–. Me quedé enganchado en uno de esos horribles cables y cuando intenté ponerme en pie de nuevo no me podía levantar, así que me senté. Por Dios, cómo duele. Y vosotros, ¿cómo

llegasteis hasta aquí?

–Os vimos entrar en el túnel y atravesamos la montaña para veros salir. Y los otros lo hicieron, todos menos tú, que no lo hiciste. Así que somos el equipo de rescate –dijo Peter con orgullo.

–Pues sí que tenéis agallas, diría yo –señaló el chico.

–Oh, no es nada –dijo Peter con modestia–. ¿Crees que podrás andar si te ayudamos?

–Puedo intentarlo –dijo el chico.

Lo intentó. Pero solo podía mantenerse sobre un pie; arrastraba el otro de una manera muy penosa.

–Dejadme que me siente. Es como si me estuviera muriendo –dijo el chico–. Dejadme, dejadme, rápido.

Se acostó y cerró los ojos. Los otros se miraron entre sí a la tenue luz de la velita.

–Escuchad una cosa –dijo Bobbie rápidamente–. Debéis ir a pedir ayuda. Id hasta la casa más cercana.

–Sí, es lo único que se puede hacer –dijo Peter–. Rápido.

–Si le coges por los pies y Phil y yo lo sujetamos la cabeza, podremos llevarle a la boca del alcantarillado.

Y eso hicieron. Y lo mejor que pudo pasarle al paciente es que se desmayara de nuevo.

–Y ahora –dijo Bobbie–, me quedará con él. Llevaos el trozo más largo de la vela, y... ¡Oh!, daos prisa, porque este cabo no va a durar mucho.

–No creo que a Mamá le guste que te deje aquí –dijo Peter dubitativo–. Déjame quedarme a mí e idos tú y Phil.

–No, no –dijo Bobbie–, id tú y Phil y prestadme vuestra navaja. Voy a intentar quitarle la bota antes de que se despierte otra vez.

–Espero que esté bien lo que estamos haciendo –dijo Peter.

–Por supuesto que está bien –dijo Bobbie con impaciencia–. ¿Y qué otra cosa harías tú? ¿Dejarlo aquí solo porque está oscuro? Estupideces. ¡Daos prisa, eso es todo!

Así que se dieron prisa.

Bobbie observó sus siluetas oscuras y la lucecita de la vela con el extraño pálpito de haber llegado al final de todo. Ahora sabía, pensó, cómo se sentían las monjas enclaustradas en vida entre las paredes de un convento. De pronto tembló un poco.

–No seas una niña tonta –dijo. Siempre se enfadaba mucho cuando los demás la llamaban «niñita», incluso cuando el adjetivo que le precedía no era «tonta» sino «agradable» o «buena» y «valiente». Solo cuando estaba muy enfadada consigo misma permitía que Roberta utilizara esa expresión con Bobbie.

Colocó el cabo de la velita sobre un ladrillo roto cerca del pie del chico con el jersey rojo. Entonces abrió la navaja de Peter. Siempre era difícil de manejar, y casi siempre se necesitaba una moneda de medio penique para abrirla. Esta vez Bobbie se las apañó para abrirla con la uña del pulgar. Al hacerlo se le rompió y sintió un dolor terrible. Entonces cortó el cordón de la bota del chico y lo descalzó. Trató de quitarle el calcetín, pero su pierna estaba muy hinchada, y parecía haber perdido su forma. Así que le cortó el calcetín, despacio y con mucho cuidado. Era un calcetín marrón de calceta, y se

preguntó quién se lo habría calcetado, si sería la madre del chico, y si estaría preocupada por él, y cómo se sentiría cuando le llevaran de vuelta a casa con la pierna rota. Cuando Bobbie consiguió retirar el calcetín y le vio la pobre pierna, sintió que el túnel se volvía más oscuro, y que el suelo se movía, y nada parecía real.

«¡Niña tonta!», le dijo Roberta a Bobbie, y se sintió mejor.

«La pobre pierna», se dijo a sí misma. «Debería tener un cojín. ¡Ah!».

Se acordó del día en que ella y Phyllis habían rasgado sus enaguas de franela roja para hacer señales de peligro y así parar el tren y evitar el accidente. Sus enaguas de franela de hoy eran blancas, pero serían igual de suaves que las rojas. Se las quitó.

–¡Oh, qué cosa más útil las enaguas de franela! –exclamó–. Al hombre que las inventó deberían dedicarle una estatua en su honor. –Y lo dijo en alto, porque le parecía que cualquier voz, incluso la suya propia, serviría de consuelo en esa oscuridad.

–¿Qué debería estar dedicado? ¿A quién? –preguntó el chico de pronto y muy débilmente.

–Oh –dijo Bobbie–, ¡ya estás mejor! Aprieta los dientes y no dejes que te duela mucho. ¡Ya!

Bobbie había doblado las enaguas y, levantándole la pierna, se la posó sobre el cojín de enaguas dobladas.

–No vuelvas a desmayarte, por favor, no lo hagas –dijo Bobbie, mientras él gemía. Mojó rápidamente su pañuelo con leche y lo extendió sobre la pierna herida.

–Oh, eso duele –gritó el chico, encogiéndose–. Oh, no. No duele, está bien, de verdad.

–¿Cómo te llamas? –preguntó Bobbie.

–Jim.

–Yo me llamo Bobbie.

–Pero eres una niña, ¿no?

–Sí. Mi nombre completo es Roberta.

–Esto..., Bobbie.

–¿Sí?

–¿No había alguien más contigo hace un rato?

–Sí, Peter y Phil, que son mi hermano y mi hermana. Han ido a por alguien para sacarte de aquí.

–Qué nombres más raros. Todos de chico.

–Sí, ojalá fuera un chico, ¿no crees?

–Creo que estás bien como eres.

–No quería decir eso. Quería decir si no te gustaría ser un chico; pero claro, ya lo eres sin desearlo.

–Eres tan valiente como un chico. ¿Por qué no te fuiste con los otros?

–Alguien se tenía que quedar contigo –dijo Bobbie.

–¿Sabes qué, Bobbie? –dijo Jim–, eres una chica estupenda. Choca. –Sacó un brazo cubierto por el jersey rojo y Bobbie le apretó la mano.

–No la choco –explicó– porque te estremecerás entero, y eso hará que tu pierna herida tiemble y te duela. ¿Tienes un pañuelo?

–No creo. –Se tanteó el bolsillo–. Sí, tengo uno. ¿Para qué es?

Bobbie lo tomó, lo mojó en leche y se lo puso en la frente.

–Qué divertido –dijo él–. ¿Qué es?

–Leche –dijo Bobbie–. No tenemos agua.

–Eres una enfermerita buena y divertida –dijo Jim.

–A veces lo hago para mi madre –dijo Bobbie–. No con leche, por supuesto, sino con perfume, con vinagre o con agua. Bueno, ahora debemos apagar la vela porque puede que no haya suficiente de la otra para sacarte de aquí.

–¡Por Dios! –dijo él–, estás en todo.

Bobbie sopló. La vela se apagó. No os podéis ni imaginar cuán negra y aterciopelada era la oscuridad.

–Estaba pensando, Bobbie –dijo una voz rasgando la negrura–, ¿no tienes miedo de la oscuridad?

–No, no mucho. Bueno...

–Vamos a darnos la mano –dijo el chico. Y resultó un gesto muy bueno por su parte, porque era como casi todos los chicos de su edad y odiaba las muestras de afecto, como el besarse y cogerse de la mano. Aborrecía todo eso, y lo llamaba «manosear».

La oscuridad era más llevadera para Bobbie ahora que agarraba la enorme y tosca mano del enfermo del jersey rojo; y él, sujetando su patita suave y caliente, estaba sorprendido al darse cuenta de que no le importaba tanto como imaginaba. Ella intentó hablar, entretenerlo, para distraerlo de los dolores, pero es muy difícil seguir hablando en la oscuridad, y después de un rato se encontraron en silencio, solo interrumpido de vez en cuando por un:

–¿Estás bien, Bobbie?

O un:

–Me temo que te está doliendo horriblemente, Jim. Lo siento tanto.

Y hacía mucho frío.

Peter y Phyllis avanzaban penosamente a través del largo túnel hacia la luz del día, la cera de la vela escurriéndose sobre los dedos de Peter. No hubo accidentes, si exceptuamos que Phyllis se enganchó el vestido en un cable, haciéndose un sietemetro muy largo, y se tropezó con el cordón del zapato al desatársele, y se cayó de bruces, lastimándose tanto las manos como las rodillas.

–No hay final en este túnel –dijo Phyllis. Y en verdad parecía muy, muy largo.

–Tú sigue –dijo Peter–. Todo tiene un fin, y llegas a él si perseveras.

Lo cual es bastante cierto, si te paras a pensar, y una cosa útil para recordar cuando hay problemas –como las paperas, la aritmética o las imposiciones–, y en los momentos difíciles en los que has caído en desgracia, y te sientes como si nadie pudiera volver a quererte, y tú no fueras capaz, nunca jamás, de volver a amar a nadie.

–¡Hurra! –dijo Peter de pronto–. Veo el final del túnel. Parece la cabeza de un alfiler sobre un trozo de papel negro, ¿verdad?

La cabeza de alfiler se hizo más grande, con luces azules a lo largo de ambos lados del

túnel. Los chicos podían ver el camino de grava que se extendía frente a ellos; el aire se hizo más tibio y agradable. Otros veinte pasos y ya estarían a la luz buena y gratificante del sol, con los árboles verdes a ambos lados.

Phyllis exhaló un largo suspiro.

–No volveré a entrar en un túnel nunca más en mi vida –dijo–, aunque haya veinte mil millones de sabuesos dentro con jerséis rojos y las piernas rotas.

–No seas tontuela –dijo Peter, como siempre–; tendrías que hacerlo.

–Creo que he sido muy buena y valiente –dijo Phyllis.

–No creo –dijo Peter–. No lo hiciste porque fueras valiente, sino porque Bobbie y yo no somos unos canallas. Y ahora, me pregunto dónde estará la casa más cercana. No se puede ver nada desde aquí por culpa de los árboles.

–Hay un tejado ahí –dijo Phyllis, señalando hacia la vía, hacia abajo.

–Esa es la garita de señales –dijo Peter–. Y sabes que no está permitido hablar a los guardavías mientras están de servicio. Está prohibido.

–No tengo tanto miedo de hacer algo prohibido como tenía de meterme en el túnel –dijo Phyllis–. Venga. –Y comenzó a correr a lo largo de los raíles. Así que Peter también lo hizo.

Hacía mucho calor al sol, y cuando se detuvieron, los dos niños estaban acalorados y sin resuello. Doblando las cabezas hacia atrás para mirar hacia arriba por las ventanas abiertas de la garita de señales, gritaron: «¡Hola!». Tan alto como se lo permitió su estado de excitación. Pero nadie contestó. La garita de señalizaciones permaneció muda como una sala de juegos vacía, y el pasamanos de las escaleras se sentía caliente en las palmas de los niños según subían silenciosamente. Miraron hacia dentro a través de la puerta abierta. El guardavías estaba sentado en una silla, inclinado sobre la pared. Le caía la cabeza a un lado y tenía la boca abierta. Estaba profundamente dormido.

–¡Por Dios, despierte! –Y gritó con una voz terrible, porque sabía que si el guardavías se dormía estando de servicio, corría el riesgo de perder el trabajo, aparte de los otros riesgos tremendos para los trenes que esperaban que él les informara sobre cuándo era seguro que siguieran su camino.

El guardavías no se movió. Peter saltó sobre él y lo sacudió. Y despacio, bostezando y desperezándose, el hombre se despertó. Pero en el momento en que se despertó, se puso en pie, se llevó las manos a la cabeza «como un maniaco loco», como Phyllis contó después, y dijo:

–Oh, cielos, ¿qué hora es?

–Las doce y trece –dijo Peter, y en verdad lo eran en la esfera blanca y redonda del reloj de la pared de la garita de señales.

El hombre miró el reloj, se precipitó sobre las palancas y las activó de un lado y de otro. Sonó un timbre eléctrico, los cables y las palancas crujieron, y el hombre se lanzó a una silla. Estaba muy pálido, tenía la frente bañada de sudor «como grandes gotas de rocío en un repollo blanco», según recalcó Phyllis más tarde. También estaba temblando; los niños podían ver sus enormes manos peludas agitarse de un lado a otro, «con temblores extragrandes», por usar las posteriores palabras de Peter. Respiraba

hondamente. Entonces, de pronto, gritó: «¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios que entrasteis cuando lo hicisteis! ¡Oh, gracias a Dios!».

Y movió enérgicamente los hombros y la cara se le volvió a poner roja, y la escondió entre esas enormes manos peludas suyas.

–Oh, no llore, no –dijo Phyllis–; ya pasó todo. –Y le palmeó el hombro grande y ancho, mientras Peter le golpeaba el otro concienzudamente.

Pero el guardavías parecía bastante afectado, así que los chicos tuvieron que palmearle y darle golpecitos durante bastante rato, antes de que el hombre encontrara su pañuelo (uno rojo con herraduras moradas y blancas), se limpió la cara y habló. Durante ese palmoteo y golpeteo, pasó un tren como un relámpago.

–Me siento completamente avergonzado –fueron las palabras del enorme guardavías cuando paró de llorar–, gimoteando como un niño. –Entonces, de pronto, pareció enfadarse–. ¿Y qué hacíais aquí, de todas formas? –dijo–. Sabéis que no estáis autorizados.

–Sí –dijo Phyllis–, sabíamos que hacíamos algo malo, pero no tenía miedo de hacerlo, y por eso todo ha salido bien. Usted no lamenta que hayamos venido.

–Ay, Dios santo, si no hubierais venido... –Se detuvo y luego prosiguió–: Es una vergüenza, ya lo creo que lo es, dormirse estando de servicio. Si se descubre, incluso tal cual ha ocurrido, cuando no ha habido daños...

–No se descubrirá –dijo Peter–, no somos unos chivatos. De todas formas, no debería dormirse estando de servicio, es peligroso.

–Contadme algo que no sepa –dijo el hombre–. Pero no lo puedo evitar. Sé de sobra lo que debería hacer. Pero no lo pude evitar. No encontraron a nadie que me relevara. Te digo que no he tenido ni diez minutos de sueño durante estos últimos cinco días. Mi hijito está enfermo, neumonía, dice el médico, y no hay nadie salvo yo y su hermanita para cuidarlo. De ahí lo que pasó. La niña tiene que dormir. ¿Peligroso? Sí, te creo. Pues ahora id a chivaros si queréis.

–Por supuesto que no lo haremos –dijo Peter indignado. Pero Phyllis ignoró todo el discurso del guardavías, a excepción de las cinco primeras palabras.

–Nos pidió –dijo ella– que le contáramos algo que no supiera. Pues bien, lo haré. Hay un chico en el túnel de ahí con un jersey rojo y la pierna rota.

–¿Y para qué ha querido entrar en el condenado túnel? –preguntó el hombre.

–No se enfade así –dijo Phyllis amablemente–. No hemos hecho nada malo aparte de venir y despertarlo, cosa que resulta que era correcta.

Entonces Peter le contó cómo acabó el chico en el túnel.

–Bien –dijo el hombre–, no veo que yo pueda hacer nada. No puedo dejar la garita.

–Pero nos puede decir dónde encontrar a alguien que no esté en una garita –dijo Phyllis.

–Está la granja de Brigden, allá donde se ve salir el humo por entre los árboles –dijo el hombre, cada vez más gruñón, según pudo apreciar Phyllis.

–Pues entonces adiós –dijo Peter.

Pero entonces el hombre dijo:

–Esperad un minuto. –Metió la mano en el bolsillo y sacó dinero, muchos peniques,

uno o dos chelines, otro de seis peniques y media corona. Cogió los chelines y se los ofreció a los chicos—. Aquí tenéis —dijo—. Os doy esto para que cerréis el pico sobre lo que ha ocurrido hoy.

Hubo una pausa corta y desagradable. Entonces:

—Eres un hombre malo, ¿verdad? —dijo Phyllis.

Peter dio un paso y golpeó la mano del hombre hacia arriba, haciendo que los chelines saltaran y rodaran por el suelo.

—Si hay algo que me haga chivarme, es esto —dijo—. Venga, Phil. —Y salió de la garita de señales con las mejillas encendidas.

Phyllis dudó. Entonces le agarró la mano, que todavía tenía estúpidamente extendida y que había sujetado los chelines.

—Lo perdono —dijo—, incluso si Peter no lo hace. No está usted en sus cabales, o no lo hubiera hecho. Sé que la necesidad de sueño vuelve loca a la gente. Mamá me lo dijo. Espero que su hijito se recupere pronto y...

—Venga, Phil —dijo Peter, ansiosamente.

—Le doy mi palabra de honor sagrada de que no voy a contárselo a nadie. Vamos a darnos un beso y seamos amigos —dijo Phyllis, consciente de lo noble que era intentando arreglar una pelea en la que no tenía la culpa.

El guardavías se encorvó y la besó.

—Sé que estoy un poco fuera de mí, señorita —dijo—. Ahora corred junto a Mamá. No era mi intención molestaros.

Así que Phil salió de la calurosa garita de señales y siguió a Peter a través del campo en dirección a la granja.

Cuando los hombres de la granja, encabezados por Peter y Phyllis, transportando una valla cubierta con mantas de caballo, llegaron a la boca de alcantarillado del túnel, Bobbie estaba profundamente dormida, lo mismo que Jim. Molido por el dolor, como dijo el médico más tarde.

—¿Dónde vive? —preguntó el encargado de la granja, una vez que hubieron subido a Jim a la valla.

—En Northumberland —contestó Bobbie.

—Estoy en un colegio de Maidbridge —dijo Jim—. Supongo que tengo que volver ahí de alguna manera.

—Me parece que el médico te tiene que echar un vistazo primero —dijo el encargado de la granja.

—Oh, llevadlo a nuestra casa —dijo Bobbie—. Solo está a un paso por la carretera. Estoy segura de que Mamá diría que eso es lo que tenemos que hacer.

—¿Y a tu madre le gustará que traigáis a casa extraños con la pierna rota?

—Ella misma trajo al pobre ruso —dijo Bobbie—. Sé que diría que es lo que tenemos que hacer.

—De acuerdo —dijo el encargado de la granja—, deberíais saber lo que le gusta a vuestra madre. Yo nunca decidiría llevarlo a mi casa antes de preguntar a mi mujer, y también me llaman el Jefe.

–¿Estás segura de que a tu madre no le importará? –susurró Jim.

–Pues claro que no –dijo Bobbie.

–¿Lo llevamos entonces a las Tres Chimeneas? –preguntó el granjero.

–Por supuesto –dijo Peter.

–Entonces mi chico irá a avisar al médico en la bicicleta, y le dirá que vaya allí. Ahora, muchachos, levantadlo suavemente y con firmeza. ¡Uno, dos, tres!

Así fue cómo a Mamá, que estaba en plena faena con una historia sobre una duquesa, un intrigante villano, un pasadizo secreto y un testamento perdido, se le cayó la pluma cuando la puerta de su estudio se abrió de par en par y vio a Bobbie sin sombrero y colorada por la carrera.

–Oh, madre –gritó–, baja. Encontramos un sabueso con jersey rojo en un túnel, se ha roto la pierna y lo están trayendo a casa.

–Deberían llevarlo al veterinario –dijo Mamá con el ceño fruncido–. De verdad que no puedo tener un perro cojo aquí.

–En realidad no es un perro. Es un chico –dijo Bobbie riendo y atragantándose a la vez.

–Entonces deberían llevarlo junto a su madre.

–Su madre está muerta –dijo Bobbie– y su padre está en Northumberland. Oh, Mamá, ¿podrías ser buena con él? Le dije que estaba segura de que te gustaría que lo trajéramos a casa. Siempre quieres ayudar a la gente.

Mamá sonrió, pero también suspiró. Es bonito que tus hijos crean que estás dispuesto a abrir tu casa y tu corazón a cualquiera, y a todo aquel que necesite ayuda. Pero a veces también es muy comprometido, cuando actúan por su cuenta.

–Está bien –dijo Mamá–, debemos hacer todo lo que esté en nuestras manos.

Cuando hicieron entrar a Jim, terriblemente blanco y con los labios apretados, cuyo rojo se había desvanecido en un horrible violeta azulado, Mamá dijo:

–Me alegro de que lo trajeras. Ahora, Jim, vamos a meterte en una cama cómoda antes de que llegue el médico.

Y Jim, mirando sus ojos amables, sintió un destello pequeño, tibio y reconfortante de renovadas energías.

–Me dolerá bastante, ¿verdad? –dijo–. No es mi intención ser un cobarde. No pensaréis que soy un cobarde si me vuelvo a desmayar, ¿verdad? De verdad que no lo hago a propósito. Y odio tener que causaros todos estos problemas.

–No te preocupes –dijo Mamá–, eres tú el que tiene el problema; pobre de ti, y no nosotros.

Y lo besó como si hubiera sido Peter.

–Nos encanta tenerte en casa, ¿verdad, Bobbie?

–Sí –dijo Bobbie y, por la cara de su madre, pudo comprobar qué acertada había estado trayendo al sabueso herido del jersey rojo.



## EL ABUELO DEL SABUESO

Mamá no pudo volver a su escritura en todo ese día, porque había que acomodar al sabueso del jersey rojo que los chicos habían traído a las Tres Chimeneas. Y entonces vino el médico y le hizo muchísimo daño. Mamá lo acompañó todo el rato, y eso hizo que el dolor fuera un poco más llevadero, pero «lo malo fue lo mejor», como dijo la señora Viney.

Los chicos esperaban en la salita de abajo, atentos al sonido de las botas del médico, adelante y atrás, por el suelo del dormitorio. Y una o dos veces se escuchó un gemido.

–Es horrible –dijo Bobbie–. Oh, ojalá el doctor Forrest se diera prisa. ¡Pobre Jim!

–Es horrible –dijo Peter–, pero es muy emocionante. Ojalá que los médicos no fueran tan estirados con respecto a los que están con ellos en la habitación mientras están trabajando. Me chiflaría ver cómo se arregla una pierna. Tengo entendido que los huesos crujen como nada.

–¡Calla! –dijeron las dos niñas a un tiempo.

–¡Tonterías! –dijo Peter–. ¿Cómo vais a ser enfermeras de la Cruz Roja, tal y como comentabais de camino a casa, si no podéis soportar siquiera que diga que los huesos crujen? Tendréis que oírlos crujir en el campo de batalla, y tendréis, con toda probabilidad, que hundiros en sangre hasta los codos, y...

–¡Déjalo ya! –gritó Bobbie con la cara blanca–. ¿No sabes que estás haciendo que me maree?

–Lo mismo digo –dijo Phyllis, cuya cara estaba rosa.

–¡Cobardes! –exclamó Peter.

–Yo no lo soy –dijo Bobbie–. Ayudé a Mamá cuando te heriste el pie con el rastrillo, al igual que Phil... ¡Y sabes que lo hicimos!

–¡Pues entonces...! –dijo Peter–. Escuchad lo que os digo. Sería buenísimo para vosotras si os pudiera hablar todos los días durante media hora de huesos rotos y de las entrañas de la gente, para que os acostumbréis.

Arriba se movió una silla.

–Escuchad –dijo Peter–, es el hueso que cruje.

–Ojalá pararas ya –dijo Phyllis–, a Bobbie no le gusta.

–Os diré lo que hacen –dijo Peter. No sé qué le hacía ponerse tan tremendo. A lo mejor era porque había estado encantador y amable toda la primera parte del día y ahora le tocaba cambiar. A esto se le llama reacción. Uno lo nota de vez en cuando. A veces, cuando uno se ha comportado especialmente bien durante más tiempo del habitual, se ve

de repente fustigado por un ataque violento de no ser bueno en absoluto—. Os voy a contar lo que hacen —dijo Peter—: atan al pobre hombre para que no pueda resistirse o interferir con las intenciones del médico, y entonces alguien le sujeta la cabeza, y otro la pierna, la rota, y tira de ella hasta que hace encajar los huesos; ¡con un crujido, por supuesto! Entonces se la vendan. ¡Vamos a jugar a componer huesos!

—¡Oh, no! —dijo Phyllis.

Pero Bobbie dijo de pronto:

—Muy bien, vamos a jugar. Yo seré el médico y Phil puede ser la enfermera. Tú puedes ser el que tiene la pierna rota. Podemos acceder a tus piernas con más facilidad porque no tienes enaguas.

—Voy a coger las tablillas y las vendas —dijo Peter—; vosotras preparad el lecho del dolor.

Las cuerdas que habían servido para atar las cajas que trajeron de casa estaban todas en una caja de mudanzas de madera en el sótano. Cuando Peter llegó arrastrando un lío de cuerdas junto con dos tablas de madera para las tablillas, a Phyllis le entró la risa floja.

—Venga, vamos —dijo, y se tumbó en el banco, gimiendo fuertemente.

—¡No tan alto! —dijo Bobbie, mientras empezaba a atarle con el cordel al banco—. Tira, Phil.

—No tan apretado —protestó Peter—. Me acabarás rompiendo la otra pierna.

Bobbie trabajó en silencio, enrollándole más y más cuerda.

—Es suficiente —dijo Peter—. No me puedo mover en absoluto. ¡Oh, mi pobre pierna! —volvió a quejarse.

—¿Estás seguro de que no te puedes mover? —le preguntó Bobbie en un tono de lo más extraño.

—Segurísimo —contestó Peter—. ¿Jugamos a que sangra libremente o no? —sugirió alegremente.

—No puedes jugar a lo que te gusta —dijo Bobbie severamente, cruzándose de brazos y mirando hacia abajo, hacia donde Peter yacía herido, envuelto de arriba abajo con la cuerda—. Phil y yo nos vamos. Y no te vamos a desatar hasta que prometas que nunca, nunca jamás nos volverás a hablar de sangre y de heridas sin que te demos permiso. ¡Ven, Phil!

—¡Bestia! —dijo Peter retorciéndose—. Nunca lo prometeré, nunca. Gritaré y vendrá Mamá.

—Hazlo —dijo Bobbie—, y cuéntale por qué te hemos atado. Vamos, Phil. No, no soy una bestia, Peter. Pero no quisiste parar cuando te lo pedimos y...

—Ya, ya —dijo Peter— ni siquiera era tu idea. La sacaste de Stalky.

Cuando Bobbie y Phil se retiraban con silenciosa dignidad se encontraron con el médico en la puerta. Entró frotándose las manos y con aspecto de estar satisfecho consigo mismo.

—Bien —dijo—, esto ya está listo. Es una fractura limpia, e irá bien, no tengo dudas. Además, es un joven valiente. Pero... ¿qué es todo esto?

Se había fijado en Peter, que yacía atado e inmóvil en el banco, como un ratón

atrapado.

–Conque jugando a ladrones y prisioneros, ¿eh? –dijo; pero sus cejas se habían enarcado ligeramente. De alguna manera no había pensado que Bobbie pudiera estar jugando cuando arriba, en el dormitorio, a alguien le estaban componiendo un hueso roto.

–Oh, no –dijo Bobbie–, a ladrones y prisioneros no. Estábamos jugando a arreglar huesos. Peter es el que tiene los huesos rotos, y yo era la doctora.

–Yo era la enfermera –añadió Phyllis alegremente.

El médico frunció el entrecejo.

–Entonces he de decir –hablo, y lo hizo muy seriamente– que se trata de un juego un tanto cruel. ¿Es que no tenéis suficiente imaginación como para haceros la menor idea de lo que ha sucedido arriba? Ese pobre chico, con gotas de sudor en su frente, y mordiéndose los labios para no chillar, porque cualquier toque en la pierna le produce una agonía y...

–Debería usted estar atado –dijo Phyllis–, es usted tan malo como...

–Calla –dijo Bobbie–. Lo siento, pero no fuimos crueles, en realidad.

–Yo sí, supongo –dijo Peter enfadado–. Está bien, Bobbie, ahora no vayas de honorable encubriéndome, porque sencillamente no voy a pasar por eso. Lo único que ha ocurrido es que no paré de hablar de sangre y de heridas. Las quería entrenar para convertirlas en enfermeras de la Cruz Roja. Y no paré cuando me lo pidieron.

–¿Y entonces? –preguntó el doctor Forrest sentándose.

–Bien, entonces les dije: «Vamos a jugar a componer huesos». Era una tontería. Sabía que Bobbie no lo haría. Se lo dije solo para hacerla de rabiar. Y cuando dijo «sí», entonces tuve que seguir. Y me ataron. Lo sacaron de Stalky. Y creo que es una verdadera vergüenza.

Se las apañó para retorcerse y esconder la cara contra el respaldo de madera del banco.

–No pensé que nadie fuera a enterarse –dijo Bobbie, contestando indignadamente al tácito reproche de Peter–. Nunca pensé que usted entraría. Y escuchar hablar de sangre y heridas me hace marearme mucho. Lo de atarlo solo fue una broma. Déjame que te desate, Peter.

–No me importa si no me desatas nunca –dijo Peter–. Y si esto es lo que entiendes por una broma...

–Yo en tu caso –dijo el médico, aunque realmente no sabía bien qué decir– estaría desatado antes de que tu madre baje. No quieres que se preocupe justo ahora, ¿verdad?

–Pero no prometo que no vaya a mencionar las heridas –dijo Peter en un tono muy gruñón, mientras Bobbie y Phyllis comenzaban a deshacerle los nudos.

–Lo siento mucho, Pete –susurró Bobbie, inclinándose hacia él mientras luchaba con el gran nudo de debajo del banco–, pero si supieras lo mal que me hiciste sentir...

–Sois vosotras las que me habéis hecho sentir a mí muy mal, os lo aseguro –replicó Peter. Entonces se sacudió las cuerdas sueltas y se puso en pie.

–Entré –dijo el doctor Forrest– para ver si uno de vosotros podía acompañarme a la consulta. Hay algunas cosas que vuestra madre necesitará ya, y le he dado el día libre a

mi ayudante para ir al circo. ¿Vienes tú, Peter?

Peter lo acompañó sin dirigir ni una mirada ni una palabra a sus hermanas.

Los dos caminaron en silencio hasta la verja que conducía del prado de las Tres Chimeneas hasta la carretera. Entonces Peter dijo:

–Déjeme llevar su bolsa. Parece pesada, ¿qué hay dentro?

–Oh, cuchillos y lancetas y distintos instrumentos para hacer daño a la gente. Y la botella de éter. Le tuve que administrar éter, ¿sabes? El dolor era tan intenso...

Peter estaba callado.

–Cuéntame cómo habéis encontrado a ese chico –dijo el doctor Forrest.

Peter se lo contó. Y entonces el doctor Forrest le refirió una serie de historias de rescates valientes; era un hombre con una conversación de lo más interesante, como a menudo había señalado Peter.

En la consulta, Peter tuvo la mejor ocasión que había tenido nunca para examinar la balanza del doctor, el microscopio, sus pesas y sus vasos para medir. Cuando todas las cosas que Peter tenía que llevar consigo estuvieron listas, el médico dijo de pronto:

–Ahora ¿me perdonarás por meter las narices en lo que no me importa, verdad? Es que me gustaría comentarte algo.

«Ahora viene la bronca», pensó Peter, que ya se había preguntado cómo se las había podido apañar para librarse hasta ahora.

–Algo científico –añadió el médico.

–Sí –dijo Peter jugueteando con la amonita fósil que el médico utilizaba como pisapapeles.

–Pues bien –dijo el médico–, sabes que los hombres tienen que hacer los trabajos mundanos sin tener miedo de nada, y que por eso tienen que ser duros y valientes. Pero las mujeres tienen que vigilar a sus bebés y abrazarlos y cuidarlos, y ser muy pacientes y amables.

–Sí –dijo Peter, preguntándose qué vendría a continuación.

–Pues entonces, verás: los niños y las niñas son solo hombrecitos y mujercitas. Y nosotros somos mucho más duros y resistentes de lo que lo son ellas. –A Peter le gustaba el «nosotros». Tal vez el médico lo sabía–. Y mucho más fuertes, y las cosas que les duelen a ellas no nos duelen a nosotros. Sabes que no puedes golpear a una niña.

–Por supuesto que no –musitó Peter, indignado.

–Incluso si se trata de tu hermana pequeña. Es porque las niñas son mucho más delicadas y débiles que nosotros. Tienen que ser así, ¿sabes? –añadió–, porque si no fuera así, no sería agradable para los bebés. Y por eso, todos los animales son tan buenos con las hembras. Nunca pelean con ellas, ¿sabes?

–Lo sé –dijo Peter, interesado–; dos conejos macho se pelearán durante todo el día si los dejas, pero nunca harían daño a la hembra.

–No, y bestias bastante salvajes como leones y elefantes son inmensamente delicados con las hembras. Y nosotros también deberíamos serlo.

–Ya... –dijo Peter.

–Y sus corazones son también delicados –prosiguió el médico–, y las cosas que no nos

importan nada a nosotros, a ellas les hacen daño. Así que el hombre tiene que tener cuidado, no solo con sus puños, sino también con sus palabras. Son muy valientes, ¿sabes? –prosiguió–. Piensa en Bobbie esperando sola en el túnel con ese pobre chico. Es algo raro: cuanto más delicada y sensible es una mujer, tanto más se encomienda a hacer lo que tiene que hacer. He visto mujeres valientes, tu madre es una de ellas –terminó abruptamente.

–Sí –dijo Peter.

–Bien, pues eso es todo; perdona que te lo mencione. Pero nadie sabe todas las cosas si no se las cuentan. Y entiendes lo que quiero decirte, ¿verdad?

–Sí –dijo Peter–. Y lo siento...

–¡Claro que lo sientes! La gente siempre lo siente, en cuanto comprenden. A todo el mundo le tendrían que enseñar estos hechos científicos. ¡Hasta la vista!

Se estrecharon las manos con entusiasmo. Cuando Peter volvió a casa, sus hermanas lo miraron recelosas.

–Hagamos las paces –dijo Peter, vaciando la cesta en la mesa–. El doctor Forrest me ha estado hablando científicamente. No, no tiene sentido que os cuente lo que dijo, no lo entenderíais. Pero todo tiene que ver con vosotras, las chicas, pobrecillas, que sois blandas, débiles, cosas espantadizas como conejos, y que nosotros los hombres tenemos que aguantar. Dijo que erais animales hembras. ¿Le subo esto a Mamá o lo hacéis vosotras?

–Yo sé cómo son los chicos –dijo Phyllis con las mejillas encendidas–, son simplemente lo peor, lo más maleducado...

–Son muy valientes –dijo Bobbie–, a veces.

–Ah, ¿te refieres a ese chico de arriba? Ya veo. Venga, adelante, Phil. Aguantaré lo que digas porque eres una pobrecita, débil, asustadiza, blanda...

–No lo harás si te tiro del pelo –dijo Phyllis saltando hacia él.

–Vino en son de paz –dijo Bobbie, tirando de ella–. ¿No ves –susurró mientras Peter levantaba la cesta y salía triunfalmente con ella– que lo siente?, solo que no lo dirá. Digámosle nosotros que lo sentimos.

–Todo eso es mojigatería –dijo Phyllis, dudando–. Él dijo que éramos animales hembras, suaves y asustadizas.

–Entonces dejémoslo ver que no nos asusta que piense que somos unas mojigatas –dijo Bobbie–; y que no somos más bestias de lo que lo es él.

Así que cuando Peter regresó, todavía con la barbilla en alto, Bobbie dijo:

–Sentimos haberte atado, Pete.

–Imaginé que así sería –dijo Peter, muy estirado y superior.

Esto era difícil de soportar, pero...

–Bueno, también nosotras –dijo Bobbie–. Ahora dejemos que el honor sea satisfecho por ambas partes.

–Llamémoslo «paz» –dijo Peter con tono de haber sido herido.

–Entonces llamémosle paz –dijo Bobbie–. Venga, Phil, preparemos el té. Peter, tú puedes poner el mantel.

–Quería saber... –dijo Phyllis, una vez que la paz fue verdaderamente restablecida, que no sucedió hasta que se pusieron a lavar las tazas después de la merienda... el doctor Forrest no dijo realmente que somos animales hembras, ¿verdad?

–Sí –dijo Peter firmemente–, pero creo que quería decir que nosotros, los hombres, también somos animales salvajes.

–¡Qué gracioso! –dijo Phyllis, rompiendo una taza.

–¿Puedo entrar, Mamá? –Peter estaba en la puerta del escritorio de Mamá, que estaba sentada a la mesa con dos velas delante de ella. Las llamas tenían un aspecto naranja y violeta contra el cielo gris azulado, en el que ya había varias estrellas titilando.

–Sí, cariño –dijo Mamá, despistadamente–. ¿Pasa algo? –Escribió unas cuantas palabras más, luego posó la pluma y empezó a doblar lo que había escrito–. Estaba escribiendo al abuelo de Jim. ¿Sabes que vive cerca de aquí?

–Sí, lo comentaste cuando tomábamos el té. De eso es de lo que quería hablarte. ¿Tienes que escribirle, Mamá? ¿No podríamos tener a Jim y no decir nada a su familia hasta que esté bien? Sería tal sorpresa para ellos...

–Sí –dijo Mamá riéndose–, creo que lo sería.

–Es que verás –prosiguió Peter–, por supuesto que las chicas están bien y todo eso, no estoy criticándolas, pero a veces me gustaría tener a otro chico con quien hablar.

–Sí –dijo Mamá–, sé que a veces es aburrido para ti, cariño. Pero no puedo hacer nada. A lo mejor el año que viene te puedo enviar al colegio. Te gustaría, ¿verdad?

–Echo mucho de menos a los otros chicos –confesó Peter–. Pero si Jim pudiera quedarse cuando estuviera bien de la pierna, podríamos organizar unas buenas juergas.

–No lo dudo –dijo Mamá–. Bueno, tal vez podría, pero sabes, cariño, que no somos ricos. No podría darle todo lo que necesita. Y ha de tener una enfermera.

–¿No podrías hacer tú de enfermera, Mamá? Cuidas a la gente tan bien...

–Ese es un halago muy bonito, Peter, pero no puedo cuidar de un enfermo y a la vez dedicarme a mi escritura. Eso es lo peor.

–¿Entonces tienes que enviar una carta a su abuelo?

–Desde luego, y al director de su colegio también. Ya les enviamos un telegrama, pero también tengo que escribirles. Estarán terriblemente nerviosos.

–¿Y por qué no puede pagar su abuelo una enfermera? –sugirió Peter–. Eso sería estupendo. Supongo que el viejo está nadando en dinero. Los abuelos de los libros siempre son así.

–Bueno, este no está en un libro –dijo Mamá–, así que no deberíamos esperar que «nadase» así.

–Y digo yo –siguió Peter, meditativo–, ¿no sería divertido que estuviéramos todos en un libro que tú estuvieras escribiendo? Entonces podrías hacer que ocurrieran todo tipo de cosas divertidas, y hacer que Jim se recuperara de la pierna de una vez y que estuviera bien mañana, y que Papá volviera pronto a casa y...

–¿Echas mucho de menos a tu Padre? –preguntó Mamá muy fríamente, según le pareció a Peter.

–Muchísimo –dijo Peter tajantemente.

Mamá estaba metiendo la segunda carta en un sobre y poniendo la dirección.

–Es que... –Peter prosiguió despacio–, no solo es que él sea el padre, sino que ahora que no está, no hay otro hombre en la casa aparte de mí, por eso quiero, con tanta insistencia, que Jim se quede. ¿No te gustaría estar escribiendo ese libro con todos nosotros, Mamá, y hacer que Papá regrese pronto?

La madre de Peter lo rodeó con el brazo de repente, y lo abrazó en silencio durante un minuto. Entonces dijo:

–¿No piensas que es bonito pensar que estamos en un libro que está escribiendo Dios? Si yo estuviera escribiendo un libro, podría cometer errores. Pero Dios sabe como terminar la historia bien, de la mejor manera para nosotros.

–¿De verdad piensas eso, Mamá? –preguntó Peter en bajo.

–Sí –dijo ella–, lo creo, casi siempre, excepto cuando estoy tan triste que no puedo creer en nada. Pero incluso cuando no lo puedo creer, sé que es verdad, e intento creerlo. No sabes cómo lo intento, Peter. Ahora, lleva las cartas al correo y no estemos tristes. ¡Valor, valor! Esa es la más preciada de todas las virtudes. Me atrevería a decir que Jim estará aquí todavía dos o tres semanas.

Durante el resto de la tarde, Peter se mostró tan angelical que Bobbie pensó que iba a ponerse enfermo. Por la mañana se sintió bastante aliviada al ver que Peter estaba trenzando el pelo de Phyllis al respaldo de la silla, tal y como solía hacer.

Fue justo después del desayuno cuando alguien llamó a la puerta. Los chicos se afanaban en limpiar los candelabros de bronce, en honor a la visita de Jim.

–Será el médico –dijo Mamá–. Yo iré. Cerrad la puerta de la cocina, no estáis presentables para que os vean.

Pero no era el médico. Lo supieron por la voz y por el sonido de las botas al subir. No reconocieron el sonido de las botas, pero todo el mundo estaba seguro de haber escuchado esa voz antes.

Hubo un intervalo bastante largo. Las botas y la voz no volvieron a bajar.

–¿Quién podrá ser? –se preguntaban uno al otro.

–Es posible –dijo Peter al fin– que al doctor Forrest lo hayan atacado unos bandoleros y esté moribundo, y este sea el hombre al que han telegrafiado para que ocupe su lugar. La señora Viney dijo que tenía un ayudante local para desempeñar su cargo cuando se va de vacaciones, ¿verdad, señora Viney?

–Así es –dijo la señora Viney desde la antecocina.

–Lo más probable es que haya caído por culpa de un ataque, –dijo Phyllis–, sin esperanzas de recuperación. Y este es su criado que viene a darle la noticia a Mamá.

–¡Tonterías! –dijo Peter bruscamente–. Mamá no lo hubiera conducido a la habitación de Jim. ¿Para qué? Escucha, la puerta se está abriendo. Ahora bajan. Voy a abrir un poco la puerta.

Y así lo hizo.

–No es cotillear –respondió indignado a los comentarios escandalizados de Bobbie–; nadie en su sano juicio hablaría de secretos en la escalera. Y Mamá no puede tener

secretos que hablar con el mozo de cuadra del doctor Forrest. Y dijiste que se trataba de él.

–Bobbie –llamó la voz de Mamá.

Abrieron la puerta de la cocina y Mamá se apoyó sobre la barandilla de la escalera.

–Ha venido el abuelo de Jim –dijo–. Lavaos las manos y la cara y luego podréis verlo. ¡Quiere veros! –La puerta del dormitorio volvió a cerrarse.

–¡Pues claro! –dijo Peter–. ¡Que no se nos hubiera ocurrido! Pásenos agua caliente, señora Viney. Estoy tan negro como su sombrero.

Los tres estaban sucios de verdad, porque la sustancia con la que se limpian los candelabros de cobre está muy lejos de limpiar al limpiador.

Estaban todavía muy ocupados con el jabón y la toalla cuando oyeron las botas y la voz bajar por la escalera y meterse en el comedor. Y una vez limpios, aunque todavía húmedos, ya que lleva tanto tiempo secarte bien las manos, y estaban muy impacientes por ver al abuelo, desfilaron al comedor.

Mamá estaba sentada junto a la ventana, y en el sillón de cuero en el que Papá solía sentarse en la otra casa, estaba sentado

### ¡SU PROPIO SEÑOR MAYOR!

–Vaya sorpresa –dijo Peter, incluso antes de decir ¿cómo está usted? Estaba, según explicó después, demasiado sorprendido hasta para recordar que había algo llamado educación, y menos para practicarla.

–¡Es nuestro propio Señor Mayor! –dijo Phyllis.

–¡Oh, es usted! –dijo Bobbie.

Y entonces se corrigieron y se acordaron de sus modales y dijeron «¿Cómo está usted?», muy educadamente.

–Es el abuelo de Jim, el señor \*\*\* –dijo Mamá nombrando al Señor Mayor.

–¡Qué maravilla! –dijo Peter–. Es justo como en un libro, ¿verdad, Mamá?

–Sí, bastante –dijo Mamá sonriendo–. En la vida ocurren cosas que son bastante parecidas a las de los libros, a veces.

–Estoy tan contenta de que se trate de usted –dijo Phyllis–. Cuando piensas en la cantidad de señores mayores que hay en el mundo, podría haberse tratado de cualquiera.

–Pero, oiga –dijo Peter–, ¿no se va a llevar a Jim, verdad?

–Ahora mismo no –dijo el Señor Mayor–. Vuestra madre ha permitido amablemente que se quede aquí. Pensé en enviarle una enfermera, pero vuestra madre es tan buena que ha dicho que lo cuidaría ella misma.

–Pero ¿qué pasa con su escritura? –dijo Peter, antes de que nadie pudiera pararlo–. No tendrá nada que comer si Mamá no escribe.

–No pasa nada –dijo Mamá de modo apresurado.

El Señor Mayor miró a Mamá muy amablemente.

–Veo –dijo– que cree en sus hijos y confía en ellos.

–Por supuesto –dijo Mamá.

–Entonces les contaré nuestro pequeño arreglo –dijo–. Vuestra madre, queridos, ha consentido en dejar a un lado la escritura durante un tiempo para convertirse en enfermera jefa de mi hospital.

–¡Oh! –dijo Phyllis, perpleja–. ¿Y tendremos que abandonar las Tres Chimeneas, el ferrocarril y todo?

–No, no, cariño –dijo Mamá sin perder tiempo.

–El hospital se llama Hospital de las Tres Chimeneas –anunció el Señor Mayor–, y mi desafortunado Jim es el único paciente, y espero que continúe siéndolo. Vuestra madre será la enfermera jefe, y habrá servicio de hospital compuesto por un ama y una cocinera, hasta que Jim se mejore.

–¿Y después Mamá seguirá escribiendo? –preguntó Peter.

–Ya veremos –dijo el Señor Mayor, echando una rápida y breve ojeada a Bobbie–. A lo mejor ocurre algo bueno y no tiene que hacerlo.

–Me gusta escribir –dijo Mamá, muy rápidamente.

–Lo sé –dijo el Señor Mayor–, no tenga miedo de que trate de interferir. Pero uno nunca sabe. Ocurren cosas maravillosas y muy bonitas, ¿verdad? Y vivimos casi toda nuestra vida esperándolas. ¿Puedo volver a ver al chico?

–Por supuesto –dijo Mamá–. Y no sé cómo agradecerle que haya hecho posible que yo lo cuide. ¡Querido niño!

–No hacía más que llamar mamá, mamá, durante la noche –dijo Phyllis–. Me desperté dos veces y lo oí.

–No se refería a mí –dijo Mamá en una voz demasiado baja para ser escuchada por el Señor Mayor–, por eso tenía tanto interés en que se quedara.

El Señor Mayor se puso en pie.

–Me alegro tanto –dijo Peter– de que vayas a acogerlo, Mamá.

–Cuidad de vuestra madre, queridos –dijo el Señor Mayor–; es una mujer única.

–¿Sí, verdad? –susurró Bobbie.

–Que Dios la bendiga –dijo el Señor Mayor, tomando ambas manos de Mamá–. ¡Que Dios la bendiga! Sí, Dios la bendecirá. Dios mío, ¿dónde está mi sombrero? ¿Podría venir Bobbie conmigo hasta la verja?

En la verja se detuvo y dijo:

–Eres una buena chica, querida. Recibí tu carta. Aunque no era necesario. Cuando leí en su día el caso de vuestro padre en los periódicos, tenía mis dudas. Y desde que supe quiénes erais, he estado intentando averiguar cosas. No he hecho mucho todavía. Pero tengo esperanzas, querida, tengo esperanzas.

–¡Oh! –dijo Bobbie, atragantándose un poco.

–Sí, debería decir grandes esperanzas. Pero guarda el secreto un poco más. No nos gustaría incomodar a vuestra madre con una falsa esperanza, ¿verdad?

–Oh, ¡pero no es falsa! –dijo Bobbie–. Sé que puede conseguirlo. Sabía que podría cuando escribí. No es una falsa esperanza, ¿verdad?

–No –dijo–. No creo que se trate de una falsa esperanza, de otro modo no te lo hubiera

contado. Y creo que te mereces que te cuente que hay una esperanza.

–Y usted no cree que Papá lo hizo, ¿verdad? Oh, dígame que no piensa que lo hizo.

–Querida –dijo–, estoy completamente seguro de que no lo hizo.

Si se trataba de una falsa esperanza, era en todo caso una esperanza muy radiante que yacía caliente junto al corazón de Bobbie, y durante los días siguientes encendió su carita como una lámpara japonesa es iluminada por la vela que va en su interior.

## EL FINAL

La vida en las Tres Chimeneas nunca volvió a ser exactamente igual desde que el Señor Mayor vino a visitar a su nieto. Aunque ahora conocían su nombre, los chicos nunca lo mencionaban al hablar de él –nunca, en todo caso, cuando estaban solos–. Para ellos era siempre el Señor Mayor, y creo que para nosotros también es mejor que sea el Señor Mayor. No le haría parecer más real, ¿verdad?, si os contara que su nombre es Snooks o Jenkins (que no lo era); y después de todo, debería permitírseme guardar un secreto. Es el único; os he contado todo lo demás, salvo lo que os voy a narrar en este capítulo que es el último. Por lo menos así no os he revelado todo. Si lo hiciera, el libro jamás terminaría, y sería una pena, ¿no?

Bueno, como decía, la vida en las Tres Chimeneas nunca volvió a ser exactamente la misma. La cocinera y el ama eran encantadoras (no me importa deciros sus nombres, se llamaban Clara y Ethelwyn), pero le dijeron a Mamá que no parecían necesitar a la señora Viney, y que era una vieja desordenada. Así que la señora Viney venía solo dos veces a la semana a hacer la colada y a planchar. A continuación Clara y Ethelwyn dijeron que se las apañaban mejor sin interferencias, y eso quería decir que los chicos ya no preparaban la merienda y la recogían, ni fregaban las cosas del té, ni limpiaban las habitaciones.

Esto les dejaba bastante tiempo libre en sus vidas, aunque muy a menudo se decían a sí mismos y entre sí que odiaban las labores domésticas. Pero ahora que Mamá no tenía ni que escribir ni que hacer nada de la casa, tenía tiempo para las lecciones. Lecciones que los chicos debían aprender. Por muy encantadora que sea la persona que te enseña, las lecciones son lecciones en cualquier parte del mundo, y la mejor lección es peor que pelar patatas o tener que encender el fuego.

Por otro lado, si Mamá tenía ahora tiempo para las lecciones, también lo tenía para jugar, y para componer pequeños versos para los niños, como solía hacer. No había tenido mucho tiempo para versos desde que llegó a las Tres Chimeneas.

Había algo muy extraño en lo que se refiere a las lecciones. Daba igual lo que estuvieran haciendo los chicos que siempre querían hacer algo distinto. Cuando Peter estaba trabajando con su latín, pensaba lo agradable que sería aprender historia como Bobbie. Bobbie hubiera preferido hacer aritmética, que daba la casualidad que era lo que hacía Phyllis, y Phyllis, por supuesto, pensaba que la de latín era la lección más interesante. Y así sucesivamente.

Así que, un día, al tomar asiento para sus lecciones, cada uno de ellos se encontró con

un versito en su sitio. Os muestro los versos para que veáis que su madre sí entendía un poco cómo se sienten los niños con las cosas, y también el tipo de palabras que usan, cosa que muy pocos adultos hacen. Supongo que la mayoría de los adultos tienen muy mala memoria, y se han olvidado de cómo se sentían cuando eran pequeños. Por supuesto que los versos tienen que ser leídos por los niños.

PETER

*Una vez pensé que César era cosa sencilla.  
¡Qué inconsciente debo de haber sido!  
Cuando se empieza a enseñar César a un chico,  
qué poco sabe él lo que significa.  
¡Oh, los verbos son cosas tontas y estúpidas!  
¡Preferiría aprender las fechas de los reyes!*

BOBBIE

*Lo peor de mis lecciones  
es contar reinados y sucesiones.  
En las listas de reyes y reinas,  
se suceden los hechos y las fechas.  
Tantos datos me ponen histérica,  
¡ojalá esto fuera aritmética!*

PHYLLIS

*De libros de manzanas  
está llena mi pizarra; ¿a cuánto las pagan?  
Tachas las cifras sin parar  
Hasta que sobre el dividendo te dan ganas de llorar.  
¡Rompería la pizarra y gritaría con regocijo  
si pudiera estudiar latín como un chico!*

Este tipo de cosas hacían que, por supuesto, las lecciones fueran más entretenidas. Ya es mucho que la persona que te está enseñando se dé cuenta de que no todo es un camino de rosas para ti, y que piense que ¡no es solo tu estupidez la que te hace no saber las lecciones hasta que, por fin, logras aprendértelas!

Según iba Jim mejorando de su pierna, era todo un placer subir y escuchar las historias de su vida y de la de sus compañeros de colegio. Había un chico llamado Parr a quien Jim parecía apreciar muy poco, y otro chico llamado Wigsby Menor, por cuyas opiniones sentía Jim un gran respeto. Había también tres hermanos llamados Paley, de los cuales el más joven, conocido como el menor de los Paley, era muy dado a pelearse.

Peter absorbió todo esto con honda alegría, y Mamá parecía haber escuchado con gran

interés, porque un día le dio a Jim un papel en el que había escrito un poema sobre Parr, introduciendo a Paley y a Wigsby por sus nombres de la manera más encantadora, así como todas las razones que tenía Jim para que no le gustase Parr, y la sabia opinión de Wigsby sobre el asunto. Jim se sentía muy contento. Nunca le habían escrito un poema expresamente para él. Lo leyó hasta aprendérselo de memoria y luego se lo envió a Wigsby, a quien le gustó casi tanto como a Jim. A lo mejor a vosotros también os gusta.

#### EL CHICO NUEVO

*Se llama Parr y no tiene enmienda:  
confiesa que toma pan y leche en la merienda.  
Dice que su padre un oso cazó.  
Dice que su madre el pelo le cortó.*

*Usa chanclos cuando llueve.  
¡Y en su casa lo llaman solete!  
Del sentido del ridículo abomina,  
pues les ha contado a los chicos cuál es su nombre de pila.*

*Jugar al críquet lo agarrota,  
pues tiene miedo de las pelotas.  
Lee dentro de casa durante horas y horas.  
Los nombres de cada maldita flor atesora.*

*Justo como Monsié su francés pronuncia,  
que es una cosa que su afectación anuncia.  
No guarda un secreto, y su turno elude,  
y dice que para aprender, al colegio acude.*

*No juega al fútbol porque dice que hace daño;  
No quiere pelearse con el Paley más pequeño.  
No sabe silbar, aunque lo intenta.  
Y cuando nos reímos de él, ¡cómo llorar y se lamenta!*

*Wigsby, el Menor, de Parr da su opinión:  
Es solo como todo los chicos nuevos de aquí.  
Pero cuando llegué al colegio la primera ocasión  
puedo afirmar que no era un tipo tan tontín.*

Jim no podía entender de dónde había sacado Mamá el talento para escribirlo. Para los

demás estaba bien, pero era algo natural. Y es que estaban acostumbrados a tener una madre capaz de escribir versos tal y como habla la gente, incluso con la chocante expresión del final del verso, que era propia de Jim.

Jim le enseñó a Peter a jugar al ajedrez, a las damas y al dominó, y con todo eso pasaron una temporada tranquila y bonita.

Sucedía que la pierna de Jim mejoraba y en Bobbie, Peter y Phyllis empezó a rondar la idea de que había que hacer algo para entretenerlo. No solo juegos sino algo realmente bonito. Pero era muy difícil dar con ello.

–No sirve de nada –dijo Peter, cuando todos se hubieran calentado la cabeza pensando hasta el punto de sentirla a punto de explotar–; si no se nos ocurre nada para entretenerlo, pues no se nos ocurre, y punto final. A lo mejor surge algo espontáneamente que le guste.

–Las cosas a veces pasan porque sí, sin que tú las discurras –dijo Phyllis, como si normalmente todo lo que pasaba en el mundo fuera por haberlo hecho ella.

–Ojalá ocurriera algo –dijo Bobbie soñando en alto–, algo maravilloso.

Y algo maravilloso ocurrió exactamente cuatro días después de que lo hubiera dicho. Ojalá pudiera decir que fue tres días después, porque en los cuentos de hadas ocurren las cosas siempre tres días después. Pero esto no es un cuento de hadas y además, de verdad que ocurrió cuatro días después y no tres, y no soy otra cosa que estrictamente veraz.

Durante esos días, apenas parecían los chicos del ferrocarril, y según iba transcurriendo el tiempo, en cada uno de ellos nacía la incómoda sensación de lo que Phyllis expresó un día.

–Me pregunto si el ferrocarril nos echa de menos –dijo quejumbrosamente–, nunca vamos a verlo ahora.

–Es ingrato por nuestra parte –dijo Bobbie–, nos gustaba tanto cuando no teníamos a nadie con quien jugar.

–Perks siempre viene a preguntar por Jim –dijo Peter–; y el hijo del guardavías está mejor. Me lo dijo.

–No me refería a la gente –explicó Phyllis–, quise decir el propio ferrocarril.

–Lo que no me gusta –dijo Bobbie en ese cuarto día, que era un martes– es que hayamos dejado de saludar al tren de las 9:15 para mandar nuestro cariño a Papá.

–Vamos a empezar de nuevo –dijo Phyllis. Y así hicieron.

De alguna manera el cambio en la casa por tener servicio y por el hecho de que Mamá no tuviera que escribir, hacía que pareciera que había pasado muchísimo tiempo desde aquella mañana al principio de todo, en la que se levantaron tan temprano y quemaron la base de la tetera, y tomaron tarta de manzana para desayunar, y vieron por primera vez el ferrocarril.

Era septiembre y el prado que bajaba hasta el ferrocarril estaba seco y crujiente. La hierba despuntaba en largas agujas como pedazos de alambre de oro y las campanillas, frágiles y azules, temblaban sobre su tallo resistente y esbelto. Las rosas gitanas abrían por completo sus redondas flores lilas, y las estrellas doradas del corazoncillo brillaban en

la orilla de la charca que yacía a medio camino del ferrocarril. Bobbie cogió un ramo generoso de flores y pensó lo bonitas que estarían sobre la manta verde y rosa hecha de retales de seda que cubría ahora la pobre pierna rota de Jim.

–¡Daos prisa –dijo Peter– o nos perderemos el de las nueve y quince!

–No puedo darme más prisa de la que me estoy dando –dijo Phyllis–. ¡Ay, encima! El cordón de mi bota se ha desatado de nuevo.

–El día de tu boda –dijo Peter– se te desatarán los cordones cruzando el pasillo de la iglesia y y el novio se tropezará y se aplastará la nariz contra el dibujo del pavimento; y entonces dirás que no quieres casarte con él y acabarás convirtiéndote en una vieja solterona.

–Pues no –dijo Phyllis–, prefiero casarme con un hombre con la nariz aplastada que no casarme con nadie.

–En cualquier caso, debe de ser horrible casarse con un hombre que tenga la nariz aplastada –prosiguió Bobbie–. No podría oler las flores en la boda. ¿No sería horrible?

–¡A la porra las flores de la boda! –gritó Peter–. ¡Mirad! La señal está bajada. ¡Hay que correr!

Corrieron. Y una vez más, agitaron los pañuelos al tren de las 9:15 sin que les importara en absoluto si estaban limpios o no.

–¡Llévale nuestro cariño a Papá! –gritó Bobbie. También los otros gritaron:

–¡Llévale nuestro cariño a Papá!

El Señor Mayor saludó desde la ventana de su vagón de primera clase. Con bastante ímpetu, saludó. No había nada raro en ello, dado que siempre había saludado. Pero lo que de verdad llamaba la atención era que desde todas las ventanas había manos que ondeaban pañuelos, apuntaban a los periódicos, y se agitaban efusivamente. El tren pasó como una ráfaga, susurrando y rugiendo, haciendo que las piedrecitas saltaran y bailaran a su paso, y los chicos quedaron atrás, mirándose el uno al otro.

–¿Y bien? –dijo Peter.

–¿Y bien? –dijo Bobbie.

–¿Y bien? –dijo Phyllis.

–¿Qué narices significa eso? –preguntó Peter sin esperar respuesta alguna.

–No lo sé –dijo Bobbie–. A lo mejor el Señor Mayor le pidió a la gente de su estación que nos mirara y saludara. Sabía que nos gustaría.

Pues bien; curiosamente, esto es lo que había pasado. El Señor Mayor, que era muy conocido y respetado en esa estación, había llegado temprano esa mañana y había esperado junto a la puerta en la que el joven sujeta la interesante máquina que tica los billetes, y había dicho algo a todos y cada uno de los pasajeros que la atravesaron. Y después de asentir a lo que les había comentado el Señor Mayor –y los asentimientos expresaban todos los matices de sorpresa, interés, duda, alegre placer y acuerdo gruñón–, cada uno de los pasajeros se había dirigido al andén y leído una parte concreta de su periódico. Cuando los pasajeros se metieron en el tren, les contaron a los que ya estaban dentro lo que les había dicho el Señor Mayor, y entonces los otros pasajeros miraron a su vez sus periódicos con expresión de sorpresa y, en su mayoría, de satisfacción. Entonces,

cuando el tren pasó por la valla en donde estaban los tres chicos, periódicos, manos y pañuelos fueron locamente agitados, hasta que toda esa parte del tren se convirtió en un revuelo blanco, como en las películas de la coronación del rey de Maskelyne y Cook. A los chicos les pareció casi como si el propio tren cobrara vida, y que por fin estuviera devolviendo el cariño que le habían dado tan desinteresadamente y durante tanto tiempo.

–¡Es supermisterioso! –dijo Peter.

–¡De lo más misterioso! –repitió Phyllis.

Bobbie dijo:

–¿Pero no os parece que los saludos del Señor Mayor parecían más significativos que otras veces?

–No –dijeron los otros.

–A mí sí –dijo Bobbie–. Pensé que estaba tratando de explicarnos algo con el periódico.

–Explicar, ¿el qué? –dijo Peter, no sin naturalidad.

–No lo sé –contestó Bobbie–, pero me siento de lo más extraña. Me siento exactamente como si fuera a ocurrir algo.

–Lo que va a ocurrir –dijo Peter– es que la media de Phyllis se va a bajar.

También esto era muy cierto. Las ligas se le habían soltado en la agitación de los saludos del tren de las 9:15. El pañuelo de Bobbie sirvió como sustituto temporal de la herida, y todos volvieron a casa.

Ese día las clases le resultaron a Bobbie más difíciles de lo normal. Hizo tanto el ridículo ante un problema bastante sencillo (dividir cuarenta y ocho libras de carne y treinta y seis libras de pan entre ciento cuarenta y cuatro niños hambrientos) que Mamá acabó mirándola con ansiedad.

–¿No te encuentras del todo bien, cariño? –le preguntó.

–No lo sé –fue la inesperada respuesta de Bobbie–. No sé cómo me encuentro. No se trata de que esté perezosa. Mamá, ¿me perdonarías las clases de hoy? Me siento como si quisiera estar sola conmigo misma.

–Sí, por supuesto, te las perdono –dijo Mamá–, pero...

A Bobbie se le cayó la pizarra. Se resquebrajó justo por la pequeña señal verde que resulta tan útil para dibujar el contorno de las siluetas, y ya nunca volvió a ser la misma pizarra. Bobbie se escapó sin pararse siquiera a recogerla. Mamá la alcanzó en el vestíbulo, palpando a ciegas entre los chubasqueros y los paraguas para coger su sombrero de jardín.

–¿Qué te sucede, cielo? –quiso saber Mamá–. ¿No estarás enferma, verdad?

–No lo sé –contestó Bobbie, un poco sofocada–. Pero quiero estar sola para ver si mi cabeza está de verdad tonta perdida y mis tripas revueltas.

–¿No sería mejor que te acostases? –dijo Mamá, acariciándole el cabello hacia atrás por la frente.

–Creo que me sentiré más viva en el jardín –dijo Bobbie.

Pero no pudo quedarse en el jardín. La malvarrosa y los asters, así como las rosas tardías, parecían estar esperando a que ocurriera algo. Se trataba de uno de esos días en

calma y brillantes de otoño, cuando todo parece estar esperando.

Bobbie no podía esperar.

–Voy a bajar a la estación –dijo– para hablar con Perks y preguntar por el pequeño del guardagujas.

Así que bajó. Por el camino pasó por delante de la señora mayor de la oficina de correos, que le dio un beso y un abrazo, pero para sorpresa de Bobbie, no dijo ni una palabra, excepto:

–Que Dios te bendiga, cariño. –Y después de una pausa–: Hala, vete.

El chico de la pañería, que a veces había sido algo maleducado y bastante despectivo, se dio un toque en la gorra y profirió las memorables palabras:

–Buenos días, señorita. Estoy seguro.

El herrero, que se acercaba con el periódico abierto en la mano, se comportó de una manera todavía más extraña. Sonrió abiertamente, aunque, como regla general, no era un hombre dado a las sonrisas, y agitó el periódico mucho antes de llegar hasta donde estaba ella. Y, según pasaba por delante, dijo, en respuesta a sus «buenos días»:

–Buenos días tenga usted, señorita, y que sean muchos más así. Le deseo toda la felicidad, pues claro que sí.

«Oh», se dijo Bobbie, y su corazón se aceleró, «algo va a ocurrir. Lo sé, todo el mundo está tan raro, como la gente que sale en los sueños».

El jefe de la estación le estrujó la mano afectuosamente. De hecho, la subía y la bajaba como si fuera la manivela de una bomba. Pero no le dio razón de su saludo inusualmente entusiasta. Solo dijo:

–El tren de las once y cincuenta y cuatro llega un poco tarde, señorita; el exceso de equipaje de la temporada de vacaciones. –Y se metió muy rápido en ese templo interior suyo al cual ni siquiera Bobbie se atrevía a seguirlo.

Perks estaba desaparecido, y Bobbie compartió la soledad del andén con el gato de la estación. Esta gata de tres colores, normalmente lista para la retirada, vino a restregarse contra las medias marrones de Bobbie con la espalda curvada, meneando la cola y ronroneando.

–¡Madre mía! –dijo Bobbie agachándose para acariciarla–, ¡qué amable está todo el mundo hoy! ¡Incluso tú, gatita!

Perks no dio señales de vida hasta que el tren de las 11:45 fue señalizado y entonces, como todo el mundo esa mañana, apareció con el periódico en la mano.

–¡Hoooola! –dijo–, aquí estás. Pues si este es el tren, será perfecto. Y bien, ¡que Dios te bendiga, querida! Lo vi en el periódico y no pensé que me alegraría tanto en todos los años que llevo de vida. –Miró un momento hacia Bobbie, y entonces dijo–: Uno me tienes que dar, señorita, y sin ofenderse, lo sé, en un día como este.

Y diciendo esto, le dio un beso, primero en una mejilla y a continuación en la otra.

–No se ofende, ¿verdad? –le preguntó ansiosamente–. ¿No me puedo tomar esta gran libertad? En un día como este, ya sabe...

–No, no –dijo Bobbie–, por supuesto que no se trata de una libertad, querido señor Perks, te queremos tanto como si fueras nuestro propio tío. Pero, en un día como qué.

–¡Como este! –dijo Perks–. ¿No te dije que lo vi en el periódico?

–¿Ver el qué en el periódico? –preguntó Bobbie. Pero en ese momento el tren de las 11:45 se adentraba humeante en la estación y el jefe de la estación miraba hacia todos aquellos lugares en donde no estaba Perks y debería haber estado.

A Bobbie la dejaron sola, mientras la gata de la estación la miraba desde debajo del banco con ojos dorados y amistosos.

Por supuesto que vosotros ya sabéis exactamente lo que iba a ocurrir. Bobbie no era tan lista. Tenía el vago, confuso e intuitivo sentimiento que le embarga a uno el corazón en los sueños. Lo que esperaba su corazón no lo puedo contar, a lo mejor lo mismísimo que tú y yo sabemos que iba a pasar, pero su cabeza no esperaba nada; estaba casi en blanco, y no sentía sino cansancio y estupidez, y una especie de vacío como la que experimenta el cuerpo cuando has hecho una caminata larga y ha pasado mucho tiempo desde la verdadera hora de comer.

Solo tres personas se apearon del tren de las 11:45. La primera era una campesina con dos cestas llenas de gallinas vivas que sacaban sus cabezas rojizas con ansiedad a través de las barras de mimbre; la segunda era la señora Peckitt, la prima de la mujer del tendero de los ultramarinos, con una caja de metal y tres paquetes envueltos en papel de estraza, y el tercero...

–¡Oh! ¡Mi Papá, mi Papá! –El grito se clavó como una cuchillada en los corazones de todos los que estaban en el tren, y la gente sacó las cabezas por las ventanillas para ver al hombre alto y pálido con los labios cerrados en una línea fina, y a la niña que se encaramaba sobre él con brazos y piernas, mientras que sus brazos la abrazaban fuertemente.

–Sabía que algo maravilloso iba a ocurrir –dijo Bobbie, según remontaban la carretera–, pero no pensaba que se trataría de esto. ¡Oh, mi Papá, mi Papá!

–Entonces, ¿Mamá no recibió mi carta? –preguntó Papá.

–No había cartas esta mañana. ¡Oh, Papaíto! Eres tú de verdad, ¿no es cierto?

El apretón de mano que había olvidado confirmó que así era.

–Debes entrar tú sola, Bobbie, y decirle a Mamá con calma que todo va bien. Han cogido al hombre que lo hizo. Ahora todo el mundo sabe que no fue tu Papá.

–Yo siempre supe que no fue él –dijo Bobbie–. Yo, Mamá y nuestro Señor Mayor.

–Sí –dijo–, fue gracias a todo lo que hizo él. Mamá me escribió para decirme que tú lo habías descubierto. Y me contó lo que has supuesto para ella. ¡Mi pequeña! –Entonces se detuvieron durante unos minutos.

Y ahora los veo atravesando los campos. Bobbie entra en la casa, tratando de que los ojos no hablen antes de que encuentre las palabras adecuadas para «contarle a Mamá con calma» que las penas, la lucha y la separación se han acabado de una vez por todas, y que Papá ha vuelto a casa.

Veo a Papá paseando por el jardín, aguardando. Mira las flores y cada flor es un milagro para los ojos que durante todos estos meses de primavera y verano no han visto sino baldosas, gravilla y, a regañadientes, un poco de hierba. Pero estos ojos no hacen

más que dirigirse hacia la casa. Ahora deja el jardín y se encamina, para esperar, a la puerta más cercana. Es la puerta trasera, y las golondrinas hacen círculos en el patio. Se preparan para escapar de los vientos fríos y de la escarcha helada al país en donde siempre es verano. Son las mismas golondrinas para las que los chicos construyeron los pequeños nidos de arcilla.

Ahora se abre la puerta. La voz de Bobbie dice:

–Entra, Papá, entra.

Entra y la puerta se cierra. Creo que no abriremos la puerta para seguirlo. Creo que no se nos necesita justo ahora. Creo que ahora será mejor que nos vayamos rápida y silenciosamente. Al final del prado, entre las agujas doradas de la hierba y las campanillas y las rosas gitanas y el corazoncillo, podemos echar una última ojeada, por encima del hombro, a la casa blanca en la que ahora ni nosotros ni nadie es requerido.

# Índice

Portadilla	2
Créditos	5
Dedicatoria	6
LOS CHICOS DEL FERROCARRIL	7
Prólogo	8
1	14
2	24
3	35
4	45
5	56
6	64
7	72
8	82
9	91
10	101
11	109
12	120
13	129
14	139